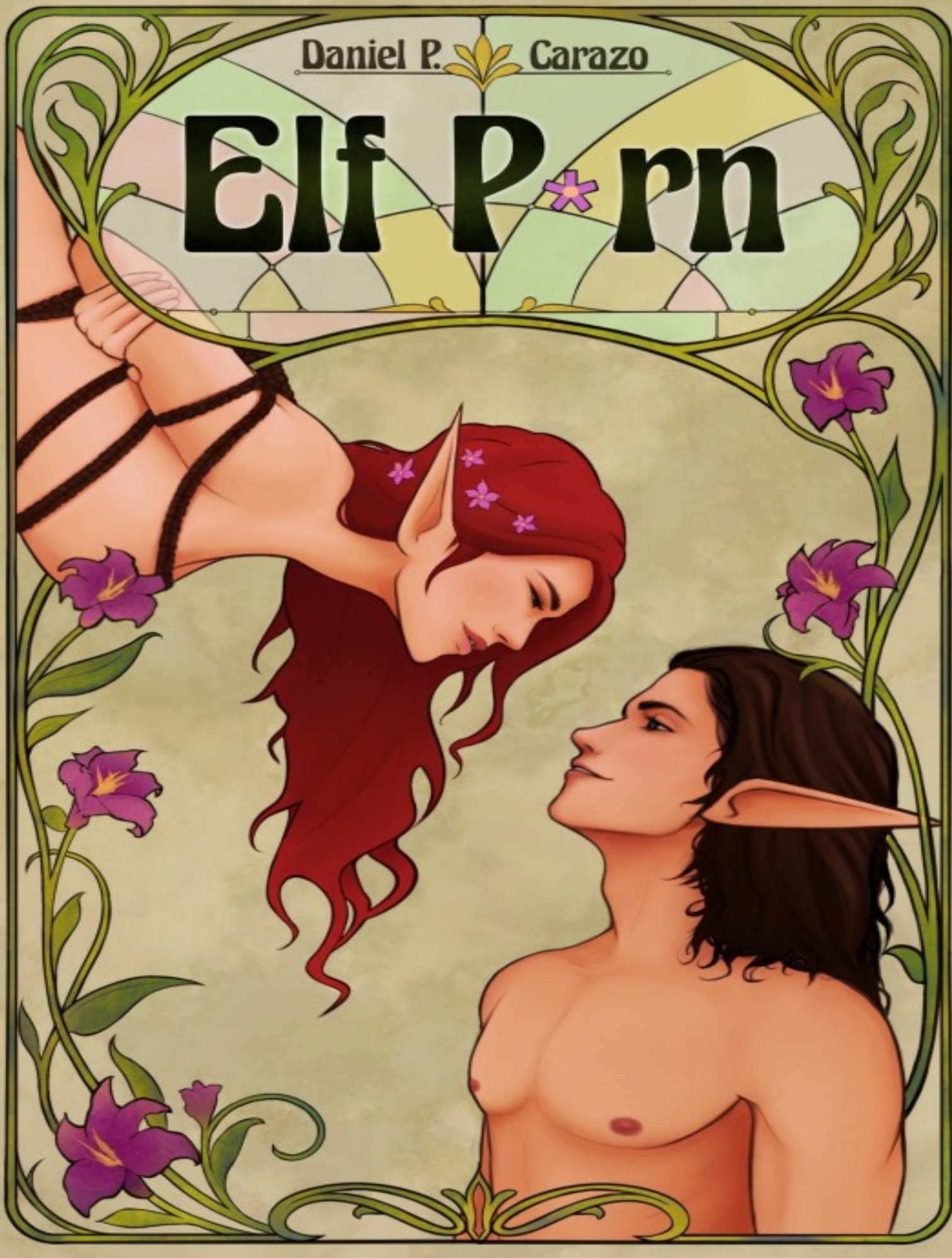
Daniel P. Carazo

# Elf P*rn



# Elf P*rn

## Daniel P. Carazo

© 2026, Daniel P. Carazo

Diseño de cubierta: Daniel P. Carazo

ISBN-13: 9798253480731

Todos los derechos reservados

*Para mi padre.*

*Que cree en todas mis historias,*

*por muy absurdas que sean.*

# Capítulo 1

Eilyn jamás había visto unos árboles tan estúpidos. Se lo habían avisado, por supuesto. Le habían repetido hasta la saciedad que fuera de Ilendalië las cosas eran más lentas, más sucias o más apagadas. A veces, incluso, todo a la vez. Pero no había esperado que tanto.

—Luz de estrellas… —murmuró para sí, consternada—. ¿Cómo pueden vivir así?

Sylvan caminaba a su lado. Había optimismo en su despreocupado tarareo, en su pose, en su expresión… Hasta en las huellas que dejaba en la tierra del camino. Aquel maldito elfo irradiaba todo lo que Eilyn había perdido desde que llegaran a las Tierras Mortales.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Los árboles. ¿Quiénes van a ser?

La mirada de Sylvan saltó al castaño medio pelado que crecía junto al camino.

—¿Y por qué hablas con ellos?

—Eso mismo me pregunto yo…

Apenas había pasado… ¿cuánto, tres días? Tres míseros días y Eilyn ya echaba de menos Ilendalië. Allí todo tenía la viveza que le correspondía. El arroyo cantaba, el cielo refulgía y los árboles mantenían conversaciones interesantes. En las Tierras Mortales, estos últimos eran apenas palos grandes con hojas. ¿En qué momento había pensado que irse de casa era una buena idea?

«En el que Sylvan me contagió su entusiasmo», se respondió a sí misma.

Al parecer, la Trinidad Papal de la Iglesia Élfica se había disuelto y los mortales esperaban celebrar un Alto Cónclave para restablecerla; con cardenales que tardaran algo más en morirse, a ser posible. En opinión de Eilyn, era insostenible tener a los elfos

yendo y viniendo para presenciar la celebración cada dos o tres décadas. Sin embargo, si algo caracterizaba a los humanos eran dos cosas: sus tradiciones estúpidas y la mala costumbre de morir por el simple paso del tiempo.

—¿Estaremos ya cerca de la ciudad? —preguntó Sylvan.

Eilyn tardó unos instantes en darse cuenta de que hablaba con ella.

—Deberíamos estar a unas horas.

El elfo paseó la mirada por los campos, como si buscara algo sin mucho ahínco.

—¿No debería entonces haber más mortales cerca?

La elfa imitó el gesto de su compañero.

—Supongo.

—Aún no hemos visto a ninguno.

—Mejor.

Eilyn tenía las mismas ganas de cruzarse con humanos que de comerse una piedra cocida.

—¿Qué dice el mapa? —preguntó.

—¡Ah, el mapa!

Sylvan bajó al suelo sus macutos y empezó a abrir y a cerrar bolsillos. Dio con el mapa y se lo tendió a Eilyn. Ella lo tomó entre los dedos, sin saber bien qué hacer con él; teniendo árboles y estrellas, a nadie en Ilendalië se le habría ocurrido la absurda idea de orientarse con un papel.

En cuanto su compañero terminó de cargar los bultos, se lo tendió de vuelta. Él lo manoseó un rato antes de asentir.

—Sí. Creo que vamos bien.

Retomaron el avance. Sylvan había sacado un puñado de nueces peladas y se las echaba de una en una a la boca. Cómo podía tararear mientras tragaba era un misterio que quedaba fuera de la comprensión de Eilyn.

—Tengo ganas de llegar —dijo el elfo.

—Yo de volver.

Sylvan la miró.

—Pues antes te parecía buena idea lo de ser adorada.

Sí, eso era lo que la había convencido en un primer momento. ¿Quién no querría hacer una visita a una civilización cuyo sistema de fe giraba en torno a los de su clase? ¿Quién no quería alzarse como un dios entre seres inferiores? Sonaba bien en teoría. En la práctica, Eilyn empezaba a sospechar que la cosa sería muy diferente.

—Pues tendrán que adorarme mucho, me parece a mí.

—Aëdril y Silenna volvieron encantados del último Alto Cónclave. Tendrías que haber visto sus caras de envidia cuando les dije que nosotros íbamos con más antelación.

La elfa observó el movimiento de sus pies. En su momento, la idea de ir antes de tiempo también le había parecido atractiva. Pero eso había sido antes de ver dónde se estaba metiendo.

—Un mes entero se me va a hacer…

—¡Luz de estrellas! —interrumpió Sylvan—. ¡Mira, Eilyn!

La elfa alzó la vista, preparada para el inminente peligro. Lo que encontró, sin embargo, fue la mirada absorta de un campesino sorprendido en plena faena. El hombre, comprendiendo que se había convertido en el centro de atención, dedicó a los elfos una burda y apresurada reverencia.

Sylvan se detuvo. Sacó entonces su cuaderno de dibujo y carboncillo y comenzó a retratarlo. El mortal se quedó quieto, como un ciervo deslumbrado. Una vez terminado el boceto, Sylvan se despidió del hombre con un gesto.

—¿Estarán todos tan… torcidos? —preguntó Eilyn en voz baja, una vez retomaron la marcha. La expresión agria en su rostro la acompañó unos metros más.

—Son como piedras, ¿verdad? —Sylvan dio un par de retoques al dibujo mientras caminaba—. Pequeños, achaparrados, nudosos. Escondidos bajo sus mantos…

La elfa asintió.

—Como patatas olvidadas en el fondo de un saco.

—Exacto.

Eilyn volvió a mirar hacia atrás. El campesino, concentrado en su trabajo, horadaba la tierra bajo el peso de unos mantos gruesos y descoloridos.

—¿No pasarán calor?

—Ni idea.

Tanto Sylvan como ella vestían blusas de verdeseda, que se sentían como un sutil y fresco contacto en la piel. En un día caluroso de verano como aquel, no veían necesidad de ponerse nada más. En todo caso, deberían ir con menos. Pero, que supiera Eilyn, en las Tierras Mortales no estaba bien visto viajar sin ropa.

Pocos metros más adelante volvieron a encontrarse con otro humano: una hembra, esta vez, más pequeña y achaparrada incluso que el campesino que acababan de dejar atrás. La mujer dejó escapar un grito, soltó sus herramientas y se arrodilló en el mismo suelo que estaba arando. Eilyn se fijó en su rostro enrojecido, en los mechones de cabello empapados y en la película brillante que le cubría el cuello. Sylvan, al parecer, se estaba fijando en lo mismo.

—¿Por qué brilla? —preguntó.

—Es sudor —respondió Eilyn, sintiendo cómo su expresión volvía a agriarse. Durante sus últimos días en Ilendalië se había documentado sobre los humanos. Había sido poco, pero estaba segura de que era más que lo que había leído Sylvan en todos sus siglos de vida. Y, curiosamente, la mayoría de las cosas versaban sobre lo escatológico—. Creo que lo expulsan para… algo.

Enseguida aparecieron más; hombres y mujeres que detenían su trabajo y los observaban con diferentes grados de fascinación. Niños que señalaban y corrían desde lejos. Incluso un anciano; uno de esos mortales marchitos que perdían el color. Sylvan centró su atención especialmente en este último.

—Es todo tan diferente… —murmuró, entusiasmado.

Eilyn observó a los humanos de vuelta. Tan endurecidos y a la vez tan frágiles. Viéndolos era fácil comprender por qué podían venerarla.

De repente se sintió diferente. Elevada. Mejor.

Desfiló ante sus adoradores y disfrutó de sus miradas. Expuesta. Dominante. Se soltó las elaboradas trenzas y dejó ondear en la brisa su largo cabello cobrizo. ¿Qué veían cuando la observaban? ¿Qué sentían cuando ella los observaba de vuelta?

Sintió entonces la chispa de un fuego en algunas de esas miradas. No lo suficiente como para poder quemarla, pero sí para

encenderla. Le vino a la mente otra cosa inesperada que echaba de menos de Ilendalië: algo que esperaba no haber dejado atrás.

Sintió la acuciante necesidad de sentir el roce de un cuerpo. Anhelaba despojarse de las responsabilidades y hundirse en un mar de sensaciones. Necesitaba vida. Si en Ilendalië se hubiera topado con un coro de observadores tan entregados, ya habría tumbado a alguno de ellos. O a más de uno, quizá.

Pero quienes tenía alrededor eran mortales. Criaturas retorcidas. Seres-patata. Tan diferentes de ella y tan ajenos a su líbido como un palo a una serpiente. Por suerte, tenía otro fuego en el que poder consumirse: uno que había traído consigo y que caminaba a su lado. Uno que no se extinguiría si ella se desataba. Sylvan.

Miró a su compañero y se encontró con que él la observaba de vuelta. Eilyn se perdió en sus rizos oscuros y en sus ojos primaverales. Se deleitó con sus músculos tensos y con la forma de la clavícula sobre su pecho. Se encendió aún más con su sonrisa desenvuelta.

—Tal vez deberíamos buscar un sitio apartado —sugirió, acercando su cuerpo al del elfo—. Nos merecemos hacer un alto, ¿no te parece?

Sylvan ensanchó su sonrisa y asintió con rotundidad. Con los preparativos y el viaje, ambos habían sufrido unos cuantos días de forzada abstinencia. Algo completamente inaceptable.

—He visto antes un claro que…

Una voz al frente los interrumpió.

—¡Bendiciones para los inmortales del Bosque!

Eilyn y Sylvan alzaron las miradas, más curiosos que molestos. ¿Qué clase de criatura se atrevía a interrumpir la intimidad de su momento?

Encontraron un grupo de humanos sonrientes y andrajosos frente a ellos. El que parecía el líder dio un paso adelante. Tenía la misma altura que Sylvan, pero ahí acababan las semejanzas. El tipo parecía un bloque de granito desprendido de la cima de una montaña y vapuleado en su caída hasta un estercolero.

—Nos envían a escoltaros hasta Lindeburgo —dijo este—. Bien se sabe que estas tierras indignas pueden ser confusas para las

puras gentes del Bosque. —El humano miró hacia atrás, esperando confirmación. Los hombres y mujeres de su séquito asintieron con vehemencia—. Estamos dispuestos a ofreceros cualquier tipo de ayuda.

Eilyn frunció el ceño, ahora sí, molesta por sufrir una interrupción tan absurda. El día que necesitara ayuda de un mortal, se despeñaría por el mismo precipicio que el señor bloque-de-granito.

—¿Has visto, Eilyn? —Sylvan la miró un instante, entusiasmado—. ¡Esto es tener suerte!

La elfa respondió con un bufido.

—Lindeburgo está a unas pocas horas de aquí —dijo el hombre—. Nos honrará acompañaros este último trecho del camino. ¡Compañeros, ayudadlos con los bártulos!

Los humanos del séquito se movilizaron como un enjambre de moscas y se repartieron la carga de Sylvan. El elfo tan solo conservó su faltriquera, de la que sacó su cuaderno para hacer un par de bocetos rápidos.

—¿Me permitís, dama inmortal?

Eilyn miró a su lado y encontró un humano especialmente enclenque ofreciéndose como bestia de carga. La elfa lanzó un suspiro, se liberó de uno de sus macutos y lo dejó en las manos del mortal. Repitió el proceso con una mujer enjuta y retorcida como un árbol seco. Sintió entonces una ligereza liberadora. Aunque no lo fuera a reconocer, era más agradable caminar libre de peso.

Se pusieron en marcha. Uno de los hombres sacó un laúd y empezó a arrancarle una melodía desafinada. El líder del séquito avanzaba a la par de los elfos. Los demás, cargados con todas sus cosas, los seguían a unos metros de distancia.

—¿Y qué asuntos traen a dos inmortales del Bosque con tanta antelación? —preguntó el hombre.

—No siempre se tiene la excusa de pasar un tiempo entre los mortales —respondió Sylvan—. Queremos visitar algunas de vuestras ciudades antes del Alto Cónclave.

El líder asintió.

—Ah, el Alto Cónclave… Yo era muy joven cuando se celebró el último, pero las historias de las festividades y los regalos que nos

trajisteis aún llenan las tabernas. —El hombre observó a Sylvan con interés—. ¿Estaremos a la altura este año?

El elfo se echó una nuez a la boca.

—Por supuesto. —Señaló al cargado grupo con el pulgar—. Verdeseda, hierbaluna, artesanía de nudos élficos y piezas metálicas y brillantes, como os gusta a los mortales. Aunque a vuestras espaldas quizá no tanto.

El líder rio y el elfo lo imitó. Acto seguido, le dio un codazo a Eilyn. Ella respondió poniendo los ojos en blanco.

—Un pequeño sacrificio por el placer de satisfacer a los inmortales del Bosque. —El hombre miró hacia atrás—. ¡Bardo! Toca «La muchacha baja al río».

El músico recibió la orden con un asentimiento y comenzó a hacer sonar otra melodía.

—¡Perdón! —interrumpió uno de los hombres—. Tengo que parar a mear.

El líder le lanzó una mirada ceñuda, pero le permitió ir con un gesto. El hombre se escondió tras los arbustos del camino y regresó poco después. Esa era otra de las características inoportunas y escatológicas de los humanos que había aprendido Eilyn: tenían que vaciarse de vez en cuando.

Caminaron a ritmo lento, ultrajando el silencio con discordante música mortal, conversaciones insulsas y excusas para hacer nuevas paradas de vaciado. Demasiadas, quizá, ¿pero qué iba a saber Eilyn de biología humana? En cualquier caso, el poco entusiasmo que la elfa había conseguido recuperar estaba tan ausente a esas alturas como la higiene corporal de sus acompañantes.

—¡Bardo! —gritó el líder—. Toca ahora la de «El caballo en la herrería».

—No, por favor… —murmuró la elfa.

El músico comenzó entonces a interpretar una canción más rápida y estridente que la anterior. Sylvan, el muy imbécil, lo animó dando palmas.

Los minutos se arrastraron como gusanos apaleados hasta que las murallas de Lindeburgo aparecieron tras un recodo del camino. Eilyn no pensó que se alegraría tanto al verlas.

Minutos después, el líder se detenía junto al portón de acceso a la ciudad.

—Me temo que nuestros caminos deben separarse en este punto —dijo—. Id al Palacio Episcopal, el obispo Archimel os recibirá allí. —Se volvió hacia atrás— ¡Descargad!

Los ayudantes, sudorosos y agotados como parturientas, soltaron los fardos con expresión de alivio.

—¿Nos dejáis aquí? —preguntó la elfa, esperanzada por la inminente marcha.

—Nos contrataron solo para traeros hasta aquí —se excusó el hombre—. Cualquiera podrá indicaros cómo llegar al palacio. ¡Suerte en vuestro viaje, inmortales del Bosque!

Los elfos observaron a aquel pintoresco grupo hacer sus reverencias de despedida y caminar de vuelta a los campos. Sylvan los despidió alegremente con la mano. Eilyn prefirió guardarse la alegría dentro.

—¿Serán todos tan simpáticos? —preguntó el elfo.

—Espero que no —respondió la elfa.

Cruzaron el portón y dieron a parar a una amplia plaza gris y pétrea. *Muy* pétrea. Demasiado.

El suelo era de roca. Las paredes eran de roca. Las colinas, altas y repletas de torres, se alzaban ahogadas bajo construcciones de roca. Los puestos de los mercaderes estaban construidos con una madera tan muerta que bien podría ser roca. Los duros y ajados rostros de los mortales, que se repartían por cada rincón de la plaza, también. No había un solo árbol en todo el espacio. Aunque, de haberlo, Eilyn estaba segura de que apenas habría sabido pronunciar su nombre.

—Luz de estrellas… —murmuró Sylvan, sonriendo. Aquel elfo y su condenado entusiasmo…—. ¡Es genial, Eilyn! ¿Has visto cuánta gente? ¿Y cuántas frutas y telas y…? —Se señaló la oreja—. ¿Qué me dices del ruido? Seguro que nunca has escuchado tanto estrépito, ¿a que no?

Eilyn intentó no horrorizarse. Trató de poner la misma expresión que Sylvan, pensando que tal vez así absorbería parte de su estado

de ánimo. Aparte de terminar de horrorizarse, solo consiguió sentirse estúpida.

En la plaza empezaron a atraer miradas, aunque esta vez solo provocaron murmullos y alguna que otra reverencia. Por suerte, la gente de la ciudad parecía ir más a sus cosas. Incluso les abrían pasillos por los que avanzar entre el gentío. Eilyn lo agradeció.

—¿No deberíamos ir directos al Palacio Episcopal? —preguntó.

Para su consternación, el uso que daba Sylvan a los pasillos era para acercarse a los puestos en vez de alejarse de ellos. A cada paso que daban, más se hundían entre la multitud y el ruido.

—Solo un ratito y nos vamos. ¿Te parece bien?

La elfa soltó un suspiro exasperado por respuesta. Sylvan se saltó una cola entera de personas frente a uno de los puestos, ignorando las miradas de reproche.

—Buen día, amigo mortal —saludó al confuso mercader—. Querría intercambiar eso.

El mercader miró donde señalaba el elfo.

—¿Una herradura, inmortal del Bosque?

—¿Se llama así esa artesanía humana? —El mercader asintió, dubitativo—. Será la primera adquisición para mi colección. —Sylvan se llevó la mano al bolsillo y mostró su contenido—. Te puedo dar unas nueces a cambio. O quizá…

—Las piezas de metal, Sylvan —interrumpió Eilyn—. Los mortales comercian con eso. ¿Verdad, humano?

El mercader dio un tímido asentimiento.

—Así es, dama inmortal. Lo llamamos… humm… dinero.

—Ah, dinero, cierto. —Sylvan se quitó uno de los fardos. De repente recordó algo—. También nos dijeron que nunca había que aceptar la primera cifra que nos pidieran por el intercambio. ¿Recuerdas, Eilyn?

La elfa asintió.

—Recuerdo.

—Bien, pues, mercader. ¿Cuál es esa cifra?

—Humm… ¿Veinte marcos, lord inmortal? —preguntó el hombre, que no terminaba de salir de su estado de confusión.

—Vaya, lo veo un poco excesivo… —respondió el elfo.

Eilyn se abstrajo de la negociación, previendo que el «ratito» de Sylvan se extendería más de lo prometido. Dirigió entonces su mirada hacia las alturas.

Sí, las construcciones estaban hechas de roca muerta, pero poseían la extraña belleza de las cosas sin vida. Como un retrato o una escultura, quizá. Los humanos se dejaban ver entre las ventanas, colgando la ropa al sol y hablando a gritos con sus vecinos o con los paseantes. Era un caos; pero un caos exótico y, en cierta medida, atrayente. ¿Serían así Fuentestrella, Monteclaro y el resto de ciudades que planeaban visitar? ¿Se acostumbraría en algún momento a…

—Eh… Eilyn —llamó Sylvan. Eilyn dirigió su mirada hacia él—. ¿De dónde ha salido esto?

El elfo sujetaba su macuto de manera que mostraba su interior a la vista. Un interior rebosante de piedras y grava; nada que ver con el contenido original. ¿De dónde…?

De repente, una amarga intuición se apoderó de Eilyn. Colocó sus propios fardos en el suelo y los fue abriendo de uno en uno. Un peso plomizo se le instaló en el estómago.

Descubrió que no solo la plaza estaba hecha de roca. Al parecer, también sus posesiones.

# Capítulo 2

—El asunto es que unos poderosos transmutadores andan sueltos por vuestras tierras —dijo Sylvan, casi atragantándose con las palabras—. Pensaba que los humanos tenían vedado el acceso a esos poderes, pero… Luz de estrellas… ¡Esto es un uso muy negligente de la magia!

El alguacil se reclinó en su silla. Torció el gesto y movió su poblado bigote de lado a lado, como si quisiera espantar moscas con él. Una de las numerosas lecciones que había aprendido Sylvan aquel día era que el alguacil era a quien ibas cuando desaparecían tus cosas.

El hombre soltó un cansado suspiro antes de hablar.

—Veamos si lo he entendido: ibais camino a la ciudad cuando un grupo de gente se ofreció a cargar vuestras pertenencias. Después os las devolvieron y se marcharon. Fue en mitad del mercado cuando descubristeis que todo lo que guardabais en el interior de vuestros fardos había desaparecido.

—Transformado en tierra, piedras y palos —corrigió Sylvan.

—¿Algún detalle más sobre cómo eran esos oportunos acompañantes?

—Eran bastante simpáticos. O al menos lo parecían, porque…

—Eran feos y sucios —interrumpió Eilyn. La mirada del alguacil voló hacia ella—. Uno llevaba un laúd.

—¿Algún rasgo en particular?

—El líder tenía cierta complexión granítica.

El alguacil no supo cómo reaccionar ante esa información.

—¿Y los demás?

La elfa se encogió de hombros.

—Todos ellos parecían… bueno, mortales. Vaciaban a menudo sus vejigas.

—Ya…

Se escucharon unos golpes tras la puerta y acto seguido se abrió. Un adolescente larguirucho entró en la estancia, le dijo algo en voz baja al alguacil y salió corriendo.

—Señor —intervino Sylvan, harto de que se desviaran del punto clave—. Son capaces de llevar a cabo hechizos de transmutación de materia. Ese es el rasgo más particular y peligroso que…

—Mis disculpas, inmortal del Bosque —interrumpió el hombre—, pero sospecho que cuando iban a vaciar sus vejigas, en realidad vaciaban vuestros macutos.

Un vergonzoso silencio inundó la sala.

—Vaya… —murmuró el elfo.

—Seguramente estaban compinchados con más gente escondida entre los matorrales.

—¿Y podrás recuperarlas? —preguntó la elfa—. Nuestras cosas, digo.

El hombre soltó una ligera risa. Sylvan no entendió el chiste.

—Lo dudo, dama inmortal. A estas alturas, esas riquezas ya estarán bien lejos de aquí.

Eilyn asintió, estoica. Sylvan hundió los hombros. Al parecer, ese era el hombre al que ibas cuando te desaparecían las cosas, pero no quien las recuperaba. ¿Quizá habría otra persona encargada de ello? El elfo agradeció al menos haber conservado la faltriquera donde guardaba los utensilios de dibujo. Ah, y las nueces. Se llevó una a la boca.

—Os recomendaría ser más cautelosos —continuó el alguacil—. Los mortales tendemos a estar algo… corrompidos. La existencia de mi trabajo es la prueba de ello.

Esa era otra de las cosas que había aprendido Sylvan en su primer día entre los mortales. Y que comprar una herradura por diecinueve marcos era un timo. Y que un timo es una cosa que es mejor evitar que te pase. El elfo pensó que quizá debería ir apuntando todo eso en el cuaderno.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó Eilyn—. ¿Qué hace aquí la gente cuando no le queda dinero?

El alguacil se rascó el bigote.

—Habitualmente, mendigar. —Sylvan quiso preguntar qué era eso. Sin embargo, el hombre siguió hablando—. Pero supongo que no sería adecuado para vosotros… —Negó para sí—. Olvidaos de eso. Enseguida vendrá alguien que podrá ayudaros.

Eilyn alzó la cabeza, alterada.

—No queremos más…

—¿Quién? —preguntó Sylvan.

Empezaron a escucharse pasos tras la puerta. Unos pasos lentos, cadenciosos y exigentes que dominaban y sometían el suelo. El contrapunto de otros pasos inseguros y saltarines casi pasaba desapercibido.

—Ah, justo a tiempo… —murmuró el alguacil.

Una figura apareció en la estancia, alta y sombría como un árbol alcanzado por un rayo. El hombre sonreía, pese a que las comisuras de la boca se negaban a curvarse hacia arriba. Una visión curiosa.

A su lado había otra humana: bajita y algo entrada en carnes, de cabello y ojos oscuros. Su absorta mirada saltaba entre los dos elfos como un pez luchando por volver al agua. Ambos vestían raro. Pero claro, para Sylvan todo el mundo allí vestía raro.

La mujer se inclinó en una exagerada reverencia.

—Hermana Leoncia, por favor, contrólate —ordenó el recién llegado. Dirigió entonces a los elfos una sonrisa de disculpa; apenas una leve variación en las arrugas de su boca—. Dama Eilynwen y lord Sylvanor, inmortales del Bosque. Soy el obispo Archimel, fiel servidor de vuestra iglesia, guía espiritual de los mortales de Lindeburgo desde hace más de tres décadas. Salvo error mío, no os esperábamos por aquí hasta el mes que viene, para la celebración del Alto Cónclave.

El hombre dejó la pregunta implícita tan clara que a Sylvan le pareció escucharla en su cabeza:

«¿Qué demonios hacéis aquí?».

—Queríamos aprovechar la ocasión para visitar las Tierras Mortales con más calma —explicó el elfo—. Os enviamos una carta.

—A la que no se dio contestación —respondió el hombre, borrando de golpe cualquier rastro de simpatía de su rostro—. Por una razón evidente.

Eilyn intervino.

—Hemos tenido un problema en el viaje…

—Y habéis perdido lo que traíais con vosotros —completó el obispo—. Incluidos los obsequios a la Iglesia Élfica. Sí, ya me han puesto al día de todo.

Sylvan asintió, avergonzado. Eilyn mantenía la expresión ceñuda que reservaba a los humanos. Quizá, de hecho, con el ceño algo más pronunciado de lo habitual.

—El alguacil ha dicho que vendría alguien para ayudarnos —dijo Sylvan—. ¿Eres tú?

—¿Ayudaros?

El obispo lanzó una mirada interrogante al alguacil. Este, apoyado sobre su escritorio, mostró las palmas de las manos.

—Algo habrá que hacer con estos dos.

—La Iglesia Élfica celebrará el Alto Cónclave dentro de un mes —explicó el obispo, tensando la voz—. Será el evento más importante que Lindeburgo acogerá en décadas; un momento clave de cambio para nuestra Iglesia. Los cardenales vendrán desde todos los rincones de la civilización y los fieles llenarán las calles y las plazas. Como podréis imaginar, la delicada planificación de este evento no contaba con la presencia anticipada de dos inoportunos elfos.

Las tres últimas palabras las expulsó haciendo pausas, como si quisiera aplastar cucarachas con ellas.

—Y, por si fuera poco —continuó el obispo—, ahora tenemos que resolver el problema de la deuda.

Se hizo el silencio.

—¿Deuda? —preguntó Eilyn.

—Los regalos de los inmortales del Bosque pasan a ser propiedad de la Iglesia Élfica nada más entrar en Tierras Mortales.

Eilyn y Sylvan se miraron.

—¿Ah, sí?

—Testimonios del Ocaso, sección cuarta, Libro de las Constelaciones del Códice de la Luz —murmuró la mujer con voz temblorosa.

Todos la miraron durante un instante, como si se les hubiera olvidado que estaba allí. A Sylvan se le había olvidado, de hecho.

El obispo asintió.

—Sin dar más rodeos: debéis regresar al Bosque y traernos nuevas ofrendas.

—¿Cómo? —El ceño de Eilyn se frunció aún más—. ¿Ahora que acabamos de llegar?

—¿Cómo si no coronaremos a los papas elegidos, ascenderemos a los nuevos cargos eclesiásticos, nombraremos a los nuevos amigos de los elfos…? —La expresión del obispo se volvió repentinamente piadosa—. La Iglesia Élfica es una institución antigua y sagrada cuyos rituales son tan importantes como la misma fe que predica. Rituales que se han llevado a cabo con exquisita pulcritud durante los últimos siglos. Imagino que no querréis ser conocidos como los elfos que les pusieron fin.

Sylvan tragó saliva. Volver a Ilendalië nada más llegar a la ciudad era lo último que deseaba hacer. Y menos aún con la vergüenza que sería hacerlo en esas condiciones.

Retorció su anillo, contrito. Se lo había trenzado él mismo llevando sus propias habilidades al límite; sabía lo que era implicarse tanto en una creación. ¿Cómo iban a pedir a los artesanos que rehicieran las tiaras, las gargantillas, las vestimentas y los broches que habían perdido por el camino?

—No dará tiempo —respondió Eilyn, simplificando en voz alta todos los pensamientos del elfo. Y poniéndoles un poco más de confianza, ya de paso—. Los artesanos no trabajan tan rápido. Y, como podrás imaginar, la delicada planificación de este evento no contaba con la inoportuna desaparición de los regalos.

El obispo frunció los labios hasta hacerlos desaparecer. Eilyn se cruzó de brazos. La mujer bajita hundió aún más la mirada en el suelo y el alguacil volvió a acariciarse el bigote, distraído. El silencio se extendió por la habitación como una capa de escarcha en una noche de invierno.

—En ese caso, tal vez podamos encontrar otra solución —habló finalmente el obispo.

Se inclinó sobre el escritorio del alguacil. Tomó una pluma, papel y escribió algo en la superficie. Agitó el documento para que la tinta se secara y se lo tendió a los elfos.

Era un número seguido de un montón de ceros.

—El valor de las riquezas que habéis perdido es incalculable —prosiguió—. Pero esta cantidad quizá ayude a paliar el dolor que habéis infligido a nuestra amada Iglesia.

Sylvan siguió observando el papel, esperando quizá que apareciera algo más.

—¿Qué debemos hacer con esto? —preguntó.

—Ganarlo, mendigarlo, robarlo… —El alguacil carraspeó. El obispo le lanzó una mirada retadora—. Mañana mismo viajaré a la Ciudad Papal a apagar los fuegos que ha ocasionado vuestra presencia. Volveré para la celebración del Alto Cónclave. A mi regreso, quiero esa cantidad de marcos esperándome.

Eilyn miró a Sylvan.

—Otra oferta de ayuda de los humanos que vuelve a salir mal. ¿Has visto?

—Sí, lo voy a apuntar. —Sylvan sacó su cuaderno.

La elfa volvió a dirigirse al obispo.

—Aún no me queda claro por dónde debemos empezar.

—No es de mi incumbencia, dama inmortal. Pero os sugeriría buscar un puente con buena cobertura de la lluvia para establecer…

—¿Y el Palacio Episcopal, su gracia? —interrumpió la mujer. Todas las miradas volaron de nuevo hacia ella—. Aún no ha llegado ningún cardenal y….

—Las habitaciones del Palacio están reservadas para miembros de *nuestra* Iglesia, hermana Leoncia —respondió el obispo—. Abades, arzobispos, sacerdotes, los sagrados árboles sobre los que orinó Liverna la Luminosa, portadora del Antalvalaï, e incluso las monjas atolondradas como tú. Los inmortales del Bosque, pese a que los adoramos, no forman parte de ella.

—Curioso concepto de adoración… —murmuró Eilyn, con la mirada puesta en su compañero.

El elfo se encogió de hombros.

—¿Y los visires de Huä que vinieron el año pasado, su gracia? —insistió Leoncia—. Ellos eran paganos, y…

El rostro del obispo empezó a cambiar de color; del ceniza al granate. Sylvan observó con expectación esa curiosa transformación cromática. ¿Los mortales podían hacer eso?

—¡Leoncia! —ladró, provocando que la mujer diera un pequeño salto. Fue a decir más, pero algo que pasó por su cabeza le hizo detenerse—. Enhorabuena; quedas encargada de ayudar a los inmortales del Bosque en lo que requieran hasta la celebración del Alto Cónclave. —Levantó un dedo—. *Sin* hacer uso de uno solo de los activos de la Iglesia. Confío en que, bajo tu sabio criterio y dirección, nuestros amigos élficos encontrarán la manera de devolver a tiempo lo que nos han quitado.

—¿Yo? —murmuró la mujer. Comenzó entonces su propio proceso cromático hacia la palidez absoluta.

El hombre asintió, se dio la vuelta y se dirigió a la salida.

—Nos veremos dentro de un mes. Y espero que ya con todo en orden.

Un pesado silencio invadió la sala tras el portazo del obispo. Eilyn soltó un largo y cansado suspiro.

—Otra oferta de ayuda humana. —Miró de nuevo a Sylvan—. ¿Qué opinas al respecto?

Sylvan miró a su vez a la tal Leoncia. La mujer, pequeña, pálida y temblorosa, había fijado los ojos en un punto del suelo y parecía incapaz de despegarlos de ahí. Eso terminó con las reservas de optimismo del elfo.

—Que pinta mal la cosa.

# Capítulo 3

El gorgoteo que hizo Leoncia al sorberse los mocos provocó otra mueca de asco en Eilyn. Era un sonido que la elfa no había escuchado en la vida. Curiosamente, en los pocos minutos desde que abandonaran la comisaría ya lo había oído cinco veces.

—… y la madre Sela me dijo «ve tú, ve tú, que hoy no me siento muy bien» —continuó Leoncia. La voz temblando, los pasos rápidos para adaptarse al ritmo de los elfos—. Ella quería que las rosas fueran rojas y la madre Camila las quería blancas para el desfile. Para simbolizar la ascensión de los Aëthilile, ¿sabéis?

—Ya, claro —respondió Sylvan, seguramente sin tenerlo nada claro.

—Al obispo Archimel no le podía dar más igual. —Leoncia se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Me estaba diciendo que no lo molestara con eso cuando le avisaron de que estabais con el alguacil. Pero aún tenía que hablarle de lo de los geranios. Yo solo soy una monja, ¿sabéis? Y… y…

Volvió a sorberse la nariz.

«Seis», pensó Eilyn.

—… y ahora tengo que asegurarme de que dos inmortales del Bosque paguen una deuda de miles de marcos con la Iglesia.

Le sobrevino un nuevo estallido de lágrimas.

Eilyn se fijó en los paseantes. Los que los observaban con disimulo giraban la cabeza cuando la elfa los observaba de vuelta. Otros directamente realizaban un esfuerzo descomunal para evitar mirarlos. Todos se apartaban de su camino. Ni una sola de las reverencias prometidas.

Supuso que ya se había corrido la voz sobre su caída en desgracia.

Leoncia los guio por la ciudad mientras lloraba y balbuceaba. Recorrieron plazas, puentes y mercados. Finalmente, se internaron

en una zona de edificios apiñados, suelo de tierra y olor viciado. La monja lo llamó suburbio.

Atravesaron una callejuela y se detuvieron frente a una puerta. Leoncia la abrió y subieron tres tramos por unas escaleras quejumbrosas de madera muerta.

—Este es el apartamento de mi tía —explicó, mientras sacaba la llave. La puerta hizo *clack clack*—. Lo heredé hace dos años. Yo vivo en el convento, pero suelo pasarme a regar las plantas.

Entraron al piso y Eilyn divisó el montón de tallos ennegrecidos al que Leoncia se había referido como plantas. La elfa negó en silencio. Por lo menos, les entraba algo de sol.

Sylvan se acercó a la ventana y miró por ella. El bullicio de la ciudad llegaba algo más apagado hasta esa altura, pero seguía presente. Eilyn empezó a sospechar que no había un solo lugar silencioso en toda la ciudad.

—¿Todos los mortales vivís en sitios como este? —preguntó el elfo.

—Solo los que no somos ricos, lord Sylvanor —respondió Leoncia. Su voz empezó a quebrarse por momentos—. Que en realidad, bueno… Somos la mayoría. —De repente se lanzó al suelo y se arrodilló—. Siento no poder ofreceros nada más digno, inmortales del Bosque. Humillaros de esta manera es una vergüenza que llevaré conmigo toda la vida.

Sylvan miró a Eilyn con expresión confusa. La elfa se encogió de hombros.

—Como reverencia no está mal.

—En realidad, es mejor de lo que esperaba —dijo Sylvan—. El alojamiento, digo. Antes de venir aquí pensaba que vivíais en agujeros en el suelo.

—Sí, podría ser peor —coincidió Eilyn.

La elfa hizo un gesto a Leoncia para que se levantara. Esta obedeció, se sacudió el hábito y respiró hondo. Se tomó unos instantes para calmarse. Entonces terminó de enseñarles el apartamento.

Había dos estancias. La principal contaba con una mesa, varias sillas, las plantas torturadas, un pequeño hogar y un hueco en la

pared tapado con una cortina que hacía de despensa. La otra estaba recargada con muebles y cajas. El resto del espacio lo ocupaba un colchón grande.

—El excusado es comunitario y tendréis que ir a la planta baja para… bueno, eso —dijo Leoncia—. Rita, la del primero, suele cocinar para algunos de los inquilinos. Gestionaré con ella lo de la comida.

Eilyn asintió. Decidió no preguntar qué era un excusado; sonaba a cosa asquerosa de mortales.

Prepararon unas infusiones y se sentaron a la mesa. La piel de la monja fue recuperando el que parecía su color sonrosado habitual. Quizá, con suerte, aún pasarían unos cuantos minutos antes de que le sobreviniera otra crisis.

—Bueno, tenemos que comentar lo de la deuda —dijo Leoncia—. ¿Qué sabéis hacer? —Sylvan fue a responder, pero la monja siguió hablando—. Algo para que os paguen por ello, me refiero. Aquí la gente tiene empleos especializados. Lavar la ropa, forjar el hierro, fabricar zapatos, sembrar y recoger la cosecha…

Sylvan y Eilyn se la quedaron mirando, en silencio.

—¿Hay gente que lava la ropa? —preguntó Sylvan.

—Esto… ¿cómo hacéis en el Bosque cuando se os ensucia?

—La verdeseda no se ensucia —Eilyn se señaló la blusa. A pesar del polvo del camino, seguía impecable.

—Y tampoco sé por qué lo llamáis el Bosque —dijo Sylvan—. Ilendalië tiene un montón de biomas. Hasta desierto, ¿lo sabías?

—Porque la frontera entre nuestras tierras y las suyas es un bosque —dijo Eilyn—. Y pocos han ido más allá.

—Ah, pues eso es…

Leoncia levantó las manos, reclamando atención.

—¿Y la comida? ¿No tenéis campesinos que hagan la siembra?

—Las plantas nos proveen —dijo Sylvan—. Todo crece solo.

—¿Y quién hace vuestras casas?

—Los cantantes de la piedra y los conversadores de árboles.

—Eso no va a funcionar aquí —avisó Eilyn.

Leoncia asintió con lentitud.

—¿Y la ropa?

—Las arañas y los gusanos —dijo Sylvan.

Leoncia torció el gesto.

—¿Y los zapatos?

Eilyn levantó un pie y lo colocó sobre la mesa. Estaba desnudo, pero inmaculado y suave a pesar del largo viaje.

—Yo sé hacer nudos élficos —dijo Sylvan, mostrando su anillo entretejido.

—Es hilador —especificó Eilyn—. Y muy bueno, además.

—Y también dibujo.

—Eso no lo hace tan bien —aclaró la elfa.

La monja asintió despacio.

—Me temo que ser hilador no te servirá de mucho por aquí —dijo. Señaló el anillo—. Pero quizá quieras vender eso.

Sylvan escondió la mano más rápido que si se hubiera quemado.

—Espero que lo hayas dicho en broma —dijo Eilyn.

Leoncia volvió a ruborizarse.

—En cualquier caso, sois más fuertes y veloces que el grueso de los mortales, ¿verdad? —continuó—. Os pagarían muy bien por echar una mano en la construcción. O a los caravaneros, o a los estibadores en el puerto fluvial. Con suerte, en un mes…

Eilyn no pudo evitar poner una mueca de horror. Debió de ser tan evidente que Leoncia dejó de hablar.

—Aquí estamos ignorando lo obvio: y es que no hemos abandonado Ilendalië para convertirnos en bestias deslomadas. —La elfa señaló a Sylvan—. Ya he asumido que no veré las maravillas que me prometió este y que los humanos no nos venerarán como imaginaba, pero la lista de asunciones se acaba aquí. Prefiero volver y reconocer que nos hemos metido en un lío, o incluso mandar a la mierda a la Iglesia Élfica, a rebajarme a trabajar como un mortal.

Sylvan tuvo la decencia de parecer compungido mientras escuchaba. Leoncia cambió el rubor por la palidez.

—No será para tanto, Eilyn —dijo el elfo—. Trabajaremos unos cuantos días, saldaremos la deuda, retomaremos nuestro viaje y regresaremos a Lindeburgo a tiempo para el Alto Cónclave. ¿Verdad, Leoncia?

La monja lanzó una mirada lastimosa al elfo.

—Me temo que no funciona así…

Procedió entonces a explicar el sistema económico humano. Jornadas de trabajo, salarios medios y precios. Al terminar, la expresión de Sylvan estaba tan descompuesta como la de Eilyn.

La elfa se levantó.

—Necesito ir a darme un baño —dijo—. No puedo más con esto. ¿Hay algún arroyo por aquí cerca?

—Tras la puerta norte, al final de la calle del correo —respondió Leoncia—. Te ayudaré a…

Eilyn la detuvo con un gesto de la mano.

—¡No! Estoy harta de ayuda, de ruidos desagradables y de… —Señaló la sien de Leoncia—. … de vuestras orejas pequeñas y redondas. ¡Luz de estrellas! Necesito tranquilidad.

Eilyn salió del apartamento y cerró la puerta con más fuerza de la que pretendía. Bajó los tramos de escaleras y llegó a la calle. Caminó entonces hacia la dichosa puerta norte, huyendo de la tormenta que se estaba desatando en su cabeza. ¿Cómo se había dejado convencer para ir allí? ¿Y cómo podía haberse ido todo al desastre tan rápido?

«Quizá lo mejor sea volver a Ilendalië —pensó—. Y no salir de allí jamás».

La presencia de los mortales correteando por aquel laberinto la distrajo de sus pensamientos. Pequeños, enclenques y de miradas nerviosas que posaban en cualquier lugar salvo en ella. Eso era como llamar la atención sin ninguno de los beneficios de… bueno, de llamar la atención. Si al menos trataran a Eilyn con la deferencia que merecía, podría hacer el esfuerzo de vivir en aquel nido de ratas. ¿No se supone que era una especie de diosa, o algo así?

«Quizá no», pensó. Se le hacía muy raro que los dioses tuvieran que pagar deudas.

Llegó a una parte más calmada y antigua de la ciudad. Lo más probable es que no estuviera ni cerca de la muralla norte, ya que Eilyn había caminado en ascenso y sin prestar atención a sus pasos. Sin embargo, no le disgustó lo que vio.

Arcos y columnas. Estatuas y relieves. Enredaderas serpenteando por la roca vieja. Escuchó entonces el sonido de una fuente. Lo

siguió a través de calles de suelo adoquinado. Por alguna razón, le recordó a la calma del hogar.

El arrullo terminó llevándola hasta una plaza. Allí encontró una fuente de aguas claras, amplia, de planta octogonal. Un olmo viejo, cuya enorme copa cobijaba la plaza del intenso sol vespertino, crecía justo al lado. Los pocos mortales que había por allí desperdigados hablaban silenciosamente, sentados en bancos. A Eilyn le gustó. De hecho, parecía mejor que cualquier arroyo que pasara cerca de una ciudad humana.

Se acercó a la fuente y probó la temperatura del agua. Estaba fría: perfecta para un caluroso día de verano. Se quitó la ropa y se metió dentro, feliz de que no hubiera ningún mortal ocupándola.

Se extendió en toda su largura y disfrutó de la serenidad de flotar como una hoja olvidada. La copa del olmo se movía con la brisa, dejando huecos por los que se colaba el sol y que se sentían como besos en la piel. Para Eilyn, el agua tenía el poder de lavar sus preocupaciones. Le agradó comprobar que el agua mortal también poseía el mismo efecto.

Al fin y al cabo, ¿qué podían hacerles los humanos si no pagaban la deuda? Nada. Y su propia gente era razonable; estaba segura de que no habría elfo que simpatizara con Archimel cuando contaran en Ilendalië lo que había pasado. No había ningún problema. Todo estaba bien.

Se quedó un rato flotando, relajada, disfrutando de los pequeños fuegos que cruzaban su piel. Al menos, hasta que sintió movimiento en el agua. Unas perturbaciones que no tenían que ver con el chorro de la fuente.

Eilyn abrió los ojos.

—Oye, esto no está nada mal —dijo Sylvan—. ¿Lo has encontrado tú sola?

El elfo estaba a su lado. Tumbado, desnudo, haciendo desbordar sus rizos por el murete de la fuente y orientando su torso hacia el cielo. Eilyn lo observó de arriba a abajo. Podía permitirse disfrutar de la única cosa perfecta que existía en aquella ciudad.

—De pura suerte. —Su mano empezó a acariciarle el pecho por voluntad propia—. Me alegro de que contigo haya pasado lo mismo.

Sylvan sonrió.

—Se me hace difícil perderte de vista.

Eilyn amplió el rango de sus caricias.

—Tiene un aire a las termas de casa, ¿no te parece?

El elfo ladeó la sonrisa. Entonces se giró, agarró a Eilyn por la cintura y la hizo flotar hacia sí. El fuego que sintió la elfa no tuvo nada que ver con el sol.

—Para que fueran las termas —dijo el elfo—, tendría que haber un poco de esto.

Eilyn sintió los labios de Sylvan. Suaves. Húmedos y cálidos. Perfectos.

Las manos de Eilyn se aventuraron a recorrer otras partes del cuerpo del elfo. Los músculos tensos, como fieras contenidas. La piel suave como el mármol. Una dureza que amenazaba con descontrolarse.

Sylvan respondió con sus propios movimientos; un contrapunto de roces en lugares específicos. Caricias que liberaban gemidos en Eilyn, como si de un instrumento se tratara. La elfa sonrió, feliz por la expectativa de terminar con tantos días de abstinencia.

El roce de sus manos se convirtió en un baile. Se mantuvieron flotando el uno junto al otro en aquel pequeño espacio, separando sus cuerpos y volviéndolos a atraer. Encontrándose y alejándose. Abriendo un apetito voraz y dejándolo insaciado. Pero siempre creciente.

El agua empezó a agitarse, bullendo de la pasión que estaba acogiendo. Eilyn se sentó a horcajadas sobre Sylvan y buscó sus ojos verdes. En ellos encontró toda la vida que faltaba en aquel mundo gris.

Sin embargo, enseguida advirtió que no eran los únicos ojos que la observaban.

Las personas de la plaza miraban ahora hacia la fuente. Los estudiaban con expresiones intensas, indescifrables para Eilyn. Una parte de ella se preguntó por qué miraban tanto. La otra sintió un nuevo impulso ardiente al percibir todos aquellos ojos encima. Por fin digna de ellos.

Dejó de preguntarse y se concentró en sentir. No había admiración ni devoción en sus miradas; había algo más intenso. Y si aquellos ignorantes mortales tenían curiosidad acerca de qué podían hacer dos elfos juntos, ella se lo iba a enseñar.

Sonrió mientras se acomodaba sobre el cuerpo de su compañero. Agarró el pene de Sylvan y lo guio hacia su interior. Un incontrolable gemido de placer escapó de su garganta.

Mantuvo los ojos abiertos para captar las reacciones de sus observadores. La mayoría giró la cabeza, aunque las miradas, furtivas, se mantuvieron. En Ilendalië ningún elfo habría pestañeado al ver a otros intimando. Allí, sin embargo, el sexo parecía ser objeto de una avergonzada veneración.

No le disgustó en absoluto.

—¡Bendita luz de las puras miradas de los inmortales olvidados! —Una voz se alzó sobre el murmullo del agua—. ¡Ay mi madre! No, no, no… ¡Esto sí que no!

Como si fuera el fin abrupto de un sueño, la gente se giró y Eilyn sintió su fuego apagarse. Encontró a Leoncia corriendo hacia ellos, sujetando una gran sábana como si quisiera pescar un banco entero de peces con ella. En cuanto les tiró la tela encima, a Eilyn le quedó claro quiénes eran la captura.

—¿Cómo se os ocurre desnudaros y…? ¡Bendita luz!

Los sacó del agua a tirones, exhibiendo una fuerza inesperada en un cuerpo tan blando y pequeño. Una vez fuera, los terminó de envolver en la tela mojada.

—Me van a despellejar por esto —se quejó la monja—. Me van a hacer limpiar las suelas de los zapatos de todo el obispado con la lengua. ¿En qué estabais pensando?

Eilyn se dejó cubrir, más curiosa que enfadada, sin entender cuál era el objetivo de toda aquella maniobra. Las miradas de los observadores habían vuelto a recaer sobre Sylvan y ella, solo que esta vez el brillo de la lujuria estaba casi apagado. Algunos habían comenzado a moverse, incómodos. Otros empezaban a murmurar.

—¿Qué pasa, Leoncia? —preguntó Sylvan—. ¿Va todo bien?

La monja los hizo caminar a empujones.

—Me van a desterrar, me condenarán a vagar por los desiertos —murmuró—. Blasfemia. Y de las gordas. ¡Y en mi primer día!

—Creo que hemos hecho algo mal —susurró Eilyn a su compañero.

—Oh, sí. ¡Una blasfemia como un castillo!

Avanzaron dejando un rastro húmedo sobre los adoquines. Se acercaron entonces a una de las salidas de la plaza, bloqueada por un pequeño grupo de curiosos.

—¡Apartad si no queréis que os ahogue de uno en uno! —chilló Leoncia.

La gente abrió un pasillo al momento.

Eilyn se dejó dirigir, aún envuelta en tela mojada. Volvió a observar los rostros, que ahora teniéndola tan cerca apartaban la mirada, avergonzados. ¿Cómo era posible?

Caminó entre ellos como si hubiera vuelto a ser invisible. Ningún roce, ninguna palabra, ninguna mirada. Se había convertido en aire.

Sin embargo, cuando estaban a punto de abandonar la plaza, sintió una presión en la palma de su mano. Algo frío, metálico. Volvió a repetirse hasta en dos ocasiones más. Y Eilyn sospechó que habría ocurrido más veces, de no ser porque Leoncia avanzaba como un caballo encabritado.

No se detuvieron hasta llegar al apartamento. Así, cuando la monja los liberó de su prisión de tela, Eilyn se permitió abrir el puño.

Sujetaba tres pulidas monedas. Tan brillantes como la idea que acababa de formarse en su mente.

# Capítulo 4

—Quiero pediros disculpas por mis formas al sacaros de la fuente —explicó Leoncia, una vez se hubo calmado.

Había ido a hablar con Rita, la vecina del bajo, y había conseguido estofado para cenar por mucho menos dinero de lo que costaba una herradura. Sylvan, que había presenciado el intercambio, se sintió celoso de sus habilidades de negociación.

—Fue veros así y… Bueno, tenía que hacer lo que hice, claro —continuó—. Pero no del modo en el que lo hice. Solo soy una monja del montón, no estoy preparada para gestionar situaciones así. Así que… lo siento mucho.

Leoncia se apartó de la mesa e hizo una profunda reverencia. El color rosado había vuelto a sus mejillas, aún visible a la luz de las velas, por lo que Sylvan comprendió que ese debía ser un estado cromático habitual.

Eilyn, a su lado, iba sacando del cuenco trozos de carne de un animal sin identificar.

—Entendido —dijo Sylvan—. Nada de sexo en público.

Leoncia volvió a sentarse.

—Jamás me habría esperado que tendría que especificar eso —murmuró.

—Y nada de bañarnos en las fuentes, solo en el arroyo —añadió el elfo.

—En algún recodo protegido para daros intimidad. Nunca con gente delante. Y no demasiado tiempo.

Sylvan asintió.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Eilyn, aún inmersa en la pesca de carne—. Los mortales nos adoráis. Pero, al mismo tiempo, no dejáis de decirnos lo que tenemos que hacer. ¿Por qué?

Leoncia dedicó unos instantes a pensar la respuesta. Parecía avergonzada por algo. Pero claro, en opinión de Sylvan, siempre

parecía avergonzada por algo.

—Los elfos sois las creaciones más cercanas a la perfección —dijo—. En los comienzos de la historia, cuando aparecimos los mortales, nos separasteis de los animales y nos disteis las enseñanzas que nos hizo personas. Nosotros las apuntamos en un gran libro y las fuimos pasando de generación en generación para que el conocimiento no se perdiera.

La monja señaló un grueso volumen que descansaba sobre una encimera. Sylvan, curioso, se levantó y lo examinó.

«El Códice de la Luz», leyó en la portada.

—Pero el hecho de que los sabios elfos de la antigüedad nos iluminaran con su conocimiento no quiere decir que *todos* los elfos puedan hacerlo —continuó Leoncia—. Es cierto que tenemos más debates teológicos de lo que nos gustaría sobre estos temas. Sin embargo, la mayoría coincidimos en que, aunque os adoremos, las bases de nuestra religión ya quedaron asentadas. —Levantó las manos—. Vosotros sois seres de perfección, virtuosos y puros. Pero digamos que… sois puros al estilo de…

—¿De qué? —preguntó Eilyn, al ver que el titubeo se alargaba.

—Bueno, de niños.

Leoncia inclinó la cabeza y murmuró otra disculpa.

Sylvan creyó comprender lo que decía. Los humanos adoraban a los elfos porque sus ancestros les habían enseñado cosas. Sin embargo, esas cosas que les habían enseñado debían ser diferentes a las que habían traspasado a su propio pueblo. Al menos, él no había conocido a ningún elfo que viera con malos ojos el sexo libre.

—Pues eso va a cambiar —dijo Eilyn. Leoncia miró a la elfa como si esta la acabara de abofetear—. Una cosa es estar dispuesta a vivir en una sucia ciudad mortal, oliendo vuestros cuerpos mortales y siguiendo vuestras costumbres mortales. —Levantó un dedo—. Y otra muy distinta es plegarme a unas leyes sin sentido, las haya puesto quien las haya puesto. Solo sois unos seres pequeños y fugaces que no entendéis nada del mundo.

—Dama Eilynwen —empezó a decir Leoncia—, siento que esto te haya hecho enfurecer, pero…

Eilyn espantó las posibles excusas con la mano.

—¿Cuántos años tienes, acaso? Tendrás ochenta como máximo.

Leoncia abrió tanto la boca que se le vio la campanilla.

—¡Tengo veinticuatro!

La elfa alzó las manos al cielo.

—¿Ves? Apenas eres una larva.

—¿Perdona?

—Eilyn, la cuestión es adaptarnos a ellos —intervino Sylvan—. Vamos a estar solo un mes aquí. Y aunque su religión sea lo más absurdo que he escuchado en mi vida, ¿tanto nos cuesta un pequeño sacrificio para hacer las cosas a su manera?

Dedicó un gesto de ánimo a Leoncia. La monja le devolvió una mueca indescifrable: algo entre el agradecimiento y el horror.

El sonido de un objeto metálico chocando contra la mesa atrajo todas las miradas.

—Bien, ¿cuánto vale esto? —preguntó Eilyn.

Monedas. Doradas y brillantes. Leoncia las inspeccionó como si fueran hongos exóticos.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó—. Creía que os lo habían quitado todo.

—De mis bolsillos interiores —respondió Eilyn—. Las guardo para emergencias.

Leoncia asintió y volvió a fijar la vista en las monedas. Sylvan observó con interés a su compañera. Sus palabras decían una cosa, pero había algo en su tono que no encajaba. No tenía la musicalidad de siempre.

—Son quince marcos —dijo Leoncia—. Es una fracción muy pequeña de la deuda, dama Eilynwen. Podríamos estirarlos para alimentaros medio mes, pero no más.

Eilyn mantuvo su expresión adusta.

—Según nos dijiste, es más o menos lo que gana un mortal a la semana.

—Más o menos. Aunque depende del empleo, claro.

—¿Cuánto tendríamos que ganar al día para mantenernos y pagar la deuda?

—Varios cientos —calculó Leoncia—. Casi mil.

Sylvan se dejó hundir en el asiento. Cuantos más números escuchaba, más claro tenía que todo acabaría mal. Después de insistir tanto para ser él quien representara a su pueblo en el Alto Cónclave, ¿cómo iba a soportar la vergüenza de volver a Ilendalië con semejante fracaso a sus espaldas? ¿Cómo iba a confesar, además, que lo habían engañado antes siquiera de haber pisado Lindeburgo?

Era consciente de su propia ingenuidad, por supuesto. No era ni pretendía ser la estrella más brillante entre los elfos, pero que unos simples mortales se hubieran aprovechado de él de una manera tan burda era cruzar un límite.

—¿Si encontráramos un trabajo que nos hiciera ganar esa cantidad cada día —preguntó Eilyn—, tendrías algún inconveniente en que lo ejerciéramos? ¿Aunque no te gustara?

Leoncia sonrió con indulgencia.

—¿Un corto paseo por la ciudad y ya has encontrado la gallina de los huevos de oro, dama Eilynwen?

Eilyn le devolvió una sonrisa envenenada.

—Vamos a hacer una cosa. —La elfa recogió las monedas y las hizo tintinear en su mano—. Tú eres la mortal. La negociadora, la experta, la que a pesar de su poco tiempo de vida, tiene más experiencia en esta ciudad. Así que haremos las cosas a tu manera si después de una hora, una única *hora*, no consigo alcanzar los cincuenta marcos por mis propios medios. —Levantó un dedo—. Pero, si lo consigo, te tragarás tus prejuicios junto con esta sopa de rata y nos ayudarás en todo lo que te pidamos.

Leoncia entrecerró los ojos.

—¿Sin robar, engañar, extorsionar ni explotar a nadie?

Eilyn señaló hacia arriba y después se tocó el corazón.

—Sin robar, engañar, extorsionar ni explotar a nadie más que a mí misma. Y, en todo caso, a Sylvan.

—¡Eh! —dijo este.

—Lo juro por la pura luz de las estrellas.

Leoncia mantuvo su expresión durante unos instantes. Finalmente, asintió.

—De acuerdo. Una hora.

—Una hora —convino Eilyn, cruzándose de brazos—. Cincuenta marcos.

—Tenéis que cerrar el trato estrechando la mano —aportó Sylvan. Las dos mujeres lo observaron—. Así es como hacían en el mercado.

Eilyn y Leoncia volvieron a mirarse. La monja fue la primera en pasar a la acción; se frotó tímidamente la mano en el hábito, como si quisiera secársela, y se la tendió a la elfa. Eilyn la observó con la misma expresión con la que había sacado antes la carne del plato. Tardó unos largos instantes en acercar la suya.

Sylvan sonrió en cuanto se produjo el contacto.

—¡Perfecto! ¿Cuándo empezamos?

* * *

El día había amanecido despejado y bochornoso. La suave brisa que barría el apartamento de Leoncia en las alturas languidecía abajo, cubriendo las calles con una mortaja de calor aborrecible. Eilyn agradeció al menos haber podido dormir frescos. Con medio cuerpo fuera de aquel colchón compartido, sí, pero frescos. Caminaba decidida, deseosa de volver a sentir el beso del agua fría en su piel, pisando con fuerza los adoquines que la habían visto vagar perdida el día anterior. Ese día encontraría su camino. Y en más de un sentido.

—¿Otra vez Loma del Príncipe? —preguntó Leoncia—. ¿Qué vamos a hacer aquí?

Eilyn no contestó. Desde que se les había unido tras pasar la noche en el convento de su orden, Leoncia no había parado de hacer preguntas. Mantener el misterio tenía su punto, pero el motivo de guardar silencio era asegurarse de que la monja no se echara para atrás. A Sylvan tampoco le había dicho nada, pero él era fiable como el pan caliente. No decepcionaría.

El elfo caminaba concentrado, la mirada fija en todo aquello con lo que se cruzaba. Llevaba una camisa de lino blanco, abierta por el pecho, al estilo humano. Leoncia la había encontrado en un baúl en el apartamento, entre las posesiones de su difunto tío. Eilyn esperó

que no tuviera mucho cariño a la prenda; no tardaría en echarla a perder.

—Ya llegamos.

La frondosa copa del olmo se adivinó poco después entre los tejados. Eilyn los guio por las últimas callejuelas y enseguida desembocaron en la plaza de la fuente.

—¿Otra vez la Plaza de la Ascensión? —preguntó Leoncia.

Eilyn volvió a guardar silencio, en parte porque no sabía qué responder a eso. A ella le gustaba más cómo lo llamaba en su mente: la Plaza del Olmo.

Observó a su alrededor. Había algunos humanos desperdigados en bancos de piedra; quizá el mismo número que los del día anterior, pero no vio ningún rostro familiar. Eso le produjo una punzada de inquietud. ¿Y si los mortales que estaban ese día eran tan mojigatos y prejuiciosos como la monja?

Miró a Leoncia y la encontró a su vez observándola. Mantenía una expresión confusa. Si aún no había comprendido el propósito de Eilyn, le quedaba poco para hacerlo.

—Recuerda el trato —dijo la elfa.

Les dio la espalda y caminó hacia la fuente. Empezaba el espectáculo.

Eilyn respiró hondo y se concentró en sus sensaciones. Cerró los ojos. Sintió la dureza de la piedra en las plantas de los pies, la sombra refrescando su piel. El borboteo del chorro y el taimado movimiento del Olmo, que se alegraba de sentir de nuevo su presencia. Hacía un día espléndido para bañarse.

Llegó hasta el agua y se mojó la nuca con ella. Sintió el frescor descendiendo por su cuerpo. Escuchó las hojas danzando en lo alto. Casi le pareció estar en las termas de Ilendalië.

Allí, si hubiera mirado a su alrededor, habría visto un panorama muy diferente: decenas de elfos y elfas desnudos, explorándose mutuamente, jugando con sus cuerpos sin limitaciones. En aquella plaza, los sencillos y atrasados mortales serían quienes la observarían a ella: al objeto de su adoración, la expresión suprema de la pureza élfica. A su diosa, expuesta enteramente para ellos.

Empezó a desvestirse ya excitada, anticipando las expresiones de asombro y lujuria. El rostro impactado de Leoncia, juzgándola sin poder intervenir. El sabor de la libertad en un mundo encadenado.

Se lanzó a la fuente desnuda por completo. Una revitalizante ola de frescor la hizo temblar. Rio, sin poder evitarlo. Y una risa masculina de puro gozo respondió en la distancia.

Sylvan se lanzó al agua aún a medio desvestir. Eilyn le sonrió de vuelta. Se acercó y le abrió la camisa, haciendo saltar varios botones. El elfo le respondió con una carcajada.

—En cuanto he visto la fuente he comprendido qué te proponías.

—Sabía que me seguirías el ritmo.

Sus cuerpos se juntaron y se fundieron en un torbellino de roces y caricias. Sus lenguas se encontraron y Eilyn volvió a respirar hogar. El frescor del agua pronto fue eclipsado por un intenso calor. Un ardor que iba conquistando cada parte de su cuerpo, imparable.

Aun así, consiguió detenerse.

Se apartó de Sylvan, recogió los restos de su camisa y se cubrió con ellos. Entonces miró a su público. Les dedicó una expresión seria, adusta, pero que dejaba escapar estudiados atisbos de travesura. Y allí estaban los rostros: hombres y mujeres sorprendidos, escandalizados, exaltados. Lujuriosos. Arrancados de un sueño del que no creían que fueran a despertar.

—No hay nada que nos excite más a las elfas que el sonido del oro en el agua. —La elfa levantó la camisa hasta mostrar el muslo—. Sería muy placentero para mí si alguno de vosotros, nobles mortales, me animara a seguir jugando.

Hizo un barrido por todos los rostros, exageró un gesto de tristeza y se dio la vuelta. Encontró un brillo divertido en los ojos de Sylvan, que la atrajo hacia sí para besarla. Eilyn lo detuvo extendiendo un brazo contra su pecho. Sentir aquellos duros músculos bajo su piel casi le hizo retomar el juego, pero consiguió contenerse. Al menos, hasta que sonó un *chof* junto a ella.

Miró a sus pies y encontró el esperado resplandor dorado. Hundió la mano y sacó su premio: una brillante moneda.

Eilyn se lanzó hacia Sylvan, dejando caer la tela. Lo tumbó sobre el murete y comenzó a besar el cuerpo del elfo.

Sylvan se dejó hacer. Hundió la mano en la fuente, sacó agua y la vertió siguiendo, de arriba a abajo, la espalda de Eilyn. La elfa se detuvo, sorprendida por un escalofrío de placer. Rio en alto y continuó besando a Sylvan. En ese momento, sus ojos se cruzaron con los de Leoncia.

La monja observaba junto a los demás mortales, paralizada por las emociones. Eilyn pudo ver la lucha también en ella: la fascinación y la culpa, el deleite y la vergüenza. Las grietas resquebrajando las cadenas de una promesa. Seguramente no tardaría en intervenir.

Eilyn decidió pasar al acto final.

Se volvió a cubrir con la camisa y se colocó a horcajadas sobre Sylvan, de cara al grueso de mirones. Sosteniendo la tela con una mano, se las arregló para manejar la dureza del elfo y colocársela entre las piernas. Entonces empezó a descender, poco a poco, sintiendo cómo su interior la acogía con ansia.

Continuó moviéndose con deliberada lentitud, derritiéndose ante todas las miradas. Convirtiéndose en una segunda fuente. Controlándose a duras penas para mantener la tela en su sitio.

Se detuvo y miró de nuevo a los mortales. Por suerte, ellos captaron al momento su intención. Una lluvia de monedas hizo borbotear el agua con gloriosos destellos dorados.

Entonces sí, Eilyn se desató. Lanzó la tela a la fuente y cabalgó a Sylvan como hacía tiempo que no cabalgaba a nadie. Aquella plaza de arcos de piedra, aquellas miradas escandalizadas, aquel acto prohibido tenía algo que no había sentido nunca. Y mientras, las monedas seguían cayendo.

Sintió oleadas de placer, una tras otra, al tiempo que fijaba su mirada en los rostros de su público. Se les unió más gente. Eilyn lo disfrutó. Más ojos, más exposición. Pero, por alguna razón, no más monedas.

De repente, los observadores originales empezaron a huir en desbandada.

Se acercó entonces el que parecía ser el líder del nuevo grupo que se les había unido; un hombre serio y corpulento, uniformado y enterrado en una horrenda masa de vello facial. Su expresión gritaba en silencio que algo iba mal. Eilyn se detuvo a regañadientes.

—Inmortales del Bosque. —El hombre hizo atronar su voz—. Quedáis detenidos por escándalo público.

# Capítulo 5

El por qué los hombres humanos se dejaban crecer la barba, era un misterio al que Sylvan le seguía dando vueltas. Los elfos también podrían llevarlas, por supuesto, pero no se los veía con ellas por la misma razón que no se los veía con uñas de un palmo de longitud en los pies. Aun así, a los mortales les quedaba extrañamente bien. Otra de las particularidades de aquel mundo.

Luego estaba el alguacil, que se atusaba su denso bigote mientras los observaba al otro lado de los barrotes. Eso venía a ser como dejarse crecer una única uña, la del pulgar quizá. Más raro aún.

Sylvan estaba imaginándose su propio rostro con bigote cuando llegó Leoncia.

—Ya está todo saldado —dijo.

El alguacil miró al guardia que la acompañaba y este asintió. Entonces suspiró y les abrió la puerta de la celda.

—Vamos a mi despacho.

Abandonaron la sección de las celdas y se dirigieron a la sección administrativa que habían visitado el día anterior. Avanzaron atrayendo las miradas de todos. Eilyn digna, como siempre, Leoncia atravesando una de sus fases de rostro pálido. A pesar del calor del verano, su hábito aún goteaba. Justo en el momento en el que los guardias habían aparecido para detenerlos, ella se había lanzado a la fuente a recoger las monedas. Gracias a su rapidez, el botín se había salvado.

Entraron al despacho del alguacil y este cerró la puerta. Nada más tomar asiento tras el escritorio, el hombre retomó el toqueteo del bigote.

—Parece que tenéis un desconocimiento descomunal en lo que respecta a las leyes humanas —comenzó a decir—. La hermana Leoncia me ha asegurado que vuestro sentido moral os debería

mantener dentro de nuestro marco legal general, así que no tendría que preocuparme porque fuerais por ahí robando y quemando cosas. Sin embargo, eso no calma mi temor de encontraros aquí cada día que dure este largo mes.

—No somos estúpidos, alguacil —dijo Eilyn—. Podemos cumplir perfectamente vuestras leyes.

—Y, sin embargo, aquí estáis.

La elfa se cruzó de brazos.

—Porque lo estúpido, en este caso, son las leyes.

El hombre volvió a suspirar.

—Sé que ya tienes suficiente presión, hermana Leoncia, pero voy a pedirte que te hagas cargo de esto.

La monja observó al hombre con expresión demacrada, el cabello revuelto a medio secar. Sylvan tenía entendido que los humanos envejecían con el tiempo, pero estaba empezando a sospechar que lo que realmente los marchitaba eran los disgustos.

—El obispo Archimel me va a matar —murmuró.

—Aunque por el momento sea el hombre más poderoso de la Iglesia Élfica, no tiene poder para matar a nadie…

—No lo subestimes.

—… pero me temo que no rodará solo tu cabeza si se entera de vuestra nueva visita a comisaría —continuó el alguacil. Señaló a los elfos—. Nosotros mantendremos silencio y tú los mantendrás lejos de aquí. ¿Te parece?

Esta vez fue Leoncia quien suspiró.

—Haré lo que pueda.

El alguacil asintió, satisfecho. No despegó la mano del bigote ni para despedirse.

* * *

—¿Entonces cuánto dinero nos queda? —preguntó Eilyn.

Leoncia paró un instante de barrer para lanzarle una bolsa tintineante. La elfa la abrió y dejó caer el contenido sobre la mesa. Las monedas eran menos y más pequeñas de lo que Sylvan había esperado.

—Cuatro marcos y…

—Siete escudos —respondió Leoncia—. Tenemos aún menos dinero que ayer.

Eilyn alzó la mirada.

—¿Y cómo es eso posible?

La monja siguió barriendo con energía.

—Porque hay unas cosas que se llaman *multas*. Las multas son dinero que se paga a veces como castigo cuando uno ha incumplido la ley. Y son terriblemente caras, tanto que casi he gastado todo lo que habéis ganado, precisamente para asegurar que no vuelva a repetirse el delito. —Apoyó la escoba contra la pared, quizá con demasiada fuerza.—. Un delito que yo, como estúpida que soy, he permitido que cometáis. ¡Porque en ningún momento se me ocurrió que el trabajito que me estabais proponiendo fuera a ser absoluta y vergonzosamente ilegal!

Eilyn se cruzó de brazos.

—No veo por qué tendría que ser ilegal.

Leoncia se echó el cabello hacia atrás, respiró hondo y recogió la escoba.

—La cosa es que lo es, dama Eilynwen. La ley no es subjetiva. Eso queda fuera de toda discusión.

—Pues es una lástima para ti, porque nos has dado tu palabra de dejarnos hacer lo que quisiéramos si te demostrábamos que podíamos ganar el suficiente dinero.

Leoncia soltó un bufido.

—Dije que nada de robar…

—… engañar, explotar o extorsionar —completó Eilyn—. Lo hemos cumplido a rajatabla. Y un trato es un trato.

—¿De cuánto ha sido la multa, Leoncia? —preguntó Sylvan.

Leoncia siguió barriendo sin responder.

—¡Humana! —insistió Eilyn—. Lord Sylvanor te ha hecho una pregunta.

Sylvan no pudo evitar soltar una carcajada. La monja, por su parte, pareció hacerse más pequeña.

—De sesenta marcos —murmuró—. Con trece escudos.

A Eilyn se le escapó una sonrisa triunfante. Habían superado el importe del día anterior, y en menos de una hora. Habría sido bonito tener todas esas monedas entre las manos, sí, pero lo importante era que habían demostrado que podían vencer aquel podrido sistema económico mortal.

«Suponiendo que nos dejen repetir lo que hemos hecho, claro», pensó.

—No entiendo por qué la gente nos ha dado dinero si nos estábamos saltando la ley —dijo Sylvan—. Parecía que lo disfrutaban, incluso.

—Exacto. —Eilyn se recostó en la silla—. ¿No sería como premiar a un ladrón?

—Es más complicado que eso —dijo Leoncia, aún cohibida—. Para empezar, lo ilegal de vuestro acto fue hacerlo en público, no el acto en sí. Y respecto a lo de pagar por ello, sea ilegal o inmoral ver a dos inmortales del Bosque haciendo… —Barrido—. Esto, practicando sus aficiones… —Barrido—. Bueno, hay quienes reprueban cosas de boquilla pero luego se sienten atraídos por ellas.

Eilyn mantuvo los brazos cruzados.

—Vuestra ambigüedad moral es bastante peculiar, humana. Es contradictorio que disfrutéis de lo que luego vais condenando. Pero bueno, sois mortales. ¿Qué se le va a hacer?

Leoncia clavó los ojos en la elfa.

—Y lo que a mí me parece contradictorio es que nos repudies pero luego te excites con nuestras miradas.

Sylvan se atragantó con su propia saliva. Eilyn abrió tanto la boca que pareció querer tragarse la mesa. Leoncia hizo lo mismo, aunque se la tapó enseguida con las manos.

—¡Perdón! Yo…

—Serás…

—Leoncia —intervino Sylvan, consiguiendo atraer ambas atenciones antes que la cosa fuese a más—. Has dicho que nuestro acto en sí no era ilegal. ¿Habría alguna manera de conseguir… cómo decirlo… que todo esté en orden?

Leoncia desvió la mirada.

—Podría ser…

Eilyn abandonó su expresión indignada por el bien de la conversación. Tan solo mantuvo un ligero ceño fruncido.

—Explícate.

La monja lanzó un largo suspiro antes de seguir barriendo.

—En Lindeburgo existen unos establecimientos a los que la gente acude y paga por ver y hacer… eso. Burdeles, se llaman. Si cuentan con licencia, son perfectamente legales.

—¿Tendríamos que construir un burdel? —preguntó Sylvan.

—Bastaría con alquilarlo y adaptarlo a vuestras actividades. —Leoncia se detuvo y negó con la cabeza—. Bendita luz… ¿De verdad estoy planteando esto?

—Has hecho una promesa, humana —recordó Eilyn—. Nos ayudarás en todo lo que te pidamos, ¿recuerdas?

Leoncia observó a los elfos con expresión suplicante. Su cabello desordenado, su reciente palidez y sus ojeras contribuyeron a exagerar el efecto.

—¿De verdad me vais a hacer montar un burdel? ¿En menos de un mes? ¿A una humilde servidora de la Iglesia Élfica?

Sylvan se encogió de hombros.

—¿Qué problema hay?

# Capítulo 6

Leoncia maldijo por enésima vez a las madres Sela y Camila. Una quería las rosas rojas para el desfile. La otra, blancas. ¿Qué más les daba? Vale, quizá el hecho de que ella misma fuera una bocazas de cuidado había agravado el problema, pero eso no quitaba que las dos mujeres hubieran originado todo. Así que ahí estaba ella: una monja del montón haciéndose cargo de los seres que adoraba su Iglesia. Jamás había pensado que eso pudiera hundirla en las profundidades más oscuras de una crisis teológica.

¿Cómo podían esos dos elfos, entes de inmaculada perfección, romper con todo lo que le habían enseñado sobre la propia perfección? ¿Y cómo podían sacarla tanto de quicio? El obispo Archimel solía decir que los elfos eran como niños: seres de infinita pureza con los que, a veces, había que tener mano dura. Leoncia aún no podía concebir el hecho de aplicar disciplina a un ser divino. Quizá porque solo era una simple monja.

Los pasillos del convento estaban animados, como siempre. Apenas llevaba unos días sin participar en la vida eclesiástica y ya la echaba de menos. Las lecturas del Códice de la Luz con las hermanas, los talleres de nudos élficos, la confección con verdeseda… Todo parecían recuerdos de un pasado muerto y enterrado. Ahora, cosas de la vida, tenía que montar un burdel.

Atravesó el césped del claustro siguiendo una diagonal. El sol caía a plomo y las religiosas se refugiaban bajo los arcos, evitando exponerse a su alcance. Leoncia, con el tiempo pegado al culo, no podía permitirse ese lujo.

Encontró a Julius en su despacho. La visión de su calva cercada de cabello color óxido la recibió. Su pequeña nariz chata, enterrada en un libro de cuentas, le indicó que el monje debía estar ocupado. A Leoncia no le importó.

Llegó hasta él y lo agarró por el hábito.

—Julius, necesito hacerte unas consultas especiales.

El monje pegó tal brinco que le tembló la papada.

—¡Leoncia! ¡Dichosos los ojos! A ti te quería ver yo. ¿Sabes que eres la comidilla del convento? —Se levantó, rodeó el escritorio y entrelazó su brazo con el de la monja—. Chica, me tienes que contar todo lo de esos elfos. No sabes lo que he llegado a…

Leoncia se zafó de él.

—Ahora no hay tiempo, pero te prometo que te lo contaré todo. Información privilegiada, Julius, si me ayudas a consultar una cosa.

El monje entrecerró los ojos.

—¿Vas a ser tan perra de dejarme en ascuas?

—¡Julius!

El hombre puso un gesto de fastidio.

—Ay, está bien. Pero porque eres tú.

—Vamos a un lugar privado.

El monje la llevó a una habitación angosta en las mismas dependencias. Había estanterías tan colmadas de volúmenes que ocultaban las paredes. Polvo que hacía picar la nariz.

—Bueno, cuenta de una vez —pidió Julius—. ¿Qué necesitas?

Leoncia había tenido la idea mientras dormía. O, mejor dicho, mientras intentaba arrancar unos minutos de sueño a una angustiosa noche de insomnio. Como había explicado a Eilynwen y a Sylvanor, los burdeles eran establecimientos perfectamente legales si contaban con la licencia. Lo que no les había mencionado era que la Iglesia Élfica hacía presión para mantener esos establecimientos fuera de los barrios de cierto caché, especialmente los cercanos a los conventos y edificios de gobierno. A veces por las buenas, a veces por las malas.

Julius gestionaba ambos casos.

—Necesito que me encuentres un burdel cuyo propietario esté desesperado por traspasar.

Ya está, ya lo había dicho. Quizá solo fuera una frase, pero para Leoncia era la diferencia entre mantener el pecado dentro de la cabeza, a raya, y cometerlo. O, al menos, comenzar el proceso de cometerlo. ¿De hecho, era un pecado si cumplía los designios de los inmortales del Bosque? Las crisis teológicas eran complicadas.

Por suerte, Julius no contribuyó a hacerla sentir peor acosándola a preguntas y se centró en la faena. Leoncia disfrutó de unos momentos de agradable silencio.

—Humm, este podría ser interesante. —El monje señaló un registro en uno de los cuadernos—. Establecimiento con licencia, adaptado y reformado en Loma del Príncipe. Inmueble heredado. El propietario es un niño rico que nunca ha dado un palo al agua. Nuestras insistentes visitas lo han llevado al borde de dejar el negocio.

Leoncia asintió, concentrada en la línea que leía Julius. Esperaba encontrar gangas con ese método de búsqueda y, lo mejor, ahorrarse los trámites de adquirir una licencia nueva. La parte negativa era que estaba jugando con fuego. Pero Julius era de fiar.

«Y solo tengo que aguantar un mes», se recordó.

—La cuestión es: ¿lo dejará? —preguntó Leoncia.

—Busquemos los trapos sucios…

Julius hizo descender el dedo por el papel, siguiendo el texto.

—Permitió la entrada al hijo de uno de los concejales cuando este era menor y… ¡Vaya, vaya! Tráfico ilegal de amaripola.

La monja leyó, balbuceando las palabras en un susurro.

—El trato es que si se larga a otro sitio donde no moleste, nosotros lo dejaremos estar y no involucraremos a las autoridades —añadió Julius—. Creo que lo hemos asustado lo suficiente.

Leoncia asintió.

—Me vale. Eres el mejor, Julius.

El monje recibió el cumplido con un gesto que no tenía nada de humilde.

—Ya sabes, hermana. Solo necesito el chisme adecuado para seguir siendo el mejor.

Julius lanzó a la monja una mirada de picardía.

—Tendrás tus chismes pronto. —Leoncia corrió hacia la puerta.—. Te van a encantar. ¡Ah! Y asegúrate de mantener esta conversación en secreto o entonces seré yo la que cierre la boca.

El monje exageró una expresión de indignación.

—Ese no era el trato, sucia embaucadora.

—Y te enviaré a mis amigos inmortales para que te retuerzan las orejas hasta ponértelas de punta.

Julius perdió todo rastro de mofa.

—Eh… No harías eso, ¿verdad?

Leoncia le lanzó un beso antes de salir.

* * *

El camino por Loma del Príncipe habría sido más agradable de no ser por las prisas. No todos los barrios eran tan bonitos ni olían tan bien, y menos aún los que frecuentaba Leoncia. Las calles parecían quizá demasiado vacías sin los residuos acumulándose en las esquinas. Aun así, pensó que podía acostumbrarse a ello. Casi empezó a alegrarse por la perspectiva de pasar más tiempo en la zona.

Pero, ¿y si la idea salía mal y no venía nadie? O peor; ¿y si salía demasiado bien y toda Lindeburgo veía a Sylvanor y Eilynwen, seres divinos, bueno… haciéndolo como animales? ¿Y si se enteraba Archimel?

Leoncia sacudió la cabeza con la esperanza de sacudirse así las dudas. Le habían encargado una misión superior. Ella era un mero instrumento. Y, sobre todo, ya había dado su opinión al respecto.

Caminó deprisa, haciendo restallar sus zapatos sobre los adoquines. Se cruzó con un par de caballeros que charlaban tranquilamente en un banco. Leoncia se fijó en ellos; en sus buenas vestimentas, su aire ocioso y sus expresiones de serenidad. ¿Serían algunos de los pervertidos que habían presenciado el espectáculo de la fuente?

Sus miradas se cruzaron. Uno de los caballeros la observó con desinterés, confundiéndola tal vez con una criada. Leoncia se había quitado el hábito y lo había dejado en el convento. Caminaba mucho más fresca y ligera sin él, pero esa no era la razón principal de su decisión. Para la siguiente fase del plan, debía distanciarse de cualquier asociación con la Iglesia Élfica.

Saludó al caballero con una inclinación de cabeza y siguió caminando.

Llegó a la puerta del burdel. Leoncia nunca había visitado ninguno, pero le sorprendió la poca sordidez del establecimiento. Era una casa adosada de dos plantas, encalada en blanco, con la estructura de madera a la vista y con el tejado a dos aguas. No había ninguna señal que indicara su naturaleza y desde el exterior bien podría pasar por la bonita vivienda de una familia adinerada. O, al menos, de alguien que no se dedicaba a cometer perversidades.

Leoncia llamó y esperó. Abrió un hombre de unos treinta y tantos y expresión agriada. Llevaba la mano pegada a la sien. Apestaba a clase alta y a vino barato.

—¿Qué quieres? —preguntó el hombre. Repasó a Leoncia de arriba a abajo—. Estoy ocupado.

—¿Eres el propietario? —El hombre asintió. Leoncia miró a los lados de la calle. No había nadie—. Quiero adquirir este establecimiento.

El hombre entrecerró los ojos.

—¿En serio? Pensaba que vendrías por trabajo.

Leoncia ignoró el insulto lo mejor que pudo.

—Me gustaría discutir los detalles en un sitio más privado.

El hombre la observó, aparentemente juzgando cómo tratar a una joven de aires tan subidos que venía a fastidiarle la resaca. La curiosidad debió ganar a todo lo demás, ya que la hizo pasar con un gesto.

La entrada daba a una pequeña taberna. A esa hora del día, la única luz que la iluminaba venía del exterior. Por la noche, al parecer, esa tarea la llevaban a cabo unos farolillos rojos colgados de las paredes. Salvo por ese detalle, el establecimiento aún podría pasar de una taberna normal.

El hombre tomó asiento en una de las mesas y Leoncia hizo lo mismo. No parecía que hubiera nadie más por allí.

—Bueno, ¿qué lleva a una joven como tú a interesarse por adquirir un burdel? —preguntó el hombre.

—Yo solo soy la intermediaria —reconoció Leoncia—. Créeme que no es a mí a quien le interesa.

—¿Intermediaria de quién?

—No puedo revelártelo. Pero mi… representado está ansioso por embarcarse en este apasionante negocio. —Leoncia mostró su sonrisa más inocente—. Y en un barrio tan prometedor, nada menos.

El hombre gruñó.

—¿Tu representado es de fuera?

Leoncia asintió.

—Hemos oído que querías traspasar el negocio. O, por lo menos, alquilarlo por temporadas.

Leoncia había tanteado la opción de ir directa al chantaje y la extorsión, pero había comprendido que eso le quedaba grande. En su lugar, había decidido hacerse pasar por una compradora inocente y entusiasta. Quizá así el dueño estaría más dispuesto a endosarle aquel engorro de sitio a un buen precio y con condiciones razonables de pago. Si no, siempre podía recurrir a la otra opción.

El hombre tomó una hoja de papel y ahí escribió una cifra.

—Alquiler —dijo—. Importe mensual.

Leoncia ni siquiera tuvo que fingir sorpresa al leerla. Era mucho mayor de lo que había pensado.

—Imposible —dijo, tajante.

—¿Cuánto ofreces, entonces?

—Negociaremos el precio en cuanto me lleves a ver lo que estoy adquiriendo. Pero que te quede claro que no voy a pagarte tanto.

Se acordó de su papel unos segundos después y volvió a sonreír. Esperó no haberse sobrepasado.

—Por favor —añadió.

El hombre gruñó, pero se levantó de la mesa e hizo un gesto a Leoncia para que lo siguiera. Abandonaron la taberna por un acceso al final de la barra.

Pasaron por una zona de habitaciones, pequeñas pero cuidadas, que daban a un salón común decorado con telas. Leoncia captó un agradable aroma a incienso. Eso era un punto fuerte: según decían, los burdeles de los suburbios estaban tan cargados de olores que apenas se podía respirar. Por otro lado, Eilynwen y Sylvanor no iban a necesitar tantas habitaciones. ¿Tal vez tendría que buscar algo con menos calidad pero más barato?

Ascendieron al primer piso. Allí había un salón parecido y habitaciones más grandes que las de la planta baja. Las pasaron rápido. En el segundo había un área de aseo. Tinas, grifos y cubos se repartían por un espacio diáfano y abaldosado. El hombre explicó a Leoncia que era donde se lavaban las trabajadoras y los clientes. El desván era una zona dedicada para guardar suministros: adornos, herramientas y productos de limpieza.

Leoncia caminaba absorta, mirando sin ver, pensando que quizá había apuntado demasiado alto. Allí no habría más trabajadores que los inmortales del Bosque. No habría clientes que tuvieran que lavarse. No habría taberna que suministrara bebidas. No necesitaba ninguna de esas comodidades; tan solo un pequeño espacio adaptado con licencia.

—Creo que no es lo que estoy buscando —murmuró. La pesadumbre con la que lo dijo quedaba fuera del papel.

Tendría que empezar todo el proceso de nuevo. Revisar establecimientos que estuvieran a punto de cerrar con Julius, esta vez mucho más humildes, y…

—Pero aún no has visto la sala especial.

Leoncia levantó la cabeza.

—¿Sala especial?

De vuelta a la planta baja, justo antes de llegar a la taberna, el hombre se detuvo en el pasillo. Comenzó entonces a manipular un farolillo colgado. Leoncia estaba preguntándose qué demonios hacía cuando la estantería adyacente se separó de la pared con un *click*. Era una puerta secreta. Al otro lado, unas escaleras enmoquetadas se perdían en la oscuridad.

El hombre le lanzó una sonrisa cargada de misterio. Encendió uno de los faroles, lo descolgó de la pared y descendió hacia la negrura. Leoncia lo siguió, temerosa. Si tenía algún problema, nadie sabía que estaba allí. Intentó beber de la seguridad que le daba meterse en el papel de intermediaria empoderada. Lo consiguió a medias.

Al bajar encontró una sala tan amplia como un piso entero, bañada en un mar de rojos intensos que despertaban a medida que

el hombre iba encendiendo las lámparas. Al verla por fin iluminada, Leoncia no pudo evitar abrir la boca por la sorpresa.

Suntuosas alfombras extendidas por el suelo. Cojines esparcidos hasta el último rincón. Estanterías con objetos que Leoncia jamás había visto —y que deseaba no haber visto—. De las paredes colgaban grilletes, cuerdas y vigas de madera en posiciones perturbadoras. Frente a ella, una gran cama de sábanas rojas reinaba sobre todo lo demás. Un colchón más grande que la alcoba de Leoncia en el convento.

Sí, aquello encajaba mejor.

—¿Qué… se supone que hacéis aquí? —preguntó Leoncia, evitando que su vista recayera en cualquiera de los innumerables objetos de forma fálica. Era difícil.

—Estoy seguro de que te lo puedes imaginar.

Leoncia escondió su rubor fingiendo que estudiaba el espacio. El olor era aceptable, no parecía haber humedades y tenía buena ventilación. La temperatura era un poco fría, pero los elfos sabían calentarse. La iluminación era regulable. Aquella especie de sótano de la depravación estaba mejor equipado de lo que habría esperado jamás.

—Bien, todo visto.

El hombre asintió. Apagó los farolillos, subieron las escaleras y pasaron a la taberna. Se sentaron en la misma mesa de antes.

—Bueno, ¿no crees ahora que mi establecimiento vale lo que pido por él? —preguntó el hombre.

—Para alguien que sea lo que busque, sí —reconoció Leoncia—. Pero esto supera con creces nuestras necesidades. En realidad, busco algo más humilde.

El hombre entrecerró los ojos. Cogió el papel de antes, tachó la primera cifra y escribió otra menor.

—Considéralo una ayuda para los necesitados.

—También me preocupa el tema de los vecinos… —continuó Leoncia.

—¿Qué les pasa?

La monja bajó el tono.

—Se sabe que la gente de este barrio no ve con buenos ojos este tipo de negocio. Antes he ido a ver un establecimiento en la Rivera —mintió—. Desde luego, no era tan bonito como este, pero daba la sensación de sentirse como en casa, ¿sabes?

—¿No era este hace unos minutos un barrio prometedor?

—Todo tiene sus pros y sus contras.

El hombre gruñó.

—No puedo rebajarte más el precio.

—Tengo dos ofertas sobre la mesa y unas horas para decidirme. —Leoncia se cruzó de brazos—. Seguro que sí puedes.

Se sumieron en una agotadora negociación. Quizá Leoncia solo supiera regatear por el pescado, y quizá no fuera la mejor, pero en cansar y sacar de quicio era una maestra. Bien sabía Archimel que esto era lo que la había llevado a esa situación.

Pasado un rato, la mano del hombre había vuelto a la sien, el ceño le pesaba y la voz se le había apagado. El afilado instinto de Leoncia le hizo intuir que estaba a punto de mandarla a la mierda. Quizá iba siendo hora de ir cerrando.

—De acuerdo, seiscientos marcos al mes —accedió la monja—. Pero el primer mes serán cuatrocientos. Y el pago será a plazos. Cien a la semana.

El hombre se inclinó en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos. Leoncia hizo lo mismo. Aunque estaba sacando un buen precio, y más aún por el tipo de establecimiento que pretendía alquilar, no dejaba de ser un duro golpe para sus ahorros. Porque claro, los primeros cien marcos tendría que adelantarlos ella. Como mínimo. Sonrió, tratando de fingir que no pendía todo de un hilo.

Pasaron los segundos, lentos como la miel. Finalmente, el hombre soltó un quejumbroso suspiro de aceptación.

A veces ser pesada tenía sus ventajas.

# Capítulo 7

Eilyn se había levantado refunfuñona. Se había salido con la suya, sí. Sin embargo, al igual que pasaba con un trozo de ternilla atascado entre los dientes, no conseguía desembarazarse de una incómoda y pegajosa sensación de derrota. Y la perspectiva de tener que tratar todo el mes con esa llorona e irritante monja solo lo empeoraba. ¿Habría alguna manera de librarse de ella?

Esa misma mañana, tras repasar a conciencia una larga lista de cosas que no podían hacerse en una ciudad mortal, Leoncia les había dado permiso para visitar Lindeburgo por su cuenta. La lista incluía desnudarse, claro. Eilyn no tenía intención de hacerlo ese día, pero solo por llevar la contraria sentía la tentación de pasearse sin blusa.

—Han sonado tres campanadas —dijo Sylvan.

Eilyn salió de su ensimismamiento. Hacía una hora un mensajero se les había acercado corriendo con un mensaje de Leoncia: los citaba a las tres de la tarde en las oficinas del concejo municipal. Después de descubrir qué era una oficina, qué era un concejo y qué significaba municipal, solo les quedaba acudir al sitio.

Llegaron al lugar de la cita unos minutos después. Leoncia los esperaba en la puerta, zapateando con insistencia.

—¡Vamos, vamos! —La monja acompañó sus palabras con gestos—. He tenido que pedir favores para que nos atiendan hoy. No podemos hacerles esperar.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —preguntó Eilyn, al tiempo que pasaban al interior.

Encontraron un hormiguero humano. Personas con papeles en la mano correteaban de un lado para otro como hormigas almacenando comida para el invierno. Era una ciudad humana dentro de otra ciudad humana. A Eilyn la horrorizó.

—Imagino que trabajar, ¿no? —respondió Sylvan.

Empezó a quitarse la camisa. Sus abdominales consiguieron atraer varias miradas antes de que Leoncia lo detuviera.

—Todavía no. Vamos a registraros como trabajadores del… —Miró a su alrededor y entonces bajó la voz—. Del burdel. He encontrado un sitio que puede gustaros.

—¿Cómo es? —preguntó el elfo—. ¿Tiene fuente?

—Os contaré todo luego.

Atravesaron varios pasillos hasta llegar a una pequeña sala. Allí los recibió una mujer de morros arrugados y ceño fruncido. Ni siquiera levantó la vista de sus papeles para recibirlos.

—Diez minutos tarde —murmuró.

—Lo siento —dijo Leoncia.

—Documento de catastro.

Leoncia sacó un papel y lo colocó sobre el escritorio. La mujer lo leyó en silencio y dio un asentimiento al terminar.

—La licencia del local cero cero siete cinco letra jota de Loma del Príncipe, autorizado para acoger actividades prostibularias. Se concede permiso de trabajo a Elynwen de Ilendalië y Sylvanor de Ilendalië… Vaya, qué nombres más extraños —murmuró, sin levantar la mirada del documento—. En fin, la autorización se hace efectiva en el día ocho de Cosecha. Firmad aquí.

La mujer rebuscó una hoja entre su montón de papeles y la colocó con un golpe sobre el escritorio. Acto seguido, continuó escribiendo en otro lugar. Leoncia la leyó rápido, hizo un asentimiento e indicó a Eilyn y Sylvan que hicieran… algo.

—¿Qué es eso de firmar? —preguntó Eilyn.

—Solo escribid vuestros nombres donde os señalo —respondió Leoncia.

La mujer soltó un sonoro *ja*.

—¿En serio? No tengo tiempo para estas bromas. ¿Qué clase de…?

Alzó en ese momento la mirada. La expresión de pánico en su rostro fue un chute de placer para Eilyn.

—¡Inmortales del Bosque! Lo siento, lo siento mucho. No sabía que… bueno…

—¿Podemos terminar esto? —insistió Eilyn—. ¡Luz de estrellas! Cuánto incordio para poder empezar a trabajar.

—¿Tra… bajar? —preguntó la mujer, forzando un extraño silencio entre el comienzo de la palabra y su final. Miró a Leoncia—. ¿Qué van a hacer dos elfos en un burdel?

—Acompañamiento y charlas sobre moralidad. —La monja se cruzó de brazos—. ¿Qué iban a hacer si no?

Sylvan tomó la pluma de los dedos de la mujer y escribió su nombre donde señalaba Leoncia. Eilyn hizo lo mismo unos instantes después. Quedaron así dos bellas marcas de escritura élfica en medio de aquellas feas letras mortales.

El elfo recogió la pluma y la volvió a colocar en la mano de la mujer, que no se había movido un milímetro.

—Bien, supongo que está todo en orden, ¿verdad? —preguntó Leoncia.

La mujer pareció despertar. Asintió varias veces con la cabeza.

—Todo… todo en orden. Gracias.

Abandonaron el despacho, recorrieron los pasillos a la inversa y salieron a la calle. Leoncia entonces soltó un suspiro de alivio.

—El papeleo está terminado. Ahora os llevaré a ver el establecimiento para que preparéis… bueno, lo que tengáis que preparar. En algún momento tendremos que hablar de la declaración de impuestos y…

—¿Cuándo empezamos a trabajar? —preguntó Sylvan.

—Supongo que cuanto antes, mejor. He adelantado parte del dinero para…

Leoncia se detuvo en seco. Frente a ellos los esperaba un grupo de humanos vestidos con ropas eclesiásticas. Había por lo menos nueve, todos ellos hombres maduros, más bien tirando a la decadencia. A Eilyn le dieron peor espina que el grupo que los había asaltado en el camino.

La monja les dedicó una reverencia casi tan esmerada como la que les había dedicado a los elfos en su primer encuentro. Eilyn y Sylvan cruzaron una mirada. ¿Serían otro tipo de seres divinos? ¿Acaso los seguidores de la Iglesia Élfica adoraban a otros humanos?

Porque aquellas personas tenían de elfo lo que Eilyn tenía de lechuga.

—¡Bien hallados, inmortales del Bosque! —saludó uno de los hombres. Era el único del grupo que portaba una tiara élfica—. Hemos salido de Fuentestrella en cuanto nos hemos enterado de vuestra presencia. ¡Ya solo por contemplaros este breve instante ha valido la pena!

—¿Y tú eres…? —preguntó Eilyn.

El hombre hizo una ligera reverencia.

—Cardenal Narcise, para serviros. Idealmente, para mejorar de algún modo la primera impresión que os habéis llevado de nuestras tierras. Ha llegado a mis oídos que esta no ha sido especialmente placentera.

Sylvan y Eilyn volvieron a mirarse. El elfo alzó las cejas, la elfa se encogió de hombros.

—Me gustaría invitaros a cenar —continuó el cardenal—. En el Palacio Episcopal, a las ocho. Allí podremos hablar con más calma sobre la ayuda que puedo ofreceros.

Eilyn recibió la palabra *ayuda* con el efecto de una urticaria.

—No nos permiten entrar al Palacio Episcopal —dijo Sylvan.

—No somos miembros de la Iglesia, según nos han dicho —aclaró la elfa.

—Ah, ¿el viejo y refunfuñón Archimel, verdad? —El hombre miró hacia su séquito y sonrió. El grupo soltó una taimada risita—. Quizá convertirse temporalmente en la figura más poderosa de la Iglesia le ha subido todavía más los humos. Aun así, no puede evitar que un cardenal use como le venga en gana las propiedades eclesiásticas.

Leoncia dio un paso adelante.

—Los inmortales del Bosque agradecen vuestra amabilidad, mi señor —dijo, tajante—. Pero me temo que hay otros asuntos en sus agendas que los va a mantener ocupados.

El cardenal lanzó una mirada hostil a Leoncia. La monja la aguantó encogiéndose, pero no retrocedió.

Eilyn observó con atención aquel enfrentamiento. Ella era la primera a la que esa propuesta le olía mal; aunque, dada su corta

experiencia, cualquier oferta de ayuda humana ya le olía mal. ¿Pero qué tenía Leoncia en contra de aceptar una cena gratis?

Sacudió la cabeza. Fuera cual fuera el motivo, Eilyn decidió que valía la pena aceptar para fastidiarla.

—Iremos, señor. Nuestros compromisos pueden esperar.

Todos los rostros se giraron hacia ella. El de Leoncia tenía dibujada la palabra «no» en la boca.

La elfa le dedicó una sonrisa inocente. El cardenal juntó las manos provocando una sonora palmada.

—¡Bien pues! Nos veremos a las ocho en el Palacio Episcopal.

El grupo desapareció tan rápido como había aparecido y Eilyn, Sylvan y Leoncia retomaron el camino a casa. Esta última con una expresión avinagrada.

—Eso no ha sido buena idea —murmuró.

Eilyn, que consideraba una idea estupenda fastidiar a la monja, se encogió de hombros. Sylvan preguntó por qué.

—Ya sabéis que estáis aquí para participar en el Alto Cónclave —explicó Leoncia—. Se supone que solo pueden votar los cardenales y que vuestro papel es el de sagrados testigos. Sin embargo, existe una regla por la que podéis elegir a cualquier miembro de nuestra Iglesia para formar parte de la Trinidad Papal: el edicto de empoderamiento élfico. No es una regla que se aplique a menudo —aclaró—. Que yo sepa, la única vez que se aplicó fue hace siglo y medio, cuando Telebor de Ilendalië eligió a un monaguillo como papa.

Sylvan rio.

—¡Ah sí! A Teleb le encanta contar esa historia.

Leoncia desconectó un momento de su argumentación. Sacudió la cabeza y la retomó.

—El caso es que, a veces, algunos cardenales intentan beneficiarse de la regla comprando el favor de los inmortales con regalos. Obviamente esta práctica está prohibida, pero muchos lo hacen igualmente. Y sabiendo que habéis venido con un mes de antelación…

—Las oportunidades para comprar nuestro voto aumentan —concluyó Eilyn.

Leoncia asintió.

—Por eso no deberíais aceptar ningún tipo de propuesta.

Sylvan asintió de vuelta, pensativo. Eilyn caminó en silencio, la mirada fija en sus pies descalzos.

La elfa cada vez tenía menos claro el papel de la Iglesia Élfica entre los mortales. Hasta entonces había pensado que servía como guía moral —equivocada, por cierto, pero guía al fin y al cabo—. Sin embargo, ahora Leoncia hablaba de las convenientes excepciones que aplicaban sus miembros. Ni los elfos, inmunes al paso del tiempo, habían conseguido representar una pantomima tan duradera.

Y si todo era una pantomima, ¿por qué tomárselo en serio?

—Bueno —dijo—, eso depende de lo que nos ofrezcan.

# Capítulo 8

El arte mortal había resultado ser más decente de lo que Eilyn se había esperado. Los barrios bajos de Lindeburgo eran una espantosa amalgama de piedras, madera y olores. Los barrios altos, construidos en las numerosas colinas de la ciudad, mejoraban algo. Al menos, tenían un nivel suficiente para que un elfo no se avergonzara de que lo vieran paseando por allí. El Palacio Episcopal sugería que las capacidades artísticas humanas iban más allá de lo que se dejaba ver en otros lugares, especialmente en el ámbito escultórico. Eilyn aún se preguntaba por qué no utilizarlas para terminar con su insultante imagen de mediocridad.

Sylvan no había dejado de dibujar en su cuaderno desde que llegaran, Eilyn suponía que como excusa para evitar dirigirle la palabra. Habían discutido si ir o no a la cena. Leoncia había dicho que no. Sylvan había dicho que no. Eilyn había dicho que sí. Las cosas se habísuan acalorado porque el elfo no había comprendido que eso no era ninguna democracia. Eilyn iría. Si él quería acompañarla o quedarse, era cosa suya.

Tras esperar varios minutos en la entrada ajardinada del edificio, los recibieron unos asistentes. Los guiaron por pasillos adornados con tapices y cuadros y los dejaron en una amplia sala, iluminada con más velas que las que Eilyn había visto en su vida. Fueron los últimos en sentarse a la mesa.

—¡Ah, nuestros inmortales del Bosque! —dijo el cardenal Narcise. Acomodado en el centro y con los brazos extendidos parecía que fuera a dirigir una orquesta—. De nuevo, nos alegra que hayáis encontrado el tiempo para cenar con nosotros. Confío en que vuestra asistenta no os haga pagar esta pequeña libertad que os habéis tomado.

Un coro de risas acogieron el comentario. Leoncia, «la asistenta», se había quedado refunfuñando en el apartamento. Para

Eilyn, la satisfacción de haberla visto así compensaba cualquier pequeña venganza que la monja pudiera tomarse.

—Nada que no podamos asumir, espero —respondió.

La comida llegó enseguida: pasteles de carne, sopas de verdura, tablas de queso y embutido, trucha, venado estofado y cornucopias rebosantes de frutas. Eilyn degustó los alimentos mientras los hombres parloteaban. Ella respondía escueta pero elegantemente, esperando a que la charla insulsa terminara para pasar a los asuntos importantes. Los elfos también acostumbraban a hacerlo, pero ellos podían permitírselo. Al fin y al cabo, tenían todo el tiempo del mundo.

—Tengo entendido que aún no hay pistas sobre los asaltantes —dijo uno de los clérigos; un individuo grueso y sonrosado que compensaba con vino la misma cantidad de comida que metía en el estómago—. Ni de ellos ni de la mercancía que os quitaron.

—Tal vez no deberíamos llamarlos asaltantes, hermano Elio —dijo otro hombre, menudo y de voz suave. Sujetaba su copa de vino como si fuera una flor—. Un asaltante te fuerza a entregarle tus pertenencias. Estos eran amables porteadores con un afilado sentido de la oportunidad.

Nuevo coro de risas. Eilyn miró a Sylvan, que alternaba su atención entre comer, y dibujar. Su aportación a la conversación fue la de un fruncimiento de labios.

—¿Estás afirmando que la identidad del asaltante recae en la percepción del asaltado? —preguntó un hombre diferente, de voz grave, que Eilyn no se molestó en mirar.

—La identidad de *todo* recae en la percepción de quien lo observa —respondió el hombre de la voz suave.

—¿Y a ojos de la ley?

—Por eso nos parece que tardan tanto en encontrarlos —dijo Narcise—. No hay delito en ser un «amable porteador».

Más risas. Eilyn contuvo un bostezo. Notaba su paciencia agotarse y no terminaba de gustarle del todo cómo estaban haciendo sentir a su compañero. La culpabilidad por haberlo arrastrado hasta allí empezó a salir a flote.

—Algunos testigos decían que tenían una pinta horrible —dijo otro hombre—. Que se veía a la legua que no eran buena gente. ¿Cómo pudisteis confiar en ellos?

Sylvan acogió la pulla frunciendo el ceño. Eilyn salió en su defensa.

—Quizá asumimos que los mortales erais más íntegros de lo que realmente sois. —Tomó un sorbo de vino—. Además, para nosotros todos tenéis una pinta horrible.

Se escucharon algunas risas desganadas.

—Ese es otro punto interesante —dijo el hermano Elio, ignorando la pulla. Eilyn sospechaba que ya iba borracho—. Los términos *mortal* e *inmortal*. Sabemos que no envejecéis, pero eso no quiere decir que estéis a salvo de la muerte, ¿verdad?

Todas las cabezas giraron hacia él. Algunas atemorizadas. Eilyn, que ya empezaba a comprender el concepto de herejía, pensó que quizá estaba presenciando un caso.

—Las vidas de los humanos están en manos del tiempo —dijo el hombre de voz grave, serio—. Como dice el Códice de la Luz, los elfos son inmortales porque sus vidas no se ven arrastradas por la corriente del tiempo.

El hermano borrachín le quitó importancia con un gesto.

—Oh, eso ya lo sé, Sebes. No te pongas tiquismiquis. —Miró a Eilyn—. Si la dama inmortal tiene a bien responderme, y sin intención de provocar ofensa, ¿podría preguntaros qué os pasaría si, por ejemplo, dejarais de comer?

—Ningún elfo en la historia ha sido lo suficientemente insensato para intentarlo —confesó la elfa.

—¿Y si os cortaran la cabeza?

—¡Elio! —dijo alguien.

Eilyn se encogió de hombros.

—Supongo que, dado el caso, moriríamos.

El hermano Elio sonrió, triunfante.

—¡Ajá! Entonces sois mortales.

La elfa negó.

—Decir que somos mortales sería como decir que vosotros sois reptiles.

Varios hombres soltaron una risa escéptica. Sylvan había apartado la mirada del cuaderno y la observaba, interesado.

—¿Por qué? —preguntó el hombre de voz suave.

Eilyn bebió un trago de vino antes de responder.

—No está en vuestra naturaleza reptar. Pero si os cortáramos las extremidades, y os aseguro que no nos supondría mucho esfuerzo, no os quedaría más remedio que hacerlo.

El silencio que cayó sobre la mesa permitió oir tragar a varios de los comensales.

—Reptiles… —murmuró Sylvan, algo más animado—. Nunca lo había pensado.

—Estoy seguro de que podríamos divagar sobre muchos otros asuntos, a cada cual más interesante —intervino Narcise—. Pero me temo que nuestro tiempo para las divagaciones se ha agotado.

Eilyn dirigió la mirada hacia el cardenal, agradecida de que hubiera captado su indirecta de cortar la pantomima. Quizá aún quedaba alguien inteligente en la mesa.

—Hay quienes pensamos que la deuda que os ha impuesto Archimel es desorbitada. Injusta, incluso, motivada por la reprobable ambición de impresionar al Alto Cónclave y ganar un puesto en la Trinidad Papal.

—¿Archimel también puede ser papa? —preguntó Sylvan.

—En principio, solo los cardenales pueden serlo —explicó Narcise—. Solo el obispo de Lindeburgo, en su rol de anfitrión del Alto Cónclave, es una excepción a esa regla. Participa en las elecciones como un cardenal más. Es uno de los vestigios de la época de Liverna la Luminosa, portadora del Antalvalaï.

—O Liverna la Demente, como la llaman algunos — intervino el hermano Elio—. Las reformas que hizo en nuestra Iglesia aún siguen mareando.

—En cualquier caso —continuó Narcise—, lo que históricamente comenzó como un regalo que vuestro pueblo nos hacía de buena fe, no debería ahora convertirse en una carga para vosotros. De hecho, lo que habéis perdido es demasiado valioso para compensarlo con dinero. Y Archimel lo sabe. Diría que os ha impuesto esa deuda para obligaros a volver al Bosque y traer nuevos tesoros.

—Eso tiene sentido —murmuró Eilyn.

—Lamentablemente, Archimel es ahora mismo la cabeza de la Iglesia Élfica y no cambiará de parecer. Pero la buena noticia es que la Trinidad Papal puede reducir e incluso anular esa deuda. Si colaboráis en mi ascenso, me aseguraré de que todo el asunto quede en nada.

La propuesta cayó sobre la mesa seguida de un instante de silencio.

—¿No tendríamos que pagar nada? —preguntó Sylvan.

—Ni un solo marco. Solo tenéis que invocar el edicto de empoderamiento élfico para elegirme miembro de la Trinidad Papal.

Eilyn se cruzó de brazos. Por fin, el cardenal se había dignado a decir lo que quería y sin rodeos. Un soborno en toda regla, como lo habría denominado Leoncia.

—Solo veo un problema —dijo—. ¿Qué ocurre si los otros dos miembros de la Trinidad Papal deciden no perdonarnos la deuda?

El arzobispo entrelazó los dedos.

—Fuentestrella es una de las ciudades más prósperas de estas tierras, por no decir la que más.

—A su lado, Lindeburgo es apenas una cuadra —intervino el hermano Elio. Acompañó el comentario con una risa, que nadie continuó.

—Con la influencia que tenemos en este y otros reinos —terminó de decir Narcise—, no será difícil que los otros papas cedan a mis exigencias.

«Una influencia, por otro lado, insuficiente para conseguir el puesto de papa en una votación limpia —pensó Eilyn—. No contamos con garantías de que cumplan su palabra».

Sylvan carraspeó.

—¿Pero eso no sería ilegal?

El hermano Elio agitó la mano.

—Ilegal, lo que se dice ilegal… Poco ortodoxo en todo caso.

—Irregular, quizá —aportó el hombre de la voz suave.

—Indebido, como máximo —dijo otro.

—El Alto Cónclave es un mercado de influencias, lord Sylvanor —aclaró Narcise—. Apuesto mi cargo a que otros cardenales

intentarán contactar con vosotros antes de que acabe el mes.

Eilyn asintió con rotundidad. Hasta ese momento, el papel de la Iglesia Élfica la había descolocado. ¿Cuáles eran los preceptos de la religión que profesaba? ¿Cuál era la relación de los mortales con sus seres venerados? Demasiadas preguntas con respuestas ambiguas. Ahora, de la mano de aquel hombre, por fin lo entendía: todo era un simple juego de poder.

Volvería a casa habiendo obtenido algo de la cena, después de todo.

El cardenal alzó su copa, sonriente.

—En cualquier caso, cuando llegue el momento, confío en que tomaréis la decisión correcta.

# Capítulo 9

Sylvan tenía que asumir que había cosas que quedaban fuera de su alcance. Era despistado, inocente e impulsivo. Lo mejor era dejar que los demás tomaran las decisiones importantes. Visto lo visto, era el modo más seguro de actuar.

Eilyn, por el contrario, era perspicaz y resolutiva. La elfa poseía un talento natural para dominar las crisis. De hecho, si aún tenían una oportunidad de salir bien parados de aquel periplo por las Tierras Mortales era gracias a ella. Y a Leoncia también, siendo justos.

Por ello, Sylvan intentaba tragarse sus objeciones. Y también por ello se sentía a menudo como una hoja arrastrada por la corriente. A veces para bien, a veces para mal. Y últimamente, con la elfa pasándose de cabezota, más de lo segundo.

Se había sentido así cuando Eilyn decidió que trabajarían en el burdel. Se había sentido igual durante la cena del cardenal. Y ahora, con Eilyn decidida a ganar el dinero de la deuda para darle en las narices a Archimel, pasaba lo mismo. En realidad, cada vez tenía menos de hoja en corriente y más de borrico azuzado. Echaba de menos conservar algo de voluntad.

El rugido de sus propias tripas lo distrajo de sus pensamientos. Leoncia había ido a comprar comida y a hacer unas últimas gestiones. Sylvan se había ofrecido a acompañarla, pero la monja se lo había prohibido. La razón: los mercaderes triplicaban el precio de los alimentos cuando la veían con él. Ni siquiera valía como acompañante en el mercado.

—Alegra esa cara —dijo Eilyn, sentada frente a él—. Los mortales vendrán esta noche a ver a sus inmortales del Bosque, no a los trolls de las cavernas.

Sylvan le dedicó un gesto obsceno recién aprendido de los humanos.

—Precisamente vendrán a vernos a una caverna —dijo—. Curiosa la ironía del asunto.

Leoncia los había llevado a ver el burdel esa misma mañana. En realidad, el lugar no era tan malo; quizá solo un poco sórdido y oscuro. Hacía que se perdiera parte de la magia de un encuentro sexual. Pero en eso consistía haber ido a experimentar el mundo mortal: básicamente en aprender a vivir sin magia.

—Se te va a olvidar dónde estás en cuanto me ponga encima de ti, tranquilo —respondió la elfa.

Sylvan no pudo evitar animarse al visualizar la escena en su cabeza. Eilyn lo observaba desde el rincón con una mezcla de reproche y travesura. Su cabello brillaba a la luz del sol como una llamarada. La perspectiva de quemarse en ella era muy atrayente.

—¿Crees que vendrá mucha gente? —preguntó.

Eilyn se encogió de hombros.

—La monja ha dicho que se encargaría de ello.

—¿De repente confías en Leoncia? Pensaba que no la soportabas.

—Y no la soporto. Se llama delegar.

La puerta crujió y Leoncia entró en el piso. Dejó una pesada caja con comida en el suelo y apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Estaba roja, despeinada y sudorosa, cosa que al parecer ocurría con los mortales cuando hacían un ejercicio físico intenso. Sylvan sospechaba que, cuando no estaba con ellos, Leoncia iba a todas partes corriendo.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó la monja, aún resoplando.

Eilyn dio un asentimiento distraído. Sylvan se levantó, tomó una hogaza de pan de la caja y le dio un bocado.

—Ahora sí —murmuró.

—Bien, porque no soportaría un problema más.

Leoncia se tambaleó hasta el asiento que Sylvan había dejado libre. Se quitó el hábito, sacó un abanico y comenzó a darle uso. Sylvan llenó un vaso de agua y se lo llevó. La monja se lo bebió de un trago, agradecida.

—¿Está ya todo en orden para la noche? —preguntó el elfo.

Leoncia asintió. Sacó una tiza del hábito y la dejó con un golpe seco sobre la mesa.

—Me he pasado por la Plaza de la Ascensión, he hablado con algunos interesados y he escrito un mensaje en la fuente. Una hora y un lugar. Puedo confirmar que lo ha leído por lo menos un centenar de personas.

—¿Entenderá la gente el mensaje? —preguntó Eilyn.

—Más de la mitad lo ha entendido —respondió Leoncia—, os lo aseguro. La gente ha tomado la costumbre de pasarse por la plaza para ver si tiene la suerte de veros.

—La plaza estaba muy bien —dijo Sylvan, masticando pan—. Sigo diciendo que deberíamos poner una fuente en el burdel.

Leoncia suspiró.

—Primero hay que sacar dinero para todo lo demás. Y con la cantidad que tenéis que ganar, más os vale hacerlo bien.

—La que no quería que tuviéramos sexo en público ahora nos anima a hacerlo bien —dijo Eilyn, fingiendo sorpresa—. Parece que alguien está entrando en razón.

La monja se acarició el cabello, cohibida.

—Yo… Supongo que una cambia su punto de vista cuando está endeudada hasta las cejas. En fin, ¿necesitáis algo más para prepararos?

«Sol, aire, vida —pensó Sylvan—. Cualquier cosa mejor que una caverna».

Eilyn se acarició el cuerpo de arriba a abajo.

—Tenemos todo aquí mismo.

* * *

El crepúsculo aún bañaba la ciudad de luz cuando entraron en el burdel. Según Leoncia, el público llegaría por lo menos una hora más tarde, así que Sylvan, Eilyn y ella aprovecharon para organizar la disposición de asientos y encender un sinfín de farolillos. Al final, transformaron el oscuro sótano en un lugar casi acogedor. Con eso, Sylvan empezó a sentirse más a gusto.

Después, Leoncia subió para gestionar los últimos detalles con el tabernero y a recibir a los primeros clientes. Según les había explicado, se había asociado con un empresario local para que explotara la taberna del piso superior mientras el espectáculo tenía lugar bajo ella. Además, los asociados del tabernero ayudarían a mantener el orden y también limpiarían. Sylvan no entendía de esas cosas, pero suponía que era un buen trato.

Mientras tanto, él descansaba en la cama junto a su compañera. Eilyn se había desnudado y remoloneaba como un gato a la espera de que la sala se llenara de gente. El elfo aún llevaba puestos los pantalones, por si Leoncia le hacía llamar para terminar algo. Ya había aprendido que en las Tierras Mortales, ante la duda, lo mejor era no desnudarse.

Observó el cuerpo de su compañera. La pálida y pecosa piel, el reflejo rojo del fuego en sus labios, los pezones sonrosados. Y, más abajo, el vello color cobre. Tenía su encanto verla así: iluminada por una luz que más que mostraba, sugería.

Descubrió que estaba deseando empezar.

Ya se escuchaban voces arriba, pero los asistentes aún tendrían que esperar a que Leoncia diera la señal para bajar. O, al menos, en eso habían quedado.

—¿Preparado? —preguntó la elfa.

—Lo estaré tras un poco de calentamiento.

Los ojos otoñales de Eilyn lanzaron una invitación que Sylvan sintió en forma de calor. El elfo decidió entonces que era el momento de empezar a desnudarse. Eilyn celebró la decisión con una risa.

Se envolvieron en una nube de besos. Probaron el sabor de sus pieles y exploraron los matices que cada parte les ofrecía. Se deleitaron con la lentitud del recorrido. Al fin y al cabo, tenían tiempo para ello.

Eilyn pronto tomó la iniciativa. Tumbó a Sylvan y comenzó a lamerle el pecho. El elfo se dejó besar y, mientras lo hacía, pensó que Leoncia tenía razón: Eilyn observaba discretamente la puerta, buscando las lujuriosas miradas de los mortales. Anhelaba la atención de esos seres expuestos al tiempo y a los elementos que,

curiosamente, tanta repulsión le daban en otros contextos. Quería ser vista. Quería ser adorada. ¿Pero qué quería él?

Sylvan no pudo evitar verse como otro de esos rostros anónimos: un observador de una historia que se le empezaba a ir de las manos.

La gente fue entrando. Siluetas recortadas, pasos amortiguados sobre las alfombras, los cojines soltando aire al sostener los cuerpos. Las respiraciones exaltadas y los murmullos. La atmósfera de repente vibraba por el ansia contenida.

Eilyn seguía besando al elfo, cada vez con más ímpetu. Se detuvo para alzar la mirada hacia el público y Sylvan vio que sonreía. Su expresión le recordó a la de una depredadora.

Alguien —Sylvan supuso que Leoncia— encendió una luz más intensa que el resto y la cama se iluminó. Entonces los besos se acabaron. Eilyn se irguió en toda su gloria y mostró a los impresionados mortales los frutos más bellos que habían visto en sus cortas vidas. Un suspiro contenido recorrió toda la sala como respuesta. La elfa lo agradeció con una reverencia.

Al mirar, Sylvan encontró los rostros sumidos en una relativa penumbra. El público, las telas y los cojines, quedaban fuera de aquella burbuja de luz y placer. Sus cuerpos pertenecían ahora a los mortales. El espectáculo había comenzado.

Eilyn le hizo girar la cabeza con un movimiento brusco, obligándolo a centrarse solo en ella. Sus ojos brillaban como un bosque ardiendo. Su expresión era de aquellas que no admitían réplica. Sylvan sintió toda la sangre del cuerpo descendiendo a un único punto.

La elfa arrancó las calzas de Sylvan, liberando la tensión allí contenida. Le pareció escuchar entonces otro suspiro ahogado. Esta vez con más notas femeninas.

Sylvan intentó incorporarse, pero Eilyn lo retuvo. Sintió toda la fuerza de la elfa en el pecho; un empuje que podría haber aplastado cualquier cuerpo mortal concentrado sobre él. La perspectiva de la lucha hizo que se le endureciera más.

Eilyn lo notó, claro. Habían estado juntos demasiadas veces como para sentir cualquier cambio sutil en el cuerpo del otro. La elfa compuso una sonrisa maliciosa al arrodillarse sobre su pecho de un

salto. La cama crujió. Sylvan trató de resistirse. De repente, sus brazos quedaron aprisionados bajo las piernas de Eilyn. Y su pene nadaba en la boca de la elfa.

Soltó un gemido de placer.

Eilyn se detuvo apenas el tiempo suficiente para pronunciar una palabra.

—Chúpamelo.

Sylvan visualizó el trasero de la elfa, expuesto frente a él. Su sexo, hinchado y rosado incluso a la luz de las llamas, brillaba con la humedad. Sylvan obedeció, cegado de éxtasis. Enterró su lengua. Lamió de delante hacia atrás y de atrás hacia delante. Saboreando. Buscando —y encontrando— el punto exacto que hacía cantar a Eilyn.

Siguieron saboreándose mutuamente. Sylvan sintiendo cómo su miembro crecía y palpitaba, la elfa deshaciéndose como la mantequilla al sol. Aún sentía los brazos atrapados bajo sus piernas, el cuerpo entregado a los deseos de la elfa. Él era un objeto, un títere cedido a su control. De nuevo, un observador de su propia historia.

Se detuvo. Un anhelo brotó entonces en su mente.

—¿Qué te pasa? —preguntó la elfa.

Un anhelo y una pregunta: ¿por qué iba a dejarse arrastrar por la corriente cuando podía navegarla?

—Sylvan —insistió.

El elfo respondió con una sonrisa lobuna. Agarró a Eilyn de los muslos y se la quitó de encima. Su compañera reaccionó rápido, pero Sylvan ya había conseguido liberarse. Forcejearon en la cama, el uno tratando de someter al otro. El público los observaba con hipnótica atención. El juego había empezado.

Sylvan era más fuerte, pero Eilyn se movía como un felino. Él era la marea, acometiendo sin descanso. Ella era el viento, esquivando entre risas. Y juntos formaban la tormenta perfecta.

Pronto Eilyn empezó a dominar la situación. Sylvan se lanzó contra ella, la elfa lo eludió y Sylvan cayó fuera de la cama. Se oyeron algunas risas entre el público.

El elfo sintió la fría piedra en las manos. La piedra y… algo más: el familiar y rugoso tacto de una cuerda de yute. Sylvan agarró la soga casi por instinto. Tiró de ella. Una argolla metálica se agitó en el techo.

—¿Tan pronto te rindes, cervatillo mío? —preguntó Eilyn, apareciendo por el borde de la cama.

Se sentó en el colchón y abrió las piernas, dejando ver su sexo empapado. Se lo acarició. Su interior se reveló de un rosado prohibido.

Sylvan le devolvió la sonrisa y sacudió la cuerda. Eilyn soltó un gritito cuando el elfo se lanzó hacia ella.

Forcejearon de nuevo. Eilyn seguía esquivando, pero la cuerda le daba ventaja a Sylvan. Este no tardó en inmovilizar las manos de la elfa con un lazo. Una pequeña victoria que hizo que se le pusiera más dura.

La elfa trató de resistirse, pero Sylvan era bueno haciendo nudos. Muy bueno. E incluso con la rapidez felina de Eilyn, no tardó en inmovilizarle los brazos detrás de la nuca. Sus piernas seguían pataleando, pero eso ya era un problema menor. Sylvan las ató con un lazo funcional que le mantuvo los gemelos pegados a los muslos. Luego, quizá, le pondría unos ornamentos.

Retrocedió un metro y observó su obra. Eilyn lo miraba inmóvil, con una expresión entre rabiosa y juguetona. Con las manos ocultas tras la cabeza, sus pechos se revelaban sin nada más que interrumpiera su contemplación. Sylvan estaba seguro de que, en ese momento, no había ojo humano que no los estuviera mirando.

Volvió a acercarse a ella, sintiendo la excitación del control en todos los músculos de su cuerpo. Acarició lentamente la piel de la elfa, desde los pies hasta la cabeza. Al pasar junto a la boca, la elfa intentó morderlo.

Sylvan se inclinó por el borde de la cama y recogió otra cuerda. La tensó entre sus manos y la colocó frente a Eilyn. La elfa se mordió el labio, dudosa, pero acabó por asentir. La confirmación: ahí estaba. El juego continuaba.

Esta vez Sylvan lo hizo lento. Permitió a Eilyn sentir la áspera caricia de la cuerda en cada nudo y en cada vuelta. Le cambió la

posición de las manos, atándoselas ahora tras la espalda, a la altura de las lumbares. Después empezó a envolverla, formando un arnés que la constreñía desde los hombros y que enmarcaba sus pechos. Los adornos florecían casi sin querer por toda la estructura.

Sylvan trabajaba con la desenvoltura de un maestro artesano. Traía y soltaba, ataba, acariciaba cuerda y piel. Siempre a punto de agarrar, pero apenas rozando. Los pezones, los labios. El sexo.

La elfa respondía con gemidos y temblores de piernas. Sylvan empezó a besarla por el cuello. Sus manos trabajaban en la raíz de los nudos de la espalda, autónomas. Cuando terminaron, el elfo arrastró a Eilyn hacia el borde de la cama.

Se puso entonces en pie y agarró la sección que colgaba de la argolla del techo. Hizo unos ajustes en el arnés y comprobó la tensión. Asintió para sí mismo. Ahora venía lo bueno.

Empezó a alzar a su compañera en el aire, tirando del otro extremo de la cuerda. Alguien del público aplaudió y enseguida otros lo siguieron. Eilyn los observó, sonriente, mientras volaba a varios palmos sobre el colchón.

Sylvan dejó de alzarla, aseguró el nudo y se subió a la cama. Hizo un par de ajustes en el traje de Eilyn para equilibrar su peso y movió la argolla por un raíl incrustado en el techo hasta dejarla en el mismo centro del colchón. Bendijo mentalmente a los humanos y a sus invenciones para llevar a cabo sus perversiones. Quizá no todo estaba perdido con ellos.

Se colocó junto a Eilyn, miró al público y alzó los brazos al aire, a juego con su propia erección. La gente volvió a aplaudir. El elfo respondió con una reverencia.

Hizo girar el cuerpo suspendido de Eilyn media vuelta. La elfa mantenía las manos a la espalda y las piernas contraídas, atadas a su vientre. El culo, pálido y redondo, flotaba como la luna despuntando sobre el horizonte. Un verdadero elemento de veneración.

Sylvan dio otra media vuelta para colocar a Eilyn de cara al público. Él se situó tras ella y manipuló las cuerdas para hacer descender su cuerpo hasta la altura de su erección. Ambos se estremecieron al sentir el roce de sus sexos, bañados en humedad.

Sylvan agarró la cintura de la elfa y la atrajo para sí. Entonces la penetró. Ahogado en excitación, sintió cómo su dureza se abría camino hacia el interior. Eilyn respondió con un gemido ahogado.

El movimiento comenzó lento pero rítmico. Sylvan atraía y alejaba a Eilyn con cada arremetida, dejando a la argolla el trabajo de mantener su peso. Dentro, fuera. Las manos libres. Control absoluto.

Los gemidos de Eilyn fueron tomando volumen y la corriente que manaba de su sexo empezó a empapar el colchón. Más rápido, más intenso. Las ovaciones y el olor a cerveza saturaban el ambiente, que vibraba y se difuminaba a los ojos de Sylvan. Se escuchó a sí mismo rugir como una bestia.

Empezó a sonar música, o eso le pareció. Una música rítmica, al compás de sus embestidas sobre las nalgas de Eilyn. Más profundo, más fuerte. Más aplausos. Sentía cómo ese mar ingrávido lo absorbía, urgiéndolo a zambullirse en él. Obligándolo a entregarle todo lo que tenía dentro.

Se agarró de la cuerda y esta crujió contra el cuerpo de su compañera, atado, dominado. Eilyn tembló mientras se corría, mirando al público. Más ovaciones. Más líquido. Más música.

Sylvan aumentó la intensidad, sincronizándose con el movimiento pendular de su compañera. Más rápido. Más duro. Más *todo*. La corriente navegada. Dominada. La satisfacción al alcance de la mano.

El público rugió. Él también. Eilyn chilló de placer.

Y el mundo entero se convirtió en éxtasis.

# Capítulo 10

Eilyn jugueteaba con las ondas, pensativa, metida en una de las tinas del piso superior del burdel. No entendía por qué los mortales tenían tanta aversión al agua fría. ¿Por qué huían del vigor que despertaba el cuerpo y la mente? ¿Por qué evitaban esas sensaciones? ¿Por qué evitaban las sensaciones, en general? Naturalmente, había muchas cosas de los humanos que no comprendía. Esa solo era otra de tantas.

Sylvan se relajaba en la tina contigua, tarareando para sí con la cabeza apoyada en el borde. Sus rizos mojados caían como cuerdas, serpenteando por la madera. Cuerdas… Solo de recordarlo, Eilyn sintió un calor que bien podría haber subido la temperatura del agua varios grados.

Contaba las horas para que llegara la noche. La experiencia del día anterior había sido tan satisfactoria que se le había pasado por la cabeza hacer sesiones dobles. ¿Estaría Sylvan de acuerdo?

Unos torpes pasos sacaron a Eilyn de su ensimismamiento. La puerta de la estancia se abrió y entró Leoncia trayendo un libro consigo. Eilyn giró la cabeza para observarla. La monja, concentrada, ni siquiera levantó la mirada al pasar a su lado. Se dejó caer en una de las sillas que había junto a la pared.

A Eilyn no se le pasaron por alto su posición encorvada, como la de un árbol seco, ni las oscuras ojeras que colgaban de sus ojos enrojecidos. Le habían dicho que los humanos dormían más horas que los elfos, pero Leoncia parecía ser una excepción a esa regla. O quizá esa regla no fuera verdad en absoluto. Tendría que pensar sobre eso.

Tras soltar un sonoro suspiro, Leoncia por fin levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los de Eilyn. Entonces se tapó el rostro con el libro.

—¡Bendita luz! Disculpadme, yo… No sabía que estabais sin ropa. Pero claro, estamos en el baño, así que… Soy tonta.

Sylvan levantó la cabeza. Abrió un ojo, lo cerró y volvió a acomodarse.

—¿Y por qué nos iba a importar eso? —dijo Eilyn—. Creo que no queda una sola porción de nuestros cuerpos que no conozcas ya al detalle.

Los hombros de Leoncia se hundieron, como si quisieran entrar en el libro. Pese a que no podía verla, Eilyn estaba segura de que el rostro de la monja acababa de enrojecer. Sonrió, disfrutando de la inocente turbación que provocaba en ella. Empezaba a entender la extraña relación de los humanos con los cuerpos desnudos. ¿Pero cómo podía ser que Leoncia aún no hubiera naturalizado el de Sylvan y el suyo? ¿Qué más tendrían que hacer para que lo hiciera?

—Supongo que es cierto… —murmuró Leoncia. Cerró el libro y lo colocó en su regazo.

Eilyn apoyó la espalda en la pared de la tina. Cuadró los hombros y sacó los pechos, sintiendo el roce del agua justo debajo de los pezones. La mirada de Leoncia descendió hacia ellos y volvió a alzarse al instante. Casi consiguió ocultar los cambios en su expresión. Casi.

—He estado haciendo las cuentas. Solo venía a comentarlas con vosotros.

—¿Hemos ganado mucho dinero? —preguntó Sylvan.

Leoncia hizo un gesto de duda.

—Sí y no. Más dinero del que jamás he tenido. Menos que el que deberíamos ganar por día. Tendremos que trabajar más duro.

—¿Tendremos? —preguntó Sylvan, risueño—. No me digas que quieres que te hagamos un hueco en la cama, Leoncia.

Leoncia observó al elfo. Esta vez no hubo sonrojo ni timidez. Tan solo una mirada cansada y ojerosa que hablaba más que cualquier boca.

—Mira, lord Sylvanor. Si lo que he estado haciendo estos últimos días con vosotros no se llama trabajar, te prometo que dejaré que me ates, me cuelgues y muestres mis posaderas al mismísimo obispo Archimel.

Sylvan soltó una carcajada. Eilyn no pudo evitar sonreír. Habría pagado unas decenas de marcos para ver una cosa así.

—En cualquier caso, ya que hablamos del tema de compartir cama… —Leoncia metió la mano en su faltriquera y sacó varias cartas—. Ha llegado correspondencia para vosotros. No he tenido el atrevimiento de abrirlas, naturalmente. Aunque, por los comentarios que circulaban ayer entre el público, puedo intuir de qué se tratan.

Eilyn se levantó y salió de la tina. Tomó una toalla para secarse las manos, caminó hacia Leoncia con lentitud deliberada y recogió las cartas. Un reguero de agua seguía sus pasos.

—Gracias.

Se dio la vuelta y se acercó a Sylvan, que observaba la escena con interés. La elfa le entregó las cartas que le correspondían a él y ella se quedó con el resto. Leoncia había mencionado que creía saber de qué se trataba, pero Eilyn estaba confundida. ¿Qué peticiones podía esperarse de un humano?

Rompió el sello de una de ellas y abrió el papel, revelando una caótica masa de letras mortales, tan imperfectas y retorcidas como ellos mismos. Frunció el ceño. Estaba todo apelotonado, apenas podía entenderse nada y…

Sylvan la distrajo con otra carcajada, más fuerte y espontánea que la anterior. Al parecer, ya había terminado de leer su primera carta.

—¿Los mortales quieren pagarnos por acostarse con nosotros?

—¡¿Qué?!

Eilyn retiró el papel de las manos del elfo y leyó. Con unas líneas más breves y pulcras, una mujer se ofrecía a pagar «una cantidad satisfactoria» por pasar una hora en la cama con Sylvan.

Leyó entonces su propia carta, en la que un hombre le hacía el mismo ofrecimiento. Enseguida comprobó que el resto de la correspondencia era muy parecido, variando únicamente entre sexos, edades y cantidades. Algunos desubicados se ofrecían como asiento o proponían hacer cosas con sus pies.

Eilyn no comprendía cómo Sylvan no estaba horrorizado.

—Esto es una abominación. —Eilyn se dirigió a Leoncia—. Humanos pidiendo a elfos que compartan lecho con ellos… ¡Luz de

estrellas! Precisamente vosotros, con lo mojigatos que sois. ¿Cómo podéis considerar esto normal?

Leoncia se cruzó de brazos.

—Dama Eilynwen, vosotros mismos nos estáis animando a salir de nuestra mojigatería.

—Pero esto…

—A mí me parece interesante —dijo Sylvan, haciendo saltar la mirada entre sus cartas—. ¿Cuánto podría considerarse una cantidad satisfactoria, Leoncia?

—Supongo que depende de la satisfacción que te produzca acostarte con esa persona, lord Sylvanor. A menor satisfacción corporal, mayor satisfacción monetaria.

—Ah, eso me da igual.

Eilyn se giró hacia él.

—¿Te da igual el qué?

—Que podría pasármelo bien con cualquiera de ellas. —Sylvan se encogió los hombros, sacándolos momentáneamente a flote—. O de ellos. Pero, ya puestos, que paguen unos buenos marcos.

Eilyn no pudo reprimir una mueca de asco.

—En ese caso, lord Sylvanor, sugiero que consideres celebrar una subasta —intervino Leoncia.

—¿Cómo es eso?

—Se da a conocer a los interesados que solo te acostarás con la persona que más dinero ofrezca. Se les da un periodo de tiempo para hacer sus ofertas y el ganador, o ganadores, se van contigo a la cama. Es exactamente lo que han hecho esta mañana con tus calzas en el mercado.

—Ahora entiendo por qué no aparecían… —murmuró el elfo.

Eilyn sentía su expresión cada vez más demudada.

—No me digas que te lo estás pensando.

—Puedo organizar la subasta esta misma tarde para celebrar el encuentro mañana —dijo Leoncia—. Si lo gestionamos bien, podemos sacar más dinero del que conseguiríamos abriendo el burdel al público.

—¡Perfecto!

—Aunque quizá sea mejor dejar a la dama Eilynwen fuera de esto —continuó Leoncia—. No se la ve cómoda con una idea tan… revolucionaria para ella.

Eilyn miró a la monja. Un sutil destello de malicia brillaba en sus ojos. Le dieron ganas de agarrarla del hábito y sumergirla en el agua más fría que hubiera por allí.

—Claro —respondió Sylvan—. Por mí no hay…

—No —interrumpió Eilyn—. Yo también lo haré.

Sylvan giró la cabeza hacia ella.

—¿Estás segura?

Eilyn fue pasando las cartas. Uno de esos afortunados tendría la oportunidad de saber lo que era acostarse con una inmortal del Bosque. Y ella sabría lo que era acostarse con un mortal, claro. Pero en el proceso daría una lección a esa insoportable monja.

Jamás pensó que sus experiencias en las Tierras Mortales llegarían a tal extremo.

—Totalmente.

* * *

«¿En qué momento me he metido en esto?», se preguntó Leoncia mientras observaba los rostros de las personas que habían acudido al sótano del burdel. Eran hombres y mujeres de todas las edades, apariencias y formas. Solo había un elemento que los unía: la intención de pagar una escandalosa suma de dinero por acostarse con un elfo.

La monja se había sentado en la cama, a falta de otro lugar desde el que poder dirigir la subasta. El público había tomado asiento en los cojines del suelo o directamente sobre la alfombra. Leoncia solo había invitado a los que habían hecho una oferta seria y habían pasado el filtro de los elfos; Sylvan aceptaba a todo el mundo, Eilyn había sido más quisquillosa. Aun así, la sala estaba a rebosar.

—Bien —dijo Julius—. Supongo que podemos empezar ya. Para acostarse con lord Sylvanor, abrimos la puja con dos mil marcos. Las

tres mayores cantidades tendrán un hueco en su lecho. ¿Quién da más?

Sentado junto a Leoncia, el rollizo monje sujetaba una copa de vino con la mano que no tenía levantada. La sonrisa de su rostro indicaba que toda esa idea de subastar la virtud de los seres adorados por su religión le divertía. Pero claro, a Julius le había divertido todo el asunto desde el primer momento. Y menos mal. Para Leoncia, tener al monje de su lado suponía la única facilidad con la que contaba para recorrer aquel penoso camino.

—¡Dos mil cien! —ofreció una señora.

Leoncia se fijó en ella; debía tener unos sesenta años, llevaba una peluca violeta y estaba delgada como un hueso. Evitó imaginarsela con Sylvan en la cama.

—¡Dos mil cien! —gritó Julius—. Ofrecen dos mil cien. ¿Quién da más?

Dos hombres levantaron la voz, indicando que pagarían dos mil doscientos.

—Bien. ¿Quién quiere pasar la noche de su vida con un inmortal del Bosque por dos mil trescientos?

Una mano se alzó entre el público, respondiendo a la pregunta.

—¡Estupendo! ¿He oído dos mil cuatrocientos?

Julius fue dinamizando la subasta mientras Leoncia tomaba nota de quién pujaba y cuánto. Intentó convencerse, no por primera vez, de que el esfuerzo que estaba invirtiendo esa tarde aguantando a esos pervertidos se compensaría con una noche de tranquilidad. El día anterior había tenido que cobrar las entradas, controlar la iluminación, renegociar con el tabernero, echar a dos borrachos, detener una pelea y limpiar. Si todo iba bien, en unas horas disfrutaría de un sueño reparador en su alcoba del convento.

«Debería asignarme un sueldo», pensó, al tiempo que suspiraba.

Julius terminó la subasta otorgando los derechos sobre el cuerpo de Sylvan a dos hombres y una mujer. Aquella noche, el elfo ganaría la absurda cantidad de diez mil seiscientos marcos. Leoncia no había visto diez mil seiscientas cosas juntas en su vida. Ya ni hablar de dinero.

«Me voy a asignar un sueldo», decidió.

Las pujas por Eilyn fueron más fieras, lo que hizo que Julius disfrutara más. Leoncia, sin embargo, se puso más nerviosa. Apenas había mujeres que pujaran y los hombres que se animaban a hacerlo parecían lobos famélicos peleando por el último trozo de carne. El importe ya superaba los ocho mil marcos. ¿Quizá se había pasado de la raya al picar a Eilyn?

—¡Nueve mil por cabeza! —Julius rio, recogió la botella del suelo y se rellenó la copa de vino—. Negro aliento… Con eso podría comprarme un título y jubilarme. ¿Llegaremos a diez mil?

El público se hizo de rogar, pero finalmente un hombre levantó la mano. Leoncia lo miró; era enorme, cejijunto y su dentadura tenía el aspecto de un cementerio abandonado. Parecía más un campesino que un ciudadano adinerado que podía permitirse gastar semejante dineral en una sola noche. ¿De dónde había salido semejante bestia?

—¡Visto! ¿Alguien ofrece una cifra superior? ¿Diez mil a la de una? ¿Diez mil a la de dos? ¿Dejaréis perder vuestra oportunidad de yacer con una inmortal del Bosque?

El público mantuvo su silencio. Julius se encogió de hombros y golpeó su propio muslo con la mano.

—¡Adjudicado para el conde Goior!

Se oyeron más protestas que celebraciones.

—¿El conde Goior? —preguntó Leoncia en un susurro.

Había escuchado historias perversas acerca de ese individuo. Era noble, sí, pero la fama que tenía era la opuesta a la de un perfecto caballero. Su apariencia, además, parecía confirmarlo a gritos.

—El mismo —respondió Julius.

Esta vez sí, Leoncia observó al hombre-bestia y se lo imaginó yaciendo con Eilyn. Pensó que si a ella le parecía repugnante, a la elfa le parecería una monstruosidad. ¿En qué se estaba convirtiendo su religión?

Agarró la botella de vino y la vació de unos buenos tragos.

# Capítulo 11

Sylvan paseaba satisfecho a la dorada luz del atardecer. De alguna manera, el peso en la bolsa del dinero le hacía pisar con más aplomo, erguir más la espalda, elevar más la mirada. Aunque solo llevaba una pequeña fracción de lo que habían ganado, lo que Leoncia le había permitido quedarse para sus caprichos, suponía una gran diferencia. Casi empezaba a entender por qué los mortales sacrificaban su tiempo y sus espaldas por una sensación como esa. La sensación de que tenía opciones, de que todo iba bien.

Llegó al mercado cuando los puestos ya estaban prácticamente recogidos. Frunció el ceño, apenas una muesca en su buen humor. Le apetecía negociar por algo, quizá por una capa. Había visto a los hombres llevar capas largas y ondeantes que se movían cuando andaban. En Ilendalië también las había, pero no tenían esa caída. Había cosas que, por alguna razón, solo los mortales sabían llevarlas con estilo. Como los bigotes.

Paseó entre los últimos mercaderes que quedaban en la plaza, con la mercancía ya casi recogida. Su mirada se encontró con la de varios de los hombres antes de que estos la apartaran o la escondieran bajo una reverencia. Sylvan saludó a los pocos que interactuaron con él. Creyó reconocer algunos rostros del espectáculo.

Ahora la bolsa le pareció un peso incómodo. ¿Cómo iba a disfrutar de su dinero si no tenía nada en qué gastarlo? Tampoco podía entretenerse demasiado buscando. Leoncia le había citado a la undécima campanada en el burdel para la sesión de la noche, esta vez con los mortales. A decir verdad, la idea le suscitaba más curiosidad que excitación. Pero el trabajo era el trabajo.

Terminó de cruzar la plaza sin encontrar una sola excusa para detenerse y entró en la calle de las tabernas. Al contrario que el mercado, con la luz del sol retirándose este distrito ganaba más y

más vida. Se dejó guiar siguiendo la corriente de gente. Así, de una manera tan natural como el fluir del agua, terminó desembocando frente a una barra.

—¿Qué va a ser? —preguntó el tabernero.

Sylvan lo observó atentamente. O más bien, a su vello facial. Una densa mata de pelo que nacía en una de las patillas, bajaba por la línea de la mandíbula, ascendía por la boca y completaba la simetría por el otro lado de la cara. Las gruesas cejas y la calva brillante eran unos buenos complementos para aquella obra de arte capilar.

Las cejas se hundieron de repente formando un ceño fruncido. Sylvan comprendió que llevaba demasiado tiempo callado.

—¿Qué es lo más especial que tienes?

—Probablemente algo que no te puedas permitir, elfo.

A Sylvan le gustó la rudeza del hombre. Estaba empezando a cansarse de la actitud pasiva o aduladora de la gente. Una actitud sincera, aunque grosera, era algo refrescante.

—Ponle licor de cernedro —dijo una voz tras él—. Apuesto a que no lo ha probado nunca.

El elfo se dio la vuelta y encontró un hombre de sonrisa amistosa y mejillas sonrosadas. Llevaba una jarra de cerveza en la mano, que alzó a modo de saludo.

A Sylvan le sonaba su cara, aunque no sabía decir de qué.

—Si se desploma, lo sacas tú a la calle —dijo el tabernero.

—Es un inmortal del Bosque. Con suerte sentirá un ligero mareo.

El tabernero gruñó, pero accedió a la petición del hombre y sirvió un líquido blancuzco en un vaso de madera. Sylvan se lo llevó a la nariz. Olía a hielo y primavera.

Se encogió de hombros y se lo bebió de un solo trago. Descubrió entonces que dentro había peces de fuego. Al pagar la cifra que le dijo el tabernero, la variación en el peso de la bolsa se dejó notar.

—¿Sigues en pie, eh? —dijo el hombre de mejillas sonrosadas—. Cualquier mortal estaría echando las tripas si hubiera hecho eso.

Sylvan paladeó el sabor residual de la bebida. Sintió pequeñas flores en la lengua. Y sí, un agradable mareo en la cabeza.

—Está delicioso.

—El cernedro no crece por aquí cerca. Solo lo hace en un lugar demasiado lejano como para que traerlo salga barato.

—Lástima, porque me he quedado con ganas de más.

El elfo levantó la mano para atraer la atención del tabernero.

—¿Estás seguro? —preguntó el hombre—. No dudo de tu resistencia, pero sí de la de tu bolsa. ¿No tenías una deuda un poco enorme?

El elfo volvió a mirar al hombre y entonces lo reconoció: el hermano Elio. Lo había visto durante la cena del cardenal Narcise. Al no llevar puesto el hábito, parecía otra persona.

—Las cosas nos van lo suficientemente bien como para poder pagar un par de tragos —dijo, serio.

—Me alegro por ello. —El hombre bebió y palmeó la espalda de Sylvan, inmune a su hosquedad—. No hay nada como emborracharse de manera honrada. ¿Qué debo decirle entonces al cardenal respecto a su proposición?

—¿Te ha enviado para que le demos una respuesta?

El hombre hizo un gesto con la mano.

—Solo aprovecho para tantear cómo van las cosas. Principalmente, he venido aquí a beber.

Sylvan se mantuvo en silencio. Él y Leoncia eran partidarios de rechazar la propuesta de Narcise. Eilyn prefería mantener la opción abierta, por si acaso las cosas no iban bien con el burdel. Con el poco tiempo que había pasado desde la cena, no habían hablado mucho más sobre el tema.

—Intuyo que aún no habéis decidido nada —dijo el hombre—. Está bien, no hay problema. Mira, a esta invito yo.

Pidió otra ronda al tabernero y pagó sin borrar la sonrisa. Sylvan, algo más relajado, bebió con calma.

—Por curiosidad —habló el hombre—, ¿cómo estáis haciendo para que las cosas os vayan «lo suficientemente bien»?

—Tendrás que pasarte por el burdel de Loma del Príncipe para comprobarlo —respondió Sylvan. Dio otro trago y sintió la cabeza más ligera.

—¿Burdel?

Sylvan apoyó la mano en el hombro del individuo. Ahora que llevaba un rato con él, no parecía tan mal tipo.

—Eilyn y yo hacemos espectáculos de sexo en público. Si no tienes planes dentro de dos noches, pásate.

La expresión de sorpresa del hombre hizo reír a Sylvan.

—Trabajo honrado, amigo.

El hombre recompuso su expresión. Sonrió y alzó su jarra.

—Por el trabajo honrado, entonces.

El elfo le correspondió el gesto.

Un trío de músicos empezó a tocar una melodía animada. Los clientes de la taberna se repartieron por el espacio y formaron grupos de baile. Sylvan participó dando palmas al principio. Después, se animó a enseñar a los mortales la agilidad de los pies élficos. Pasaron las horas y todas las grietas que había sufrido el buen humor de Sylvan quedaron reparadas.

Las campanadas atravesaron las paredes de la taberna más pronto de lo que le habría gustado al elfo. Se despidió a toda prisa de la gente y echó unas monedas a los músicos. Salió con la bolsa vacía y el corazón lleno.

Definitivamente, el mundo mortal tenía sus encantos.

* * *

Eilyn escuchó la última campanada con nerviosismo. Había ido a pasear para intentar calmarse, evitando los lugares ruidosos y concurridos de la ciudad. Eso le había limitado bastante las opciones.

Llegó a la puerta del burdel casi al mismo tiempo que Sylvan, que apareció caminando por la esquina opuesta de la calle haciendo eses. Leoncia los esperaba en la puerta, cruzada de brazos y zapateando contra el suelo. Con el hábito oscuro y el cielo apenas iluminado por un resplandor en el horizonte, se mostraba como una sombra.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó, alterada—. La gente ya os está esperando.

No parecía una pregunta para ser respondida, así que Eilyn no respondió. Leoncia les abrió la puerta y caminó frente a ellos.

—Están en las habitaciones del segundo piso. ¡Recordad pedirles el dinero al empezar! Y no os entretengais mucho. Les he dicho que una hora como máximo.

—Entendido —respondió Sylvan.

Los recibieron risas al entrar en la zona de las habitaciones. Al parecer, las personas que iban a acostarse con Sylvan ya habían empezado a jugar sin él. El elfo siguió las voces, se desnudó con profesionalidad y entró en la habitación frotándose las manos.

—Dama Eilynwen, la tuya es esta. —Leoncia señaló la puerta de la habitación contigua. Silenciosa como una tumba.

—Hum, vale —respondió la elfa.

Sin embargo, se quedó en el sitio. Había algo que le impedía mover las piernas.

Ambas se rebulleron, incómodas. Leoncia miraba a todas partes menos a Eilyn. La elfa no apartaba la vista del pomo de la puerta. Tuvo la sensación de que podría haberse quedado así para siempre.

—Si no quieres entrar… —murmuró Leoncia.

—Tranquila, no pienso tardar mucho.

Ambas se miraron. Eilyn, por alguna razón, encontró refugio en esos ojos mortales. Casi le pareció que Leoncia le tenía lástima.

—Es solo que… tal vez no sea lo mejor —dijo la monja.

—Dije que lo haría. Y eso haré.

Eilyn inspiró hondo, cerró los ojos y abrió la puerta de golpe. Pasó a la habitación y dio un portazo tras de sí. Sintió entonces lo que debían sentir los mortales al lanzarse al agua fría.

Abrió los ojos. Dentro encontró lo que esperaba: cortinas, tapices rojizos, una alfombra. Un colchón que albergaba un cuerpo desnudo. Las risas de Sylvan y sus mortales ahuyentaron brevemente aquel tenso silencio.

Los ojos del hombre se posaron en ella. En su rostro no había expresión alguna. Su cuerpo, peludo, lánguido y desproporcionado en el abdomen, parecía un tubérculo con problemas de crecimiento. El olor no mejoraba mucho la situación. Eilyn contuvo las ganas de darse la vuelta y salir.

—El dinero —pidió.

El hombre le lanzó una bolsita desde la cama y Eilyn la atrapó al vuelo. No pesaba mucho. La abrió y contó las monedas. Diez reales de oro, el equivalente a diez mil marcos.

Eilyn asintió para sí. Se desvistió, manteniendo en todo momento la mirada en el mortal. Se esforzó por encontrar una excusa para acostarse con él más allá de la del dinero. Quizá la de demostrar que podía.

Se dio cuenta de que el hombre también tenía la mirada fija en ella. Una mirada obscena, lobuna y… obtusa. Eilyn sospechó que al otro lado no debía haber demasiada actividad.

El individuo se puso en pie. Le sacaba una cabeza a Eilyn.

—Ponte a cuatro patas —pidió. Su voz era tan cercana a un gruñido que a Eilyn le costó comprender las palabras.

—Prefiero empezar de otra manera —dijo la elfa.

—Te pondrás como yo te diga. Para eso he pagado.

A cada rato que pasaba, el nerviosismo de Eilyn se diluía, se reconfiguraba y se transformaba en otra cosa. En un profundo e incontrolable asco.

El hombre avanzó hacia ella y comenzó a acariciarle el cuello. Eilyn intentó hacer de tripas corazón. Cuanto antes empezara, antes terminaría. Y diez mil marcos más para el bolsillo.

—Podría sugerirte posturas mejores —sugirió Eilyn—. Podría enseñarte cosas que no ha hecho nunca ningún mortal.

El hombre bufó.

—Así es mejor para metértela por el culo.

El ceño de Eilyn cayó hasta donde le permitió la anatomía de su frente. Había ido a las Tierras Mortales para experimentar cosas nuevas. Y aunque el hecho de que un borrico la sodomizara entraba en esa categoría, no era exactamente lo que había esperado.

Eilyn atrapó las manos del hombre en el aire. Este sonrió.

—Me gusta que estemos entrando en este juego —dijo.

Eilyn apretó hasta que la sonrisa del hombre se convirtió en una mueca de dolor.

—Bien. ¿Yo domino?

El hombre gruñó de frustración. Agarró a Eilyn por la mandíbula con un movimiento torpe y lento.

—Como he dicho, te vas a poner a cuatro patas —susurró, ahogando a Eilyn en su aliento—. Luego vas a abrirte bien las nalgas y vas a quedarte calladita. Seguro que sabes por qué.

—No me digas, ¿porque has pagado?

—Exacto.

La elfa rio. Y la malicia de su risa apagó los gemidos de placer de la habitación contigua.

—Pues eso tiene arreglo. —Se deshizo del agarre con un movimiento fluido. Se giró e inmovilizó al hombre con una presa por la espalda—. Estaré encantada de devolverte tu dinero.

—¿Pero qué cojo…?

Eilyn empujó al hombre y este cayó de bruces sobre el colchón. Intentó levantarse, pero Eilyn estaba ya encima. La elfa se acomodó sobre su espalda y le inmovilizó la cabeza con los muslos. Las robustas y peludas piernas del hombre no resistieron la fuerza de unas hábiles manos élficas. Se abrieron como un tulipán en primavera.

—¿Así que te va el sexo anal, eh? —preguntó Eilyn. Sacó un real de la bolsa y lo observó a la luz del fuego. Pronto iría a un lugar en el que no podría brillar—. Estaré encantada de darte ese placer.

El hombre soltó un gemido constreñido cuando Eilyn le metió la primera de las monedas por el ano. Empujó hasta que hubo entrado entera y, entonces, introdujo el dedo para llevarla lo más al fondo posible. Tenía que haber hueco suficiente para las demás.

—¡Ah! ¡Joder, para!

—¿No querías jugar?

Volvió a abrirle las nalgas y le metió una segunda moneda. Después una tercera y una cuarta. El hombre intentó chillar. Eilyn lo hizo callar apretándole el cuello con las piernas. Las risas en la otra habitación, ajenas a lo que ocurría justo al lado, enterraban los gruñidos ahogados. La elfa se sumó a ellas.

Cinco monedas. Seis. Siete.

Eilyn se escupió en la mano y lubricó el ano del hombre. Se estaba resecando y aún le quedaba deuda por saldar.

Ocho. Nueve.

Eilyn chupeteó la última moneda, la introdujo a toquecitos y azotó una nalga, a modo de final. Suspiró, satisfecha. Le dio un poco de lástima haber acabado tan pronto.

—¿Vas a querer propina? —sugirió—. Por las molestias.

El hombre negó con desesperación.

# Capítulo 12

—… entonces recogió su ropa y salió de la habitación caminando como un chimpancé —dijo Eilyn, riendo.

La atmósfera estaba en calma. Las estrellas se dejaban ver tras las altas ramas. La elfa, tumbada en el murete de la fuente, acariciaba distraídamente la superficie agua. La paz de ese sitio a esas horas de la noche casi recordaba a la de Ilendalië.

*¿No se despidió?*, preguntó el Olmo.

—No. ¿Verdad que fue maleducado?

*No lo sé. ¿Lo fue?*

Eilyn chapoteó. De todo Lindeburgo, aquel era su sitio favorito. No solo por el silencio, el agua o la piedra vieja. Aquel era el único lugar en el que había encontrado compañía deseable.

*Hace mucho que nadie habla conmigo*, confesó el Olmo. *Tengo olvidadas vuestras costumbres sociales.*

—Lo siento, en realidad era una broma —dijo Eilyn—. Supongo que después de que te metan a la fuerza diez reales por el ano, no despedirse está justificado.

El árbol hizo un ruido como de estar pensando. Aunque, en realidad, no hizo ningún ruido. La información llegaba directamente a la cabeza de Eilyn.

*El ano es un orificio en la parte inferior de vuestro cuerpo, ¿verdad?*, preguntó el Olmo. *¿Para qué sirve?*

—Para recibir placer —respondió Eilyn, absorta en las ondas del agua—. Aunque creo que los mortales expulsan por ahí los nutrientes que no han conseguido digerir. Es un proceso curioso.

*Mmm. Alguna vez los han expulsado sobre mis raíces.*

La elfa giró la cabeza y miró las ramas del Olmo. Aunque sabía que él no podía verla a ella, tenía la necesidad de ir haciendo contacto visual.

—¿No se te hace raro que su digestión sea tan poco eficiente? —murmuró—. Luz de estrellas…. Parece como si estuvieran a medio hacer.

*Yo ya estaba aquí cuando los mortales pusieron la primera piedra de la ciudad. Y ya tenía cientos de años cuando Liverna la Luminosa orinó en mis raíces. A mi edad, ya hay pocas cosas que me parezcan raras.*

—Sí, pero no sabes para qué sirve un ano.

Eilyn se imaginó que Olmo se encogía de hombros.

*Siempre quedan cosas por aprender.*

Siguieron charlando hasta que las constelaciones se escondieron tras los muros. Después, con las primeras luces del alba, Eilyn retomó el camino a casa.

La calma la acompañó durante el trayecto. El silencio y la frescura de aquella madrugada hicieron que Eilyn soportara mejor la ciudad. Quizá, incluso, que la disfrutara. Cuando llegó al apartamento, se acurrucó junto a Sylvan y se hundió en un tranquilo sueño.

* * *

Al despertar, Eilyn vio que Leoncia les había dejado el desayuno preparado. Uvas, pan blando, queso, miel y mantequilla. Encontró a Sylvan probando un poco de cada cosa mientras leía el Códice de la Luz; el libro en el que, supuestamente, se basaban las enseñanzas de la Iglesia Élfica. El elfo había adquirido la costumbre de hojearlo en los tiempos muertos en el apartamento. Eilyn aún no había leído un solo párrafo.

Charlaron un rato de cosas sin importancia. Cuando Sylvan habló de su experiencia sexual con los humanos, Eilyn redirigió la conversación. No le pareció un tema adecuado para tratar desayunando.

El elfo volvió a su libro mientras picaba uvas con la otra mano. Eilyn buscó en su pose y en su mirada signos de que estaba al corriente de lo que ella había hecho. No detectó nada. Sylvan era Sylvan; podría abrirse el suelo a sus pies y no se daría cuenta. ¿Pero

cómo reaccionaría a la pérdida —o, más bien, no ganancia— de diez mil marcos?

Eilyn se levantó de la mesa y buscó algo con lo que entretenerse. Se acercó a las plantas que había junto a la ventana y las observó con ojo crítico. No tenían ni de lejos la suficiente inteligencia para conversar, pero los tallos tronchados y las hojas descoloridas hablaban a voces de lo miserable de sus vidas. Eilyn las compadeció; últimamente ella misma tenía momentos en los que se sentía así. Gris, marchita.

Decidió colocarlas en sitios más favorables del apartamento.

—¿Sabías que aquí pone que los mortales no deben vestirse con verdeseda la víspera de año nuevo? —dijo Sylvan desde la mesa.

Eilyn levantó la cabeza.

—¿Por qué?

Sylvan buscó al otro lado de la página. Se encogió de hombros.

—No lo dice.

—Vaya imbecilidad.

—Y no es la cosa más absurda que he visto por aquí.

El elfo volvió al libro y Eilyn a las plantas. Terminó de recolocarlas: la corolilla sobre la mesa, ya que le gustaba el ruido de la charla, la zala y el erceño en la esquina, donde estaban más frescas, la uña de gallo al sol directo y la seya en el alfeizar de la ventana, para que disfrutara de las alturas. Eilyn estaba regando esta última cuando Leoncia entró en el apartamento.

—Buenos días —saludó.

La monja llevaba una bolsa de comida, que dejó junto al fogón. Sylvan observó la carga con un brillo glotón en los ojos. Eilyn se fijó en la expresión de Leoncia. A pesar del cansancio que arrastraba a todas partes, parecía estar de buen humor.

—Espero que hayáis descansado bien después de vuestra experiencia de ayer.

Sylvan bufó.

—¿Estás de broma? Agoté a los tres enseguida. A veces parecía que se fueran a romper.

Leoncia sonrió y dejó que la atención del elfo volviera al libro. Dedicó entonces a Eilyn una mirada empática. Una mirada que

preguntaba: «¿oye, estás bien?».

Eilyn respondió con un asentimiento seco. Uno que decía que sí, que no se metiera en sus asuntos. Aunque, tras pensarlo mejor, le imprimió un matiz de «gracias por preocuparte».

Leoncia asintió de vuelta, satisfecha. Empezó a barrer el apartamento mientras tarareaba una melodía descoordinada y desafinada que, por alguna razón, hizo sonreír a Eilyn.

Se preguntó cuánto sabía Leoncia de lo que había pasado en su encuentro de la noche anterior. Tal vez había visto salir al hombre a medio vestir, con las piernas abiertas y gimoteando. O tal vez le había llegado la información por otro lado. El hecho de que un hombre rico y poderoso saliera de un burdel con el culo lleno de oro no era algo que pudiera guardarse en secreto durante mucho tiempo. En cualquier caso, algo le decía que Leoncia ya lo sabía. Y, lo más importante, que todo estaba bien.

Eilyn volvió a las plantas, uniéndose al tarareo.

# Capítulo 13

Los días siguientes transcurrieron con tranquilidad. Los espectáculos nocturnos seguían atrayendo a un nutrido público, tanto que Leoncia decidió subir el precio de las entradas y nadie se molestó por ello. Cuando lo doblaron, tampoco pasó nada.

Las noches de trabajo se alternaban con noches de descanso. Más por Leoncia que por los elfos, en realidad, ya que su aspecto de estar permanentemente al borde de un colapso había pasado a ser preocupante. Los días libres vinieron bien a la monja para recuperarse, a Eilyn para relajarse y a Sylvan para explorar, tanto partes de la ciudad como cuerpos mortales. Los ingresos seguían creciendo y el temible importe de la deuda se hacía cada vez más alcanzable.

Lindeburgo fue revelando poco a poco sus secretos. Los elfos visitaron mercados, parques y tabernas. Recorrieron los laberínticos arrabales y pasearon por las limpias y adoquinadas partes altas de la ciudad. Compraron, comieron y bebieron como mortales, siempre dentro del límite de gasto que les había impuesto Leoncia. Y, si alguna vez se pasaban, solo era cuestión de tiempo que la bolsa se llenara.

* * *

El murmullo de la gente era audible desde el sótano. Eilyn y Sylvan estaban tumbados en la cama, esperando a que Leoncia dejara entrar al público para empezar la exhibición de aquella noche. Después de otro largo día de experiencias mortales, Sylvan se encontraba cansado y satisfecho. Si hubiera sido por él, habría prescindido del sexo, pero tampoco lo consideraba un gran sacrificio. Eilyn estaba del mismo humor, así que habían acordado que la sesión de esa noche fuera suave. Nada de cuerdas ni juguetes

extraños. Solo ellos dos, disfrutando y explorando sus cuerpos para terminar lo que había sido un día tranquilo. Como un río desembocando sosegadamente en el mar.

En el piso de arriba, los gritos de Leoncia poniendo orden se sobreponían al barullo. La monja últimamente tenía la energía de un vendaval, y los jóvenes ayudantes que había contratado a menudo eran el blanco de sus embestidas. A juzgar por el ruido de las voces, Sylvan intuyó que aquel día el público era más numeroso que nunca. Pero lo cierto era que en cada sesión era más numeroso que nunca.

Aún le costaba entender el rechazo y la fascinación simultáneas que sentían los mortales en cuanto al sexo. En Ilendalië, Eilyn y él no habrían conseguido congregar ni una vigésima parte de curiosos. Y de hacerlo, además, se habrían marchado tras haber visto que no habían sido invitados a participar. En ninguno de los casos, ni en el más remotamente fantástico, habrían pagado por quedarse a verlos.

Las veces anteriores les habían dado unos buenos espectáculos de lucha, juguetes y cuerdas. Ahora solo iban a ver a dos elfos disfrutando el uno del otro. ¿Se quedarían hasta el final?

Las preocupaciones intrascendentes se esfumaron al mirar a Eilyn. La elfa se encontraba tumbada a su lado, desnuda y concentrada, anudándose una pequeña trenza en el flequillo. Tarareaba para sí una canción que Sylvan había escuchado antes en algún sitio, pero no recordaba dónde. Su postura y expresión inspiraban paz, tranquilidad. La sensación de encajar en aquel mundo de locos. Sylvan se alegró por ella.

El elfo tomó otro mechón del cabello de Eilyn y empezó a trenzarlo. La elfa le lanzó una rápida mirada, que adornó con una sonrisa. Así, las cuatro manos trabajaron el cabello cobrizo de Eilyn, absortas, al tiempo que la sala iba llenándose de gente.

Zumbaba un silencio expectante. El aire se cargó de presencia mientras el peso de las miradas caía sobre los cuerpos de los elfos. Un foco se encendió: el espectáculo había empezado. Sin embargo, ellos siguieron trenzando.

Los movimientos de Eilyn eran alegres y fluidos, como la corriente de un manantial. Los de Sylvan eran elegantes y decididos, como el crecimiento de la hiedra. Mientras Eilyn hacía lazos sencillos,

Sylvan trabajaba en filigranas avanzadas; nudos élficos solo al alcance de las manos más diestras. Eilyn tenía otros talentos, pero ese era el suyo. Los nudos lo ayudaban a relajarse, a concentrarse. A encontrar su sitio.

Siguieron trabajando ante la mirada del público, sin acelerarse ni ceder a la presión. Ese era su momento, mirara quien mirara. Y nadie se atrevió a interrumpirlos.

Poco después, los cuidados pasaron a las caricias y las caricias pasaron a los besos. Y Sylvan se vio, sin saber cómo, encima de Eilyn.

Sus miradas se encontraron y la elfa volvió a sonreírle. Esta vez, el brillo de sus ojos y su respiración agitada contaban otra historia. Sylvan acercó su boca y la besó con la lentitud de la miel extendiéndose en el pan.

De nuevo, se tomaron su tiempo. Se saborearon el uno al otro sin prestar atención a nada más. Al menos, Sylvan lo hacía así. La elfa lanzaba miradas furtivas al público y, acto seguido, soltaba gemidos de placer. A Sylvan, lejos de molestarlo, le excitaban más que cualquier roce.

Sus labios se separaron y empezaron a explorar el mapa de sus pieles con la minuciosidad de un relojero. Besaban, lamían y acariciaban, deteniéndose el rato que consideraban necesario allá donde querían. Hubo cosquillas y risas. Abrazos y besos. Hubo Ilendalië en medio de aquel oscuro sótano.

Las trenzas quedaron olvidadas al dejarse llevar por el impulso que habían avivado a fuego lento. Sylvan se sentía como una presa que contenía demasiada agua, amenazando con partirse.

Se colocó encima de Eilyn y lamió su pecho, gravitando en torno a sus pezones. Al coronarlos con besos tan sutiles como plumas, Eilyn gimió y arqueó su cuerpo. Sylvan imitó el movimiento, notando el poder de su propia contención hinchando los músculos de la espalda. Sintiendo una dureza que cada vez lo dominaba más.

Eilyn pareció leer la emoción dentro de él y apretó su cuerpo contra el suyo. Se abrazaron y se revolcaron sobre el colchón, los labios de la elfa en el cuello de Sylvan. Al recuperar el sentido de la orientación, el elfo se vio a sí mismo debajo de Eilyn; su compañera

se había sentado a horcajadas sobre él. Los papeles se habían invertido y ahora era ella la que besaba su piel.

Pero no se detuvo en el pecho, donde siguió el contorno de sus pectorales con la lengua y con los dedos. Ni siquiera en el abdomen, donde se entretuvo rodeando el ombligo y acariciando sus costados. Siguió bajando lentamente hasta que Sylvan sintió el sutil roce de su cabello en la entrepierna. Eso le hizo arquearse de placer.

Entonces Eilyn tomó sus dos trenzas, mostró una sonrisa pícara y empezó a tejer un anillo de cabello.

La elfa acompañó el proceso con caricias y besos, alternando su atención entre una cosa y otra. Momentos después, Sylvan sentía cómo el torrente contenido empezaba a resquebrajarlo desde dentro. La presión del anillo se hacía cada vez más intensa. La boca de Eilyn, caliente y húmeda, cada vez más presente. Al principio tan solo en la punta, como gotas de rocío. Después, con cada ida y venida, a más profundidad.

El elfo tomó el desatendido cabello de Eilyn y tiró de él, guiando las acciones de la elfa. Se dejó llevar por sus movimientos, perdiéndose en aquel pozo de calor y humedad. Sintió que su voluntad cedía. Sintió que no había vuelta atrás. Sintió…

—¡Por toda la mierda de la ciudad! —exclamó una voz— ¿Otra vez?

Sylvan levantó la cabeza y encontró un revuelto de sombras corriendo y chillando de pánico. Juraría que el caos acababa de desatarse, pero bien podría llevar unos cuantos minutos. Él estaba a otra cosa. El público terminó por desaparecer en una breve pero caótica estampida, quedando cuatro siluetas apenas iluminadas por la luz rojiza de los farolillos. Una pertenecía a Leoncia, sin lugar a dudas. Las otras tres iban uniformadas.

Eilyn se cubrió con una bata y Leoncia encendió las lámparas principales. La nueva iluminación del sótano le permitió ver un ilustre mostacho coronando una boca disgustada.

—¡Pero bueno! —exclamó la monja—. ¿Qué hacéis vosotros aquí? Me acabáis de espantar a toda la clientela.

La mirada del alguacil saltó de la cama a la monja.

—Y suerte que lo único que hemos hecho ha sido espantarlos —respondió—. Deberían salir de aquí con una sanción.

—Este establecimiento es perfectamente legal. —Leoncia se plantó ante el alguacil. La visión de la mujer frente a un hombre dos cabezas más alto recordó a Sylvain a una gallina encarándose a un perro—. Tenemos los documentos en orden.

—El establecimiento es legal —concedió el alguacil—. Pero no las actividades que se hacen dentro de él.

—¿Y podéis decirme exactamente qué actividad sale fuera de la legalidad?

Leoncia hizo la pregunta al tiempo que barría la sala con la mano. Sylvan pensó que tal vez era un buen momento para empezar a vestirse.

Uno de los hombres que acompañaban al alguacil se adelantó un paso. Llevaba lentes y tenía más aire de intelectual que de defensor del orden.

—Según el edicto de Decencia y Decoro del emperador Tradatis: «No le es dado a ningún ser nacido de mujer, por su condición de efímera criatura, posar su mirada sobre el sagrado y misterioso acto en que dos espíritus imperecederos del Bosque, en el fulgor de su unión, entregan sus esencias al éxtasis del amor».

Un largo silencio se apoderó del sótano.

—¿Qué? —preguntó Sylvan.

—Que no podéis exhibiros fornicando —tradujo el alguacil—. Nos han dado el chivatazo.

—¿La ley de Decencia y Decoro de Tradatis? —preguntó Leoncia, indignada—. ¡Bendita luz! Esa insensatez se escribió hace más de trescientos años.

—Tradatis legisló basándose en las proclamas de Liverna la Luminosa, portadora del Antalvalaï, que prohibía exactamente lo mismo —explicó el hombre de las lentes.

—Todo el mundo sabe que Liverna enloqueció.

—Eso es irrelevante.

—Y, en cualquier caso, impuso directrices eclesiásticas —continuó Leoncia—. Mandatos dentro de la Iglesia Élfica. No leyes insensatas.

—Correcto. Las leyes se recogen en el edicto de Decencia y Decoro. —El hombre se ajustó las lentes—. E insensatas o no, siguen vigentes.

Leoncia no se dio por vencida.

—¿Sigue vigente entonces que la gente no pueda masticar con la boca abierta en año nuevo bajo…

—… bajo pena de un latigazo? Sí, sigue vigente —respondió el hombre—. Lamentablemente, no tenemos recursos suficientes como para controlar que se cumpla y mucho menos para imponer la pena.

La monja se acercó al hombre y empezó a martillearle el pecho con el dedo.

—Un abogado de pacotilla como tú no me va a decir lo que puedo hacer con mi negocio.

—Legalista —corrigió el hombre—. Y la ley es la ley.

—Pues yo enfadada soy una fuerza desatada. —Leoncia dio un paso adelante—. Y me enfrentaré a todos los chupatintas como tú, todos los guardias y todos los soldados papales que hagan falta para defender lo que hemos construido honestamente.

Eilyn dio un orgulloso asentimiento y Sylvan hinchó el pecho. Mientras Leoncia reprendía a los recién llegados, el elfo creyó todas y cada una de sus palabras. La mujer emanaba presencia, arrojo y una ira tan ardiente que hacía dudar al mismo alguacil. No había rastro de la monja encogida y titubeante que habían conocido días atrás.

Pero venía alguien más. Quizá Leoncia no oyera los pasos en las escaleras, inmersa en su ataque. O quizá fueran demasiado sutiles para los oídos humanos. El caso es que enseguida se abrieron las cortinas que daban paso al sótano y apareció otra figura tras ellas.

No era un legalista. No era un guardia ni un soldado papal. Era alguien capaz de traer a la antigua Leoncia con su mera presencia: el obispo Archimel.

# Capítulo 14

Con la posible excepción del hombre al que le había rellenado el recto con monedas de oro, Eilyn consideraba al obispo Archimel el humano más desagradable que había conocido jamás. Incluso ahora, que ya tenía una modesta experiencia tratando con mortales, el eclesiástico seguía encabezando la clasificación de imbéciles.

Leoncia lo observaba con el rostro decolorado y descompuesto. Boqueaba como un pez mientras el obispo inspeccionaba el lugar con aire distraído.

—Es bonito —dijo el hombre—. Me sorprenden tus recursos, Leoncia. Quién me iba a decir que en unos pocos días ibas a montar este tinglado.

La monja pareció recuperar el sentido. Agachó la cabeza y dedicó al hombre una profunda reverencia.

—Su gracia… He seguido vuestras órdenes al pie de la letra. No he usado ningún activo de la Iglesia Élfica.

—Eso me complace.

—Y tenemos licencia. Lo que se hace en este establecimiento es perfectamente legal.

—A excepción de un pequeño detalle, como creo que ya te ha explicado el letrado.

—Legalista —corrigió el aludido.

Leoncia siguió intentando defenderse. Esta vez, sin embargo, los balbuceos y la voz entrecortada le hicieron perder todo el poder que había ostentado antes. Se había vuelto pequeña.

La discusión continuó, ajena a los elfos. Eilyn intercambió una mirada con su compañero y este se encogió de hombros. Era curioso cómo la gente podía pasar tan rápido de ignorarlos a adorarlos y de adorarlos a tratarlos como a niños.

—… la vista gorda, pero esto es grave. La sangre ha llegado al río y la denuncia del cardenal Narcise de Fuentestrella…

Archimel siguió hablando y Leoncia murmuró algo, pero Eilyn no le prestó atención. El rostro de Sylvan, demudado de repente, se la había robado toda.

—… falta de gusto es indiscutible —continuó el obispo— y la ley está cogida con pinzas. Pero cualquier tribunal le dará…

—Su gracia…

—¡No interrumpas, Leoncia! Otra metedura de pata y tomaré medidas radicales. —La monja perdió el poco color que le quedaba. El obispo señaló a los elfos—. Controla a esos dos. Y, sobre todo, evita que se les vea haciendo… eso.

Archimel dio la conversación por terminada. Se dio la vuelta y abandonó el sótano. Leoncia se quedó petrificada, observando el hueco de presencia que había dejado su superior. De no ser por la intensidad con la que subía y bajaba su pecho, habría pasado por una estatua de carne y hueso.

El alguacil y los otros dos hombres murmuraron algo en voz baja y salieron poco después. Habían terminado su trabajo, el daño estaba hecho. Eilyn contuvo el deseo de encerrarlos en las habitaciones y rellenar sus rectos con lo primero que pillara.

Quedaron por fin los tres solos.

—Creo que… la culpa es mía —murmuró Sylvan—. El otro día me encontré con el hermano Elio en una taberna. Bebimos unas copas y le conté lo del burdel. Seguramente fue él quien se lo contó después al cardenal Narcise. Solo le dije que nos iba bien y…

Leoncia no se movió. Ni siquiera parpadeó. Sylvan se acercó a ella con cautela, como si se tratara de un cervatillo salvaje. La mujer parecía haber recuperado algo de color, pero aún le quedaban las habilidades motoras.

—¿Leoncia? —insistió Sylvan.

—No te preocupes —respondió la monja en tono monocorde—. Se habrían enterado igual.

Sylvan la tomó sutilmente del codo. Entonces la atrajo hacia sí y la abrazó.

—Lo siento. Soy un estúpido.

Leoncia mantuvo los brazos suspendidos. Los ojos, abiertos en toda su amplitud, observaban el vacío. Tardó en superar la sorpresa

y empezar a moverse. Entonces devolvió el abrazo al elfo.

Ahí estaban los dos: Sylvan alto, con el torso expuesto y musculado, abrazando a Leoncia, bajita y regordeta, cubierta con esos hábitos tan absurdos. Tan diferentes el uno del otro.

Eilyn se percató de que Sylvan le estaba haciendo el gesto de unirse.

—No —vocalizó, sin imprimir voz a la palabra.

La mano de Sylvan insistió. Eilyn puso los ojos en blanco y soltó un suspiro. Avanzó hacia ellos y los rodeó con los brazos, aportando un tercer cuerpo al abrazo. No tan alto y musculoso como el de Sylvan ni tan bajo y débil como el de Leoncia. Una nota diferente que completaba aquel improbable acorde y que, por alguna extraña razón, lo armonizaba.

El silencio los envolvió como una manta acogedora. Ni siquiera parecía relevante que el cardenal Narcise les hubiera cortado su modo de subsistencia o que Archimel los hubiera amenazado. De hecho, estaban muy cerca de conseguir el importe de la deuda. Todo iba bien. Ya nada podía…

—Ejem…

Los tres alzaron la cabeza al mismo tiempo. Una cuarta persona los observaba desde el umbral, un joven desgarbado con cara de caballo. Llevaba el uniforme de los mensajeros.

—He llamado y no ha respondido nadie. La puerta estaba abierta, así que, bueno…

Mostró una carta. El sobre era rosa, tenía relieve y venía perfumado. Daba tan mala espina como una víbora.

Leoncia lo cogió.

—Es una citación —dijo el hombre—. Os llegará una copia por las autoridades, pero el señor ha insistido en hacéroslo saber cuanto antes.

—¿Qué señor? —preguntó Leoncia.

—El conde Goior.

Eilyn se encogió. Leoncia rompió el sello y sacó la carta del sobre.

—¿Y por qué el conde querría…

Dejó la frase a medias al empezar a leer el texto. Su ceño se frunció, su boca se convirtió en una mueca y su piel volvió a perder el color. Sylvan alzó la cabeza sobre el hombro de la monja para echar un vistazo.

Eilyn solo había conseguido retroceder dos pasos cuando las sorprendidas miradas de Sylvan y Leoncia cayeron sobre ella.

—¿Diez mil marcos? —preguntó Sylvan, sin poder contener su asombro—. ¿Por ahí?

—Convertido a reales de oro —se excusó la elfa—. Solo fueron diez.

Su mirada se encontró con la de la monja. Si Sylvan parecía sorprendido, Leoncia era el desconcierto hecho persona.

—¿Eso hiciste? —preguntó.

Eilyn intentó dar una explicación, pero las palabras se le atascaron en la garganta. ¿Por qué se sentía tan mal? Ese hombre se merecía eso y más. Lo repetiría una y mil veces si fuera necesario.

Le quitó la carta a Leoncia de la mano, más por salir del paso que por otra cosa. Entonces leyó. Pasó por alto todos los detalles que ya conocía y se concentró en la última parte del texto. Esta vez, fue ella la que no pudo evitar poner cara de sorpresa.

La citaban para un juicio dentro de dos días. El conde pedía su cabeza.

# Capítulo 15

A Leoncia solo le había llevado medio minuto llegar a la conclusión de que el conde se había vuelto loco. Por suerte, no era la única que lo pensaba.

—¡Por toda la luz de las estrellas! No vamos a ejecutar a una inmortal del Bosque —exclamó la jueza. Era una mujer corpulenta, con la voz lo suficientemente grave para provocar reverberaciones en la estancia. De repente, dudó—. ¿Se os puede matar acaso?

La Sala Magna del Palacio de Justicia estaba a reventar de rostros confusos. Y aunque el juicio era a puerta cerrada —probablemente para preservar algo de la dignidad del conde—, un ejército de magistrados con toga y peluca colmaba los bancos y los estrados. La luz que se colaba por las vidrieras daban un toque colorido a la sala. Leoncia lo habría disfrutado de estar menos nerviosa.

—Ese es un debate agotador, su alteza —respondió Eilyn—. Créame.

La monja se llevó una mano a la frente. Habían estado repasando su defensa y el procedimiento del juicio con la ayuda de Julius y de un abogado contratado *in extremis*. Al parecer, había valido de poco.

—Señoría —corrigió la jueza.

Eilyn se encogió de hombros, haciendo sonar la cadena de las esposas. Sola, frente al altar e iluminada por la irisada luz de las ventanas, no había mirada que no atrajera. Su pelo brillaba como una llama y sus ojos parecían emitir luz propia. Su vestido de verdeseda, adornado con broches y nudos élficos, era en sí mismo una obra de arte. La escena le recordó a Leoncia a uno de esos cuadros al óleo que tenía el obispo en su despacho.

El abogado de la acusación carraspeó.

—El hecho de que no se la pueda matar no exime de la aplicación de la pena, señoría. Un crimen así no debe quedar sin

castigo.

—Los castigos recogidos por las leyes humanas no pueden aplicarse a los inmortales del Bosque —respondió el abogado defensor—. Los seres no humanos quedan eximidos de cualquier pena.

—A menos que al agresor se le juzgue como «potencialmente devastador para la integridad humana». Refiero el caso de las ejecuciones porcinas del ochenta y uno.

Leoncia escuchó con asombro las referencias a casos de animales a los que se los habían acusado y ejecutado como a humanos. Cerdos ahorcados por extender enfermedades, burros azotados por contrabando y pollos decapitados por hurto mayor —una de las aves se había tragado la alianza de compromiso de la duquesa Tiriel, creando así una crisis entre casas nobiliarias que acabó desembocando en guerra—. Tras varios minutos de desvaríos y citaciones enrevesadas, la mente de Leoncia volcó como un carro cargado con una rueda rota.

Después de eso, el juicio se volvió más tedioso que una misa nocturna. Tanto que ni siquiera la preocupación por el destino de la cabeza de Eilyn le impidió a Leoncia cabecear. Sylvan, a su lado, estudiaba todo con unos ojos vivaces y curiosos, verdes como la hiedra. El conde, al otro lado de la sala, observaba a Eilyn con una mirada sombría y tosca. Leoncia al menos podía decir una cosa a su favor: llevaba con bastante dignidad el hecho de que se hablara una y otra vez de las monedas que le habían metido por el culo.

—Podemos ejecutar humanos, sí —habló la jueza, con el tono que usaría alguien para zanjar una discusión—. Y ocasionalmente a algún burro o cerdo con intenciones aviesas. Pero no seré yo quien apague la luz de un inmortal del Bosque.

Tras finalizar los últimos testimonios y discusiones, la jueza dictaminó que el burdel debía compensar al conde con el pago de veinte mil marcos. Sylvan, al escuchar la palabra «multa» se levantó y protestó, llevándose una amonestación como resultado.

Leoncia se recostó en el banco, derrotada. Volvían a quedarse sin dinero y sin su principal modo de ganarlo. Las dos semanas que faltaban para la celebración del Alto Cónclave iban a ser duras.

* * *

Tras superar el golpe del juicio, quedarse sin dinero se le hizo sorprendentemente normal a Leoncia. Volvía a ser pobre, como había sido durante toda su vida. Tendría que continuar esforzándose, como llevaba haciendo desde que había nacido. Ninguna novedad.

Aun así, seguía dando vueltas a ideas para reflotar el negocio. Pensaba mientras asistía a los oficios del convento, pensaba mientras limpiaba el piso, pensaba en el baño y pensaba mientras bebía con Julius a escondidas tragos de vino bendecido. Al principio pensaba con miedo; la aparición de Archimel la había dejado temblando, sin valor para dar un paso en cualquier dirección. Estaba segura de que al obispo se le podían ocurrir represalias más brutales que una multa de veinte mil marcos.

Sin embargo, pronto comenzó a sentir otras cosas. El miedo se atenuó y empezaron a adquirir volumen emociones como el bochorno y la indignación. Eilyn tenía razón, por mucho que a Leoncia le doliera, cuando decía que la Iglesia Élfica era un mercado de influencias y estaba dirigida por cabronazos.

Al bajar a recoger la comida que había preparado Rita para ese día, sintió su sangre burbujear como un guiso al fuego. A Leoncia se le ocurrieron cuatro réplicas para el obispo Archimel durante la conversación en el sótano del burdel mientras la mujer le contaba una anécdota insustancial de uno de los vecinos del bloque. Cinco, mientras subía las escaleras.

Al llegar al apartamento estaba tan cabreada que, de haberse encontrado allí el clérigo, lo habría empujado por la ventana.

—Bueno, espero que hayáis descansado estos días, porque vais a volver a dar el callo —dijo, nada más entrar por la puerta.

Sylvan alzó la cabeza apenas un instante. Estaba sentado junto a la mesa, hojeando distraídamente el Códice de la Luz mientras hacía nudos élficos con las manos. Eilyn estaba al lado de la ventana, agachada junto a las plantas. La monja dejó los cuencos de guiso sobre la mesa y se limpió las manos en el hábito. Acto seguido, cerró el libro y lo llevó a la estantería.

—¡Eh! Justo ahora que se ponía interesante —se quejó Sylvan.

—Ya tendrás tiempo para leerlo. Ahora escuchadme. —Leoncia se sentó frente al elfo. Eilyn, curiosa y elegante como una gata, se acercó a la mesa—. Tenemos a la cúpula de la Iglesia Élfica detrás de nosotros, atentos a cada paso que damos. Pero, mientras no quebrantemos ninguna ley, no podrán hacernos nada. Aún tenemos opciones.

—Pero parece haber leyes para todo —se quejó Sylvan—. Si queremos tener sexo en la fuente, es exaltación al orden y escándalo público. Si queremos tener sexo en el burdel, es una violación de la ley esa de la santa loca. Si queremos quedarnos en casa y comernos un pastel mientras nos mira un perro, seguro que también nos metemos en un…

Leoncia lo cortó con un gesto de la mano.

—He hablado largo y tendido con Julius y cree que aún hay oportunidades —dijo—. Además, tenemos el burdel. Habrá que darle uso.

—¿Desde cuándo tienes tanta fijación con el burdel? —preguntó Eilyn—. Que recuerde, al principio preferías cualquier otra alternativa.

Leoncia frunció los labios. ¿Cómo contestar a eso? ¿O, al menos, cómo dar una respuesta que no fuera a llevarle varias horas? Porque ya había pagado una semana más de alquiler. Porque necesitaban un milagro para alcanzar el importe de la deuda. Porque en menos de un mes había pasado de confiar ciegamente en los preceptos de la Iglesia Élfica a sentir un profundo desencanto por ella. «Crisis espiritual», lo llamaban los filósofos. ¿Pero qué otra cosa podía ocurrir cuando los deseos de sus seres adorados chocaban tan radicalmente con los de los adoradores?

—Desde que Archimel me amenazó por ser fiel a vosotros en lugar de a un grupo de hombres corruptos y a ese estúpido libro. —Señaló el Códice de la Luz. Se lo pensó mejor, juntó las manos y murmuró una rápida oración de disculpa—. Bueno, el libro no es estúpido, pero ya me entendéis.

—¡Oh, sí que es estúpido! —dijo Sylvan—. ¿Sabíais que un sacerdote no puede ascender a obispo si ha tenido alguna vez relaciones sexuales?

Eilyn miró al elfo.

—¿En serio? ¿Entonces quieres decir que Archimel…? —Sylvan asintió con la cabeza—. Vaya, eso explica muchas cosas.

Leoncia levantó la mano en reclamo de atención.

—El caso es que he reconsiderado mi postura. —Se irguió en la silla, adoptando un aire solemne—. A partir de ahora, vuestra palabra será toda ley espiritual que seguiré. Y solo os pondré impedimentos cuando esa ley espiritual entre en conflicto con alguna ley humana.

Sylvan sonrió y aplaudió. Leoncia no pudo evitar contagiarse de parte de su entusiasmo. De hecho, sintió un extraño alivio al pronunciar esas palabras.

—Eso está muy bien —dijo Eilyn—, pero necesitamos propuestas concretas. Lo único que se le ha ocurrido a Sylvan ha sido dejar de comer. ¿Has visto que ni siquiera ha tocado el guiso?

Leoncia se fijó en el elfo. Tocarlo no, pero con la vista lo estaba devorando.

—Por ahorrar —se excusó este—. Cada marco cuenta.

Eilyn puso los ojos en blanco.

—¿Has visto los extremos a los que hemos llegado?

Leoncia sacó una hoja de su faltriquera y la colocó en la mesa. En ella había escrita una lista.

—Julius me ha asegurado que todo lo que aparece aquí es legal. —Señaló la primera línea—. Para empezar, podéis seguir ejerciendo vuestro derecho de prostitución, siempre y cuando sea con un mortal y dentro del burdel. El Códice de la Luz hace algunas menciones a la… ejem… fornicación entre inmortal del Bosque y mortal, pero no hay ningún edicto que lo prohiba.

—Yo no vuelvo a pasar por ahí —dijo Eilyn, cruzándose de brazos.

—Ni aunque quisieras, dama Eilynwen. Me temo que después de tu episodio con el conde, nadie va a querer acercarse a menos de dos metros de ti.

Eilyn dio su conformidad con un asentimiento rotundo.

—Lo mencionaba más por Sylvan —continuó Leoncia, dirigiéndose ahora al elfo—. Tu talento en la cama te ha hecho

fidelizar algunos clientes.

Sylvan mostró una sonrisa de suficiencia.

—Ha sido un placer.

—La parte mala es que, después de la redada, queda poca gente dispuesta a desafiar a la Iglesia Élfica. Las ganancias serán mucho menores de lo acostumbrado.

La sonrisa de Sylvan se transformó en una mueca de decepción.

—¿No había sido «un placer»? —preguntó Eilyn.

—Sí, pero… digamos que cualquier elfo con maderos en vez de extremidades lo habría hecho mejor.

—Lo importante es que esa puerta sigue abierta —dijo Leoncia—. Para ti, Eilyn, puedes revisar la lista y…

—Bailes eróticos. —La elfa ya la estaba leyendo—. Posar desnuda para mirones. Disfrazarme de animal. ¿Ropa interior usada? —Dejó pasar unos instantes de silencio—. ¡Y dale con mis pies! ¿Por qué la gente querría hacer cosas con ellos?

Sylvan se acercó para leer, movido por la curiosidad.

—Se llaman fetiches —respondió Leoncia—. Resulta que el correo que recibe el burdel es un pozo rebosante de ellos. Aunque también llegan sobornos desganados de los cardenales. ¿Sabéis? Al menos Narcise ha tenido la dignidad de intentar comprar vuestros votos en persona.

—Espera, ¿hay gente que quiere pagar por olerle los pies a Eilyn? —preguntó Sylvan, sorprendido.

—Oh, y cosas más turbias. —La monja se rascó la frente—. No sabéis lo que han tenido que leer estos ojitos.

Eilyn levantó la mirada del papel. Leoncia trató de mantenérsela.

—No me gusta bailar —dijo, seria—. Tampoco estoy dispuesta a exponerme como una mercancía en el mercado. Y no pienso dejar que nadie me toque los pies. Ni ninguna otra parte del cuerpo, en realidad. He venido a que me adoren, no a que me traten como una bestia.

—¿Y lo de disfrazarte de animal? —preguntó Sylvan—. Suena divertido.

La mirada que le lanzó Eilyn hablaba por sí sola. Leoncia dejó pasar un silencio prudente antes de hablar.

—No has dicho nada de lo de la ropa interior…

La elfa permaneció callada unos segundos más. Miró a Leoncia, a Sylvan y a los cuencos de comida, que aún humeaban. El estómago del elfo rugió.

Eilyn lanzó un largo suspiro.

—Podemos intentar eso.

# Capítulo 16

Leoncia se dedicó a localizar y contactar a toda la gente que había estado presente en las subastas. Si habían manifestado interés en acostarse con uno de los elfos, era razonable que aún lo mantuvieran. Organizaron encuentros para Sylvan en el burdel. Tuvieron que bajar los precios, pero al menos el dinero seguía entrando. El trabajo con Eilyn requería algo más de preparación.

Aquella mañana, Leoncia había llevado a los elfos al mercado de telas. En principio iba a acudir solo con Eilyn, pero Sylvan no había querido perderse la oportunidad. El elfo había llegado a la conclusión de que privarse de comer no iba a tener un gran efecto en sus finanzas. Y siguiendo esa línea de razonamiento, tampoco veía por qué no podía comprarse algo. Quizá así se animara.

Sylvan se había levantado con una incómoda melancolía en el pecho. Quedaba solo una semana para la celebración del alto cónclave y las cuentas no salían. Si no hacían ningún cambio, se quedarían a unos miles de alcanzar el importe de la deuda. Y eso lo haría pasar a la historia como el elfo que la cagó en el Alto Cónclave.

Deambularon entre las callejuelas estrechas, invadidas por comerciantes que casi montaban barricadas con el género. Los colores de las telas adornaban aquel concurrido laberinto. La mezcla de aromas de cuerpos y especias saturaba el aire. Sylvan ya había estado en aquel mercado, por lo menos, ocho veces. Y cada vez le parecía la primera.

Eilyn, por el contrario, parecía querer estar en cualquier lugar menos allí. Probablemente en un lugar silencioso, con árboles y sin humanos a la vista. Sylvan aún se preguntaba qué la había llevado a seguirlo al mundo mortal.

Entraron a una de las tiendas del sector más caótico del mercado. No era tan vistosa ni tan colorida como las de la calle

principal, pero Leoncia les había asegurado que encontrarían mejores precios allí.

Los recibió un hombre calvo, bajo y con barbita de chivo. Sylvan tomó nota mental de esa posible configuración de vello facial.

—¡Oh! Buenos días, mis queridos inmortales del Bosque —saludó el tendero—. Es un honor que hayáis elegido mi establecimiento, sí. ¡Un verdadero honor! Lo que hayáis venido a buscar, seguro que lo tengo. Será un enorme placer para mí ayudaros a…

—Lo he elegido yo, Miquel —dijo Leoncia, sin apartar la vista del género de las estanterías—. Así que o me adulas a mí también o nos dejamos de tonterías.

El hombre lanzó a la monja una mirada pícara.

—Tú sí qué sabes, reina.

Leoncia le pidió que les mostrara todo lo relativo a paños menores y el sastre empezó a sacar medias de encaje, ligueros, corsés, enaguas y camisas de seda transparente. Pasaban frente a la vista a toda velocidad mientras las palabras salían como un torrente de su boca. También se ofreció a confeccionar algo a medida para Eilyn. En cuanto Leoncia encontró un hueco entre frase y frase, pidió que les enseñara cosas más ajustadas a su presupuesto.

—Una deidad como ella no debería rebajarse a llevar baratijas —dijo Miquel, molesto.

—Tampoco las llevará demasiado tiempo —dijo Sylvan.

El tendero suspiró y los guio a una zona todavía más desordenada de la tienda. Allí sacó unos paños pequeños que cabían en una sola mano. Rojos, negros y blancos. Algunos llevaban bordados o lazos, también variaban en suavidad y transparencia. Sylvan cogió una de las prendas y la inspeccionó de cerca. Era como un calzón de caballero, pero mucho más corto y ligero.

—Son el último grito en Fuentestrella —dijo Miquel. Había perdido gran parte de su efusividad—. Un grito de pánico, en mi opinión. No negaré que son funcionales, ¿pero dónde ha quedado la elegancia?

Eilyn cogió otra de las prendas con la punta de los dedos, como si el extremo opuesto estuviera ardiendo.

—¿Crees que valdrán? —preguntó a Leoncia.

La monja asintió.

—Les valdrá cualquier cosa que haya tocado tus partes. Esto es perfecto.

Miquel miró a la una y a la otra con cara de no entender nada. Eilyn se encogió de hombros.

—Si tú lo dices…

La elfa se agachó, metió los pies y se subió el paño por las piernas hasta hacerlo desaparecer bajo su falda. El tendero se dio la vuelta y farfulló algo que Sylvan no consiguió entender.

Eilyn movió la cadera.

—Son cómodas —dijo.

—¿A ver? —preguntó Sylvan.

Eilyn se levantó la falda y dio una vuelta completa. El paño, de color rojo y adornado con un pequeño lazo, se ajustaba perfectamente a su pubis y a su culo, marcando el hueco entre las nalgas de manera reveladora. La oleada de calor que sintió Sylvan no tuvo nada que ver con el clima.

—No es necesario que te las pruebes —dijo Leoncia.

—No debería, de hecho —murmuró Miquel, aún sin mirarla.

Eilyn los ignoró a ambos. Se quitó la prenda y probó con otra; una de color negro con encaje. Sylvan siguió mirando, naturalmente. Había algo en los movimientos de la elfa al ponerse y quitarse aquellas prendas que lo excitaba como pocas cosas lo hacían.

Eilyn se dio cuenta.

—¿Qué me dices, Sylvan? —preguntó, subiéndose de nuevo la falda—. Parece que eres el único al que puedo pedir una opinión sincera.

El elfo sonrió.

—¿Puedes volver a probarte el anterior? No lo he…

Leoncia se interpuso entre ambos.

—Aquí no.

—No, ¿qué? —preguntó Sylvan. Descubrió que había dado un paso hacia delante de manera inconsciente.

—Ya sabes qué. —Leoncia hizo girar al elfo sobre sí mismo y lo empujó hacia la salida—. Ve a darte una vuelta, anda.

—Pero…

—No la distraigas.

Sylvan fue a replicar, pero Leoncia fue más rápida sacándolo fuera de la tienda. Ahora que estaba empezando a animarse, lo echaban a la calle. Terminó murmurando algo lo suficientemente bajo para que Leoncia no lo escuchara.

Sin tener nada que hacer, caminó hasta la zona principal del mercado. Avanzó entre una corriente cada vez más densa de gente, observando los puestos y las mercancías. Los comerciantes lo llamaban a gritos desde las puertas de los establecimientos, directamente por su nombre. Varios le hacían gestos para que entrara. Sylvan siempre los saludaba de vuelta, sonriente, pero consciente del origen de su fama: era el elfo ingenuo y fácil de desplumar.

Su astucia y sus habilidades de negociación habían mejorado algo, pero aún quedaban lejos del nivel de un mortal. De un elfo común, siquiera. Eso le dolía más de lo que se atrevía a confesar.

Decidió alejarse de allí. Así quizá también se alejaría de esos pensamientos.

Avanzó en la dirección contraria, dejando atrás el ambiente cargado, la gente y los gritos. Abandonó las calles estrechas del mercado y se dirigió hacia la parte alta de la ciudad.

Caminó por cuestas adoquinadas, subió escalones y traspasó arcos sombríos y frescos, donde los habitantes de Lindeburgo se protegían del ardiente sol del mediodía. Siguió subiendo hasta que todos los caminos se volvieron descendentes. Allí encontró una pequeña plaza que daba a un mirador.

Las vistas eran magníficas. Lindeburgo se extendía ante él como un mar ondulado de tejados. Las torres arañaban el cielo como lanzas erguidas y las cúpulas brotaban de la tierra como hongos majestuosos. Así, aunque Sylvan había paseado incontables veces por Lindeburgo, en ese momento sintió que lo *veía* por primera vez.

Pero aún había algo más allá. Tras los campos de cultivo y los caminos, las granjas diseminadas y los pastos, una inmensa masa boscosa cubría el terreno hasta llegar a las montañas del horizonte. Le alegró reconocer algunos de los picos. A la izquierda del todo estaba el Gran Trelo, al que una vez había subido a recoger el hielo

imperecedero de su cumbre. Un poco más a la derecha estaba el Vaethindroed, de donde brotaban unas magníficas cataratas. Eso significaba que en aquella inconmensurable masa de árboles comenzaba Ilendalië.

Le sorprendió estar sintiendo algo que no había sentido nunca antes. Se lo había oído mencionar a los mortales en la ciudad, pero hasta entonces había pensado que se trataba de una emoción humana. En cualquier caso, no había duda: por primera vez en su vida, estaba sintiendo nostalgia del hogar.

Recordó nadar en las termas, correr por los cañones del Faed Vyel, trepar árboles tan inmensos como aquellas torres humanas. El canturreo de las aves, el frescor vigorizante de las mañanas, el resplandor dorado de los ocasos. Todo eso evocó mientras su vista volaba hasta lugares que sus pies tardarían semanas en recorrer. Casi podía sentir la sombra del follaje, el dulce olor de la hierbaluna. Era casi tan real que…

Sylvan frunció el ceño y olfateó. No, no era producto de su fantasía; había alguien cerca que estaba quemando realmente la planta. Y no la bazofia cenicienta que cultivaban los humanos, sino auténtica hierbaluna de Ilendalië.

Miró a su alrededor sin encontrar un alma en la plaza. Normal: aún hacía demasiado calor para que alguien quisiera sentarse al sol. Observó entonces las sombras y localizó algo en la hornacina de uno de los edificios. Un brillo revelador.

Decidió acercarse. A medida que la vista se le adaptaba a la penumbra, fue distinguiendo la silueta de un muchacho. El chico, acomodado bajo la imponente talla de una estatua, dio otra calada a su cigarro antes de ver que tenía compañía. Saludó con la mano y expulsó el aire formando una nube blanca. Sylvan la aspiró con deleite.

—No pensaba que echaría esto tanto de menos —dijo—. Es de la buena.

—¡Ah! Ya lo creo.

El chico dio otra calada y le tendió el cigarro al elfo. Sylvan agradeció el gesto con una inclinación de cabeza. Fumó y saboreó el humo antes de soltarlo.

—Eres lord Sylvanor, supongo —dijo el muchacho, recuperando el cigarro.

Sylvan volvió a asentir.

—Aunque nunca he entendido lo de «lord». ¿Qué significa?

El chico se encogió de hombros.

—Supongo que es una palabra para decir que eres importante.

—Curioso.

Sylvan pidió otra calada y el muchacho se la dio. Esta vez se fijó más en él. El chico era delgado, vestía con sencillez y tenía una ligera chepa. Su rostro era aniñado, aunque surcado de marcas de acné. Tres semanas atrás al elfo le habrían chocado sus imperfecciones. Ahora, simplemente, se había habituado a esa normalidad.

Un detalle le llamó la atención sobre el resto.

—¡Tienes una trenza de Lerian!

—¿Qué?

—Eso.

El chico llevó la mano al broche de su pecho, justo donde señalaba Sylvan. Estaba trenzado con rama de fresno negro y adornado con perlas de río. Su confección era impecable. Una joya así solo podía haber salido de Ilendalië.

—¿Cómo?

—Se las damos a los mortales que son muy cercanos a nuestro pueblo —continuó Sylvan—. Puede que seas el único en toda la ciudad.

—Ah… Sí, me la dieron en el Bosque. Trabajo como mensajero. —El chico dio otra calada al cigarro y se lo tendió de vuelta al elfo—. No voy con mucha frecuencia, pero siempre es agradable pasarse por allí.

Sylvan dio un asentimiento taciturno. ¿A quién no le iba a gustar pasarse por Ilendalië? Y más aún viendo cómo funcionaba el mundo mortal.

Hablaron de la decadencia de las ciudades humanas, de las pocas virtudes y los numerosos vicios de los mortales. Quizá no era el mejor tema de conversación para que Sylvan se librara de la toxicidad de sus pensamientos, pero se veía atrapado en una espiral

de la que no podía salir. Asumió que ya no había escapatoria. Y, por qué no decirlo, también sentía el placer culpable de quien se rasca demasiado una herida.

Sí, los humanos podían hacer estatuas y cúpulas bonitas, pero no dudaban en aprovecharse los unos de los otros. Y quienes supuestamente predicaban las enseñanzas de los elfos, los líderes de la Iglesia Élfica, eran los peores. Sylvan sospechaba que sus compañeros de Ilendalië no tenían ni idea del mercado de influencias y amenazas en el que se había convertido la celebración del Alto Cónclave. Si los demás elfos pudieran ver…

Soltó el humo en una exhalación brusca, deslumbrado por la claridad de una idea.

—A la mierda.

—¿Qué? —preguntó el chico.

Sylvan lo miró a los ojos.

—Tienes que llevar un mensaje en mi nombre.

—Espera. ¿Qué?

El elfo abrió su faltriquera y sacó el cuaderno de dibujo, tinta y pluma. Empezó a escribir, volcando con ansia su caligrafía élfica en el papel en blanco; líneas y líneas de desahogo fluyendo como un río en época de deshielo. Cuando terminó, arrancó la hoja y la agitó.

—Lleva esto a Ilendalië. Asegúrate de estar de vuelta con su respuesta antes de la celebración del Alto Cónclave.

El chico lo observó con la boca abierta.

—El Alto Cónclave se celebra en nada.

—Por eso tendrás que darte prisa.

—Pero yo…

Sylvan dobló la carta y la colocó en el pecho del muchacho. Este la cogió sin pensarlo.

—Te daré algo para agilizar el proceso.

Sylvan se quitó su anillo y lo miró durante unos instantes. Se lo había hecho él mismo, trenzando hilos metálicos de araña dorada a la luz del cometa Eyde. Le había llevado doce días y todo su talento. Dudaba que hubiera otro de esos en el mundo.

—Enséñaselo —ordenó—. Los inmortales a veces pecamos de lentos. Con esto te recibirán con prioridad y podrás pedir unos

marcos en compensación. O, si no te dan nada, vuelve rápido y te los daré yo mismo. Es tu garantía.

El chico cambió la expresión. Dejó de protestar y tomó el anillo entre los dedos. Lo estudió un momento antes de guardárselo en el bolsillo.

—Está bien.

Sylvan le dio una palmada en el hombro.

—Perfecto. ¡Vamos, lárgate!

El chico se levantó y salió corriendo. Sylvan lo observó abandonar la plaza desde el fresco nicho de la estatua, satisfecho. Se acomodó en el hueco mientras apuraba las últimas caladas de hierbaluna.

Miró hacia arriba y encontró un compatriota. El rostro pétreo del elfo lo observaba con orgullo. Sylvan saludó a la estatua y tiró los restos del cigarro.

Tenía el pálpito de que la situación estaba a punto de cambiar.

# Capítulo 17

Eilyn llamó a la puerta de la casa y esperó zapateando sobre los adoquines. Miró alrededor. La calle estaba vacía. El bochorno vespertino había pasado y la atmósfera se iba refrescando con la llegada del crepúsculo. Los pájaros volaban en bandada y las nubes adquirían formas y colores refulgentes. Se había quedado una tarde bonita. Pero claro, todo parecía más bonito en los barrios ricos y silenciosos de la ciudad.

Alguien abrió la puerta y Eilyn mostró su expositor.

—Bragas de elfa. Tengo de varios colores.

La sirvienta se quedó petrificada en el umbral. Eilyn mantuvo el expositor frente a ella.

—Iré a buscar al señor —dijo la mujer, antes de desaparecer en el interior de la vivienda.

Eilyn suspiró. Ya había perdido la cuenta de las casas que había visitado y tenía pocas esperanzas en el éxito de su próxima interacción. Hasta el momento no había vendido nada. De hecho, sospechaba que la habrían echado a palos de varios sitios si no fuera quien era.

Leoncia le había asegurado que los señores de aquellas casas eran los remitentes de algunas de las cartas más lascivas. ¿Por qué se mostraban tan esquivos ahora?

Apareció un nuevo rostro tras la puerta: redondo, bien afeitado y con una evidente calvicie cubierta con cortinilla. Sí, a Eilyn le sonaba haberlo visto en el burdel.

Mostró una sonrisa ensayada antes de hablar.

—Bragas usadas de dama inmortal del Bosque. Objetos que han buceado en la profundidad de mis intimidades. Me han dicho que podrían interesarle.

Un rubor intenso brotó desde el cuello del hombre y ascendió hasta su peculiar flequillo.

—Me las he puesto todas —continuó Eilyn—. Esta negra de aquí era especialmente cómoda. Si te fijas en los bordados…

El hombre masculló algo y comenzó a cerrar la puerta. Eilyn la bloqueó con el pie. Dejó de sonreír.

—¿Por qué no las quieres?

—Yo… Mi esposa…

El hombre siguió balbuceando mientras empujaba la puerta. A Eilyn le pareció que hacía a propósito lo de no dejarse entender.

—Son solo treinta marcos y tú estás podrido de dinero.

—Es que…

La elfa cogió las bragas negras y se las metió al hombre por el cuello de la camisa. Después le mostró la palma de la mano, expectante.

De la brillantez de la mente del señor no se habría podido decir nada en contra: reaccionó rápido y colocó varias monedas en la palma de Eilyn. La elfa dio las gracias, retrocedió un paso y permitió que la puerta se cerrara con un sonoro golpe.

Volvió al apartamento considerando la tarea terminada.

* * *

—Ya te avisé de que no funcionaría —dijo Leoncia.

Eilyn daba vueltas a su infusión, sentada a la mesa. La monja iba de aquí para allá colocando y recogiendo. La elfa solía preguntarse qué hacía para estar siempre de un lado para otro, atareada como una hormiga.

—Pues no lo entiendo —repuso Eilyn—. En el burdel me idolatran y me roban la ropa en cuanto me descuido. Fuera me envían cartas pidiendo un sinfín de idioteces. ¿Por qué cuando los visito me dan con la puerta en las narices?

Leoncia encendió las lámparas. Ya había oscurecido y la ciudad estaba en calma. O al menos, parte de ella; Sylvan estaría ganándose su sustento en el burdel del modo más ruidoso y vulgar posible.

—Entre otros muchos motivos relacionados con la privacidad en los que no voy a entrar —Leoncia apagó la cerilla agitándola—, diría

que eso es algo que se compra en caliente. Habría que excitarlos primero.

Eilyn refunfuñó y volvió a concentrarse en la infusión. Aún no había cenado, y no porque se hubiera animado a seguir la iniciativa de no comer, sino porque se le había quitado el hambre.

Sylvan también ganaba mucho menos dinero que antes, pero no la miseria que estaba consiguiendo ella. Él, al menos, era capaz de financiarse a sí mismo. Eilyn era casi a lo que aspiraba.

—Podría hacer otro espectáculo —murmuró—, pero no pienso exponerme como ganado para ellos.

Leoncia levantó las manos como diciendo «lo sé».

—Y no me importa que me observen mientras disfruto —continuó Eilyn, reflexionando para sí misma—. Me gusta, de hecho. Lo que no soporto es ser una mercancía expuesta.

—Lo entiendo…

La elfa bebió un sorbo de la infusión y se reclinó en la silla. Miró por la ventana, encontrando nada más que oscuridad. Después paseó la mirada por el resto de la estancia. Cuando se cruzó con los ojos de Leoncia, encontró en ellos el brillo de una idea.

—No necesitas a Sylvan para disfrutar en el escenario.

Eilyn bufó.

—Claro que no, pero no hay ningún otro elfo o elfa en toda la ciudad. Y ya te he dicho que los mortales…

—No me refiero a los mortales —interrumpió Leoncia—. Me refiero a darte placer… bueno, tú sola.

Eilyn se quedó mirando a la monja. El silencio comenzó a hacerse largo.

—No sé a qué te refieres —dijo.

Leoncia soltó una risotada.

—Esa es buena. Seguro que no.

—Te lo estoy diciendo en serio.

—No cuela. —La expresión de Leoncia fue perdiendo su simpatía—. No seré tan vieja como tú, pero tampoco me he caído de un pino, ¿sabes?

Eilyn frunció el ceño.

—No sé qué tienen que ver los pinos en esto, pero te repito que no sé de lo que hablas.

La mandíbula de Leoncia fue cayendo poco a poco.

—¿No sabes lo que es masturbarse?

—¡Claro! ¿Cómo no voy a saberlo? —dijo Eilyn—. Ya me masturbaban antes de que nacieras. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Tiene que ver con que puedes hacerlo tú sola —explicó Leoncia, cada vez más confusa—. No necesitas a nadie más.

Eilyn volvió a quedarse en silencio.

—Eso no tiene sentido.

Leoncia dejó todo lo que estaba haciendo y se sentó a la mesa.

—Por favor, explícame: ¿qué es lo que no tiene sentido?

—¿Por qué ibas a hacértelo tú misma cuando cualquier otra persona puede hacértelo?

—Porque, a veces —respondió Leoncia, lentamente—, no hay cualquier otra persona. Y mucho menos la que tú quisieras.

—Siempre hay.

—No aquí. Piensa en todas las puertas que te han cerrado en la cara.

Eilyn se llevó la mano al mentón, pensativa. En Ilendalië, encontrar un compañero sexual en cualquier lugar u hora era lo más fácil del mundo, como ir a recoger agua al arroyo. Pero en las Tierras Mortales, con sus descoyuntadas costumbres respecto al sexo, quizá no fuera tan fácil. ¿Podría ser que hubieran inventado prácticas solitarias que no hubieran llegado al conocimiento de los elfos?

—¿Entonces eso es lo que iban a hacer con mi ropa usada? —preguntó—. ¿Masturbarse?

Leoncia soltó una risa incrédula.

—¡Pues claro! ¿Qué pensabas que iban a hacer si no?

Eilyn se encogió de hombros.

—¡Y yo qué sé! Cualquier otra cosa extraña de humanos. Menos que eso de la masturbación en solitario, desde luego.

—Podrías haber preguntado.

—Cuanto más os conozco, menos prefiero preguntar.

La monja arrastró la silla para acercarse a la mesa.

—No me digas que nunca has… jugado contigo misma.

Eilyn negó con dudas. Aún había cosas que no terminaba de comprender.

—¿Pero cómo funciona? Es decir, ¿cómo puede darte placer hacerlo tú sola? ¿Cómo lo haces tú?

El rostro de Leoncia enrojeció sutilmente. Eilyn sintió orgullo por ella. Teniendo en cuenta la naturaleza de la conversación, había tardado bastante más de lo esperado.

—Pues… piensas en alguien o en una situación que te excita. Empiezas. Te tocas. Te excitas más, sigues y… —Se retorció las manos—. No sé, el placer viene solo.

Eilyn soltó una risotada cantarina. Leoncia se turbó, pero no apartó la mirada.

—¿Qué pasa?

—Que es absurdo —dijo Eilyn—. Tener ganas de sexo y tocarte es como tener hambre y acariciarte el estómago.

Leoncia no pudo evitar sonreír.

—Algo así, pero funciona.

Eilyn hizo el gesto de frotarse la barriga.

—¡Mmm! Sí, ya lo noto. —Rio—. Me viene el sabor de fresones jugosos. Y ciruelas… ¡Dulces granadas de otoño!

Leoncia rio también. Se acercó entonces a la despensa y empezó a tirar manzanas a la elfa. La primera la sorprendió con un impacto en la cabeza. Las siguientes las atrapó al vuelo.

—Eran manzanas tempranas —dijo Leoncia—, no granadas. Vas a tener que practicar más.

Eilyn sonrió con malicia y lanzó las manzanas de vuelta a Leoncia. Esta gritó y las esquivó como pudo. La batalla terminó y ambas, sonriendo, empezaron a recoger la fruta del suelo.

—Supongo que sí que tendré que practicar —dijo la elfa, al rato—. Lo de tocarme, digo. Quizá sea una buena idea para hacer un espectáculo.

Leoncia asintió ensimismada mientras terminaba de organizar la despensa.

—¿Tú lo haces a menudo? —preguntó Eilyn, de golpe.

La monja se quedó rígida.

—¿El qué?

—Masturbarte, ¿qué va a ser? —Se inclinó hacia delante—. ¿Cada cuánto lo haces?

Leoncia volvió a concentrarse en su tarea, moviéndose con una torpe rigidez. Le dio convenientemente la espalda.

—Venga, dímelo.

—No pienso contestarte a eso.

—¿Por qué no? —insistió Eilyn—. ¿Usas algún objeto o con tu propia mano?

—¡Dama Eilynwen! —Leoncia la miró, interrumpiendo su tarea. La rojez de su piel ya competía con el tono de las manzanas—. Ya basta. Por favor.

Eilyn ensanchó la sonrisa.

—Esta es una de esas cosas que os da vergüenza confesar, ¿verdad? Seguro que no habláis nunca de esto.

—¡Exacto! Así que para.

—Me conformaré con que me confieses la última vez que lo hiciste.

—No pienso decir una palabra más sobre este tema.

Los escalones crujieron en el exterior. Eilyn reconoció los pasos de Sylvan, que subían enérgicos al apartamento. En cuanto Leoncia llegó a la misma conclusión, se apresuró a abrir la puerta.

—¡Lord Sylvanor! —exclamó—. ¡Por fin! Estábamos esperándote para cenar. Rita nos ha traído pan de centeno y una mantequilla de chuparse los dedos. Siéntate y te lo acerco a la mesa. —Empezó a revolotear por la cocina— ¿Qué tal con la condesa Fretel? Quiero saber todos los detalles.

Sylvan se dejó empujar por la monja hasta la silla. Si detectó algo raro en su actitud excesivamente locuaz, no lo mencionó.

—Esa mujer es un torrente desbocado —dijo el elfo. Recogió una manzana del suelo, la frotó contra su manga y se la llevó a la boca—. Quiere hacerlo todo a la vez y no sabe ni por dónde le da el aire. Mañana repetiremos, tengo mucho que enseñarle.

—Consecuencias de años de represión sexual —dijo Eilyn—. Seguro.

Sylvan asintió mientras masticaba.

—Como cualquier mortal.

—Se les pasaría si hablaran de esas cosas abiertamente.

*Plaf*.

Leoncia colocó la bandeja en la mesa con un sonoro golpe.

—Te ha pagado sin intentar regatear, ¿verdad?

El elfo volvió a asentir.

—Todo en orden.

Rebuscó en su bolsillo y dejó caer cinco monedas en la mesa. Cincuenta marcos: había ganado más que Eilyn aquella tarde. Y, al mismo tiempo, una cifra insultante en comparación con lo que habían perdido unos días antes. Esas eran las consecuencias de haberse enfrentado a la Iglesia Élfica. Y de haber rellenado de metal el recto de un aristócrata baboso, a decir verdad.

Sylvan arrastró las monedas hasta el otro lado de la mesa y Leoncia las guardó en un saquito. El brillo del metal mantuvo distraída a la monja, pero Eilyn detectó algo. No era algo que había, sino algo que faltaba. El anillo trenzado de Sylvan. Una ausencia que se anunciaba a gritos.

Eilyn le cogió la mano.

—¿Qué has hecho con tu anillo?

Leoncia levantó la cabeza.

—¡Ah, sí! —Sylvan mostró una sonrisa ancha y pura. Impecable e inocente. Una de esas sonrisas que precedían a la confesión de una absoluta estupidez—. He conocido a un chico fumando hierbaluna en el barrio alto. Hierbaluna de la buena, de la de casa. Resulta que trabaja como mensajero y a veces va a Ilendalië.

Leoncia se acercó a la mesa y tomó asiento. Por la mirada que cruzó con Eilyn, la mujer ya parecía conocer al elfo lo suficiente como para esperarse cualquier cosa.

—Bueno —prosiguió Sylvan—, el caso es que le he pedido que mande un mensaje.

—¿Qué mensaje? —preguntó Eilyn.

—Pronto se celebrará el Alto Cónclave. Se supone que es el momento en el que se sustituyen los líderes de la Iglesia Élfica. Según Archimel, un momento clave de cambio, ¿verdad? —Leoncia

asintió con desconfianza—. He contado a los elfos el lío que tenéis montado aquí. De las coacciones y del tráfico de influencias, de los abusos del obispo Archimel, de las presiones de los cardenales, de lo que puede hacerse y lo que no. He pedido consejo a los expertos en vuestra iglesia. Si hay algo que podamos hacer para arreglar las cosas antes del Alto Cónclave, ellos lo sabrán.

El elfo masticó el corazón de la manzana y se chupó los dedos.

—¿Y el anillo? —preguntó Leoncia.

—Ah, para que lean la carta a tiempo. Nuestros procesos pueden ser demasiado lentos para las exigencias de los mortales.

Eilyn y Leoncia se miraron. El silencio que mantuvieron se fue volviendo cada vez más amargo. Tanto que hasta Sylvan se dio cuenta.

—¿Qué os pasa? —preguntó el elfo—. No habéis dejado de poner caras raras desde que he empezado la historia.

—Encontraste a un chico fumando hierbaluna —habló Leoncia, despacio—. Te dijo que era mensajero y le diste tu anillo. ¿Es así?

—Bueno, tenía una trenza de Lerian —respondió Sylvan—. Es amigo de los elfos, goza de la confianza de nuestro pueblo. Me miráis como si le hubiera dado mi anillo a cualquiera que pasaba por la calle.

Eilyn posó la mano sobre el hombro de su compañero. Habitualmente se reservaba el contacto físico para dos ocasiones: el sexo y cuando tenía que dar malas noticias. Por la mirada preocupada que le lanzó Sylvan, pareció entender correctamente lo que venía a continuación.

—Estrella mía. Has dicho que la hierbaluna era como la de casa.

—Sí…

—Y sabes quién ha traído recientemente ese tipo de hierbaluna, ¿verdad?

—Nosotros —respondió Sylvan. Su rostro empezó a demudarse—. Pero el chico…

—Sí, nosotros, Sylvan —continuó Eilyn—. Al igual que la verdeseda, los broches, las tiaras, las joyas y todo lo demás. ¿Recuerdas dónde acabó nuestro equipaje?

—Robado. Pero la trenza de Lerian…

—Estoy segura de que ni siquiera sabía lo que llevaba puesto.

La expresión del elfo ya era de completo horror.

—No. Cuando le dije que era una trenza de Lerian, no reconoció el nombre.

Eilyn le acarició la cara.

—No ha ido a Ilendalië. Seguramente ahora estará moviéndose en los mercados clandestinos de la ciudad.

—¿Recuerdas aquel hombre que intentó venderte un laúd robado en el callejón? —intervino Leoncia. El elfo asintió—. Pues algo así, pero con tu anillo.

Sylvan dejó caer los brazos. Era como si acabara de convertirse en un muñeco de cera y empezara a derretirse por el calor. Como con el rostro parecía no ser suficiente, la elfa también le tomó la mano.

—Pero tranquilo —dijo—. Lindeburgo no es tan grande como para que ese chico pueda esconderse para siempre. Está entre estas mismas murallas, como nosotros. Daremos con él.

Leoncia carraspeó, incómoda.

—Puedo preguntar a Julius. No es la primera vez que trafican con reliquias de la Iglesia Élfica. También tenemos algunos contactos en los bajos fondos.

—¿Ves?

—Pero si el ladrón tiene algo de cabeza, ya estará fuera de Lindeburgo. —La monja miró a Eilyn, preocupada—. Con una joya élfica como esa podría empezar una nueva vida en cualquier otro sitio. —Miró a Sylvan—. Lo siento.

El elfo dejó caer la cabeza sobre la mesa.

—Soy imbécil.

# Capítulo 18

—… y salió corriendo de la plaza como un hada fatua al ver un troll —terminó de contar Sylvan. Leoncia le apretó el hombro, mostrando su apoyo—. Soy un inútil, un ingenuo, un desastre. No se me puede confiar nada. En cuanto se me da la oportunidad de arreglar las cosas, vuelvo a cagarla.

El alguacil se mantuvo en silencio, sentado en su escritorio con las manos entrelazadas frente al rostro. Con sus cejas pobladas y su denso bigote, a Leoncia siempre le había parecido un gato viejo. De hecho, cuando pensaba hacía un sonido similar al ronroneo.

—Fumar hierbaluna en lugares públicos está prohibido por ley —dijo el hombre, finalmente—. No conlleva pena privativa de libertad, pero se amonesta con…

—Alguacil —intervino la monja—, Sylvan lo hizo sin conocimiento y ya lo tiene claro. El pobre está destrozado. Vista la situación, creo que podemos dejarlo como un aviso.

El alguacil inspeccionó a Sylvan como si fuera la primera vez que lo viera. El elfo estaba pálido, ojeroso, con el cabello cayéndole lacio y mustio. Era como una planta sacada de su hábitat, a punto de marchitarse. Leoncia nunca había visto a nadie con un aspecto más deprimente. Casi parecía haberse vuelto mortal.

—Está bien —dijo el hombre—. Podemos dejar esto como una advertencia. Buenos días.

El alguacil no dijo nada más. Sylvan y Leoncia siguieron sentados, confusos.

—¿Vais a ir a por el muchacho? —preguntó el elfo.

—Ya hemos tomado la denuncia. Tenemos la descripción del ladrón y del objeto. Si alguna vez aparecen, os avisaremos.

—¿Pero los vais a buscar, no? —Sylvan frunció el ceño—. Las cosas no aparecen si no se buscan.

—Hacemos lo que podemos.

—Pues hacedlo mejor.

Las cejas del alguacil convergieron en el centro.

—Aún estamos ocupados intentando enmendar el desastre de cuando llegasteis. Si os dejáis robar tan a menudo, se nos acumula el trabajo. —El hombre señaló la puerta, indicando que la reunión había terminado—. Buenos días.

Leoncia suspiró y tomó al elfo por el brazo.

—Vámonos, Sylvan. Ya te dije que era inútil venir aquí.

Sylvan se levantó tan rápido que la silla cayó hacia atrás. Golpeó el escritorio con las manos, provocando que la madera crujiera. Tanto el hombre como Leoncia retrocedieron.

—No me gusta que me mientan —dijo, lentamente—. No me gusta que se aprovechen de mí. Y no me gusta la manera en la que me hablas, alguacil.

El hombre, entre asustado y airado, parecía dudar entre sacar el garrote, llamar a sus hombres o huir. Leoncia se descubrió a sí misma conteniendo la respiración. También sintió ganas de correr, como cuando una nube aparentemente plácida desencadena una sucesión de truenos. No supo cómo, pero las contuvo.

—¡Sylvan! Déjalo, no vale la pena.

El elfo miró a Leoncia y, por suerte, pareció serenarse. Levantó las manos, revelando unas abolladuras agrietadas en el barniz de la madera. Salió de la estancia sin decir nada más.

Leoncia lo siguió, no sin antes lanzar una mirada de advertencia al alguacil. No fuera a ocurrírsele hacer una estupidez en el último momento.

Ya en la calle, intentó alcanzar al elfo. Las largas zancadas de Sylvan le daban una ventaja difícil de reducir. Tuvo que correr para ponerse a su altura.

—Oye, lo siento. —Al cogerlo del brazo, el elfo redujo el ritmo—. Sé lo que significaba ese anillo para ti. Aunque el alguacil y sus muchachos no hagan nada, hablaré con Julius para…

Sylvan se detuvo.

—No es por el anillo. —Suspiró con amargura—. Bueno, en parte sí es por el anillo, pero es más por tener que estar alerta en todo momento. Por vigilar en quién puedo y en quién no puedo confiar.

Por pasarme todo el día juzgando las intenciones de la gente. Es muy, muy cansado. —Miró a la monja a los ojos. Aquel verde bosque que a Leoncia siempre le había parecido vivo y vibrante, ahora le parecía marchito—. ¿Cómo podéis soportar esa carga?

Leoncia bajó la mirada, sintiéndose responsable sin saber por qué. Sí, así eran los mortales. Así era la vida en Lindeburgo y en cualquier otra ciudad. Por ello los humanos habían buscado la guía de los elfos siglos atrás. Para seguir su ejemplo y convertirse en mejores personas.

«Y hasta eso hemos corrompido», pensó.

—Sé que tú no tienes la culpa —continuó Sylvan—. Lo haces lo mejor que puedes con nosotros. Y si no fuera por ti, a saber cómo habríamos acabado.

El elfo se separó de Leoncia y empezó a caminar de nuevo. Iba en una dirección diferente al apartamento.

—Espera. ¿Adónde…?

—Necesito pasear solo —dijo, apático—. Después iré al burdel. Me toca con la condesa Fretel.

—No es necesario que lo hagas si no quieres.

El elfo le dedicó una sonrisa cansada antes de desaparecer tras la esquina.

—Lo sé. Gracias.

Leoncia se quedó allí quieta, sola, siendo apenas consciente de las miradas que le lanzaba la gente al pasar. A esas alturas, toda Lindeburgo sabía quién era la monja responsable de los dos elfos que estaban poniendo patas arriba la ciudad.

Emprendió el camino de vuelta al apartamento. No había albergado muchas esperanzas de que las fuerzas de seguridad solucionaran las cosas, pero tampoco había esperado que los despacharan de esa manera. La parte buena era que había sido rápido. Lo sentía por Sylvan, pero puestos a llegar al mismo resultado, mejor no perder el tiempo.

Avanzó deprisa por las calles, lo suficiente para limitar la exposición al intenso sol de la mañana sin cansarse demasiado. Aún no entendía cómo los elfos podían aguantar aquel calor sin mostrar el mínimo signo de sofoco. En esos momentos Eilyn estaría haciendo

su ronda de venta, seguramente tan fresca y elegante como una rosa. Esperaba que vendiera algo, ya más por su propio ánimo que por el dinero. Aunque también les vendría bien más de lo segundo, con lo caro que estaba todo.

Subió las escaleras del edificio sumida en una corriente de pensamientos más mundanos. El día anterior había comprado pescado salado, queso, carne seca y una buena provisión de legumbres y vegetales. La intención era la de ahorrarse algo de dinero cocinando ella misma en lugar de depender de Rita, aunque le consumiera más tiempo. Abrió la puerta intentando recordar dónde guardaba su viejo cuaderno de recetas. Desde que había entrado en la vida monástica, no lo había necesitado para nada. ¿Quizá podía hacer un guiso con…?

Un destello de color la sacó de sus pensamientos. Una flor, de un fucsia tan intenso que casi dañaba los ojos, la recibió desde alfeizar de la ventana. Se acercó a examinarla. ¿Cuándo había florecido la seya? De hecho, ¿cuándo la había regado por última vez?

Se fijó en el resto de plantas. Todas estaban verdes y lozanas. Algunas de ellas, incluso, florecidas.

«Habrá sido Eilyn», pensó, agradecida.

Leoncia sonrió y se tomó un tiempo para disfrutar de aquel pequeño vergel. La zala había empezado a extender sus ramas de hojas diminutas por las paredes, ávidas de altura, y el erceño revelaba unas tímidas flores naranjas. Leoncia las olió y sintió un matiz fresco y dulce. Solo con eso, el pequeño apartamento empezó a parecerse más a un hogar.

Abrió la ventana y rescató la seya de aquel sol infernal. Pensó en llevarla al dormitorio; era el único lugar de la casa al que le faltaba un toque vegetal. Seguro que Eilyn y Sylvan lo agradecerían cuando…

Lo que vio la dejó paralizada en el umbral.

Eilyn estaba en la cama. Llevaba puesta una blanca falda vaporosa, ahuecada entre sus piernas abiertas. Su espalda descansaba sobre un almohadón, que a su vez estaba apoyado en pared. Y su torso, desnudo, se movía al ritmo de aquello que estuvieran haciendo sus manos bajo el vestido.

Se estaba masturbando.

Leoncia sintió un rubor tan intenso que le pareció tener una hoguera frente a la cara. Quiso apartar la mirada, pero no consiguió hacerlo. Habría sido una crueldad para sus ojos perderse la visión de la respiración entrecortada de la elfa, de sus párpados cerrados, de sus labios entreabiertos… Habría necesitado la voluntad de tres mortales juntos para dejar de fijarse en sus pechos, subiendo y bajando al ritmo de sus exhalaciones. La luz del sol, ajena a todo ello, iluminaba una habitación que ya brillaba por sí sola.

Leoncia solo pudo desear saber pintar para plasmar siquiera una pequeña parte de esa belleza.

Eilyn puso una mueca de frustración, agrietando la fantasía. Bufó y, acto seguido, abrió los ojos, acabando por completo con ella. Las miradas de la mortal y de la elfa se encontraron.

Las cejas de Eilyn se alzaron de la sorpresa y Leoncia soltó un grito, haciendo caer la maceta de la seya. El tiesto se partió y la planta quedó erguida sobre un montoncito de tierra. Leoncia dio un par de vueltas sobre sí misma sin saber si huir, ponerse a recoger el estropicio o pensar en una explicación que justificara su presencia. La detuvo la risa cantarina de Eilyn.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó la elfa.

Leoncia la miró y apartó la mirada tan rápido como si se hubiera quemado. Eilyn la observaba con una risueña curiosidad. Su mano, aún activa, se mantenía ocupada debajo de la falda. Leoncia sintió que la hoguera que ardía en su cara se intensificaba.

—Un… sitio para la seya —consiguió murmurar—. Buscaba yo.

Eilyn paró. Se inclinó en la cama y se acercó a Leoncia con curiosidad felina.

—¿Esta es una situación incómoda para vosotros? —preguntó la elfa—. ¿La de encontrar a alguien jugando consigo mismo?

La mente de Leoncia pensó varias respuestas a la vez. Ninguna de ellas consiguió completar el corto camino hasta la lengua.

—Lo siento —dijo Eilyn. Se echó hacia atrás y se tapó con la sábana—. Supongo que sí. Y mucho.

«Ya basta —se dijo Leoncia—. Déjate de tonterías».

Ya conocía a los elfos. Conocía sus inclinaciones. Conocía su cuerpos con ropa, sin ropa y desde todos los ángulos. ¿Por qué seguía turbándose por todo lo que hacían? Si había dos corazones puros en toda Lindeburgo, pertenecían a esos dos seres. Como mínimo, se merecían la verdad cruda y descarnada que esperaban recibir con sus preguntas.

—Que te pillen masturbándote es una situación incómoda —consiguió decir—. Solemos hacerlo en la intimidad, para que nadie nos observe. Probablemente lo hagamos todos, aunque pocos te confesarán que lo hacen.

—Pensaba que tenía intimidad —dijo Eilyn, con cierto reproche—. Se suponía que vendrías más tarde.

Leoncia asintió.

—Ha sido culpa mía. He entrado al cuarto sin llamar y me he quedado mirando más tiempo del debido. No tenía que haber hecho eso. —Sacó fuerzas para decir algo más—. Pero verte me ha parecido bonito.

La expresión de Eilyn se relajó un tanto.

—Estaba practicando lo que me dijiste. Pensar, excitarme, tocarme… Me parece agradable, pero no me llega a prender la chispa.

Leoncia intentó controlar su temblor de piernas. Lo había dicho. Había dicho que le había parecido bonito. Y, sorprendentemente, la tierra no había colapsado.

—Está bien así. Al público le encantará.

—¿Estás segura?

—Quizá… controla ese ceño. Y finge algún gemido de vez en cuando.

—Me gustaría no tener que fingir. —Volvió a llevarse la mano debajo de la falda—. Me gustaría poder disfrutar de esto. De hecho…

Eilyn apartó la mirada. El silencio se alargó. De repente y sin ningún tipo de explicación, Eilyn parecía cohibida.

—¿De hecho, qué?

—Que me ha empezado a gustar en cuanto te he visto.

Leoncia no pudo sonrojarse más porque no había gota de sangre en su cuerpo que no estuviera ya en su cara. La hoguera, por otro

lado, empezó a notarla en un sitio muy particular de su anatomía. Buscó algo que decir: un consejo, una apreciación. Algo que la salvara de quedarse quieta como un animalillo deslumbrado.

—A mí también. Me ha gustado verte, quiero decir.

Eilyn se recostó más. Mostró una sonrisa lánguida e imprimió más intención al movimiento de la mano.

—¿Entonces me das permiso para practicar contigo delante? —preguntó.

—Sí.

Y sin entender del todo cómo, el ser más bello que Leoncia había visto en su vida empezó a tocarse delante de ella.

Observó sin entrometerse. Admiró la pose de Eilyn: los hombros encogidos, el cuello inclinado hacia delante. Sus manos, aun sin haber practicado jamás la disciplina con ella misma, sabían exactamente lo que tenían que hacer. Recorrieron su cuerpo, deteniéndose al final en la cara interna de los muslos. Consiguiendo que Eilyn se abriera de piernas y revelara la joya, húmeda y brillante, que escondía bajo su falda.

Leoncia sintió esa misma humedad en su propio cuerpo.

Con una mano, la elfa se abrió los labios y exploró su interior. Con la otra comenzó a acariciarse los pechos. Su espalda se arqueó y la cabeza se orientó hacia arriba. Su boca se abrió como si fuera a beber de un manantial.

Leoncia observaba atónita. Extasiada. Si su parte racional hubiera estado al mando, se habría marchado de allí. Pero su parte racional estaba ocupada luchando por no ahogarse en aquella marea de emociones. Quizá las más intensas que había experimentado en toda su vida.

Y puesto que esa parte de su mente estaba ocupada con otras cosas, nada impidió que su mano descendiera.

Eilyn la miró. Sus ojos eran pozos de puro deseo.

«¿Me das permiso para practicar?», pensó Leoncia. O quizá lo dijo; en ese momento no tenía nada claro.

La elfa sonrió en respuesta.

—Sí.

La monja liberó ambas manos. Las dejó explorar a placer su propio cuerpo mientras Eilyn se perdía en su éxtasis. Un éxtasis tan vivo, tan bello, que Leoncia parecía una cerilla encendida al lado de un incendio.

Un incendio que la incitaba a consumirse en él.

Leoncia dejó escapar un gemido inesperado, demasiado alto. Sus movimientos se detuvieron: quizá había ido demasiado lejos. Eilyn abrió los ojos y clavó la mirada en la mano de la monja, aún escondida en la parte baja del hábito. Mostró una sonrisa traviesa. Hizo entonces un movimiento con su propia mano, provocándose un gemido aún más agudo.

La llama del placer de Leoncia revivió al instante.

Mantuvieron la vista la una en la otra. Leoncia se perdió en el color miel de los ojos de la elfa mientras oleadas cada vez más intensas de placer amenazaban con arrastrarla a un lugar profundo y mágico. Un lugar del que ya no había vuelta atrás.

Eilyn le hizo un gesto y Leoncia se acercó a la cama, movida por el hechizo de la elfa. Un paso, una sonrisa, un titubeo. Una invitación sincera. El fuego de dos cuerpos que deseaban unificarse.

Se vio a sí misma tumbándose, hipnotizada. Su cuerpo moviéndose por voluntad propia. Eilyn la desnudaba. Ella daba rienda suelta a sus gemidos. Sintió el roce de la piel de la elfa. Y pensó que era lo más maravilloso que había sentido en su vida.

Cuando saboreó sus labios, comprendió que había estado equivocada.

# Capítulo 19

Los estridentes gemidos de la condesa no eran lo suficientemente altos para calmar los pensamientos de Sylvan. Los golpes rítmicos contra su carne, tampoco. El pálido culo de la mujer, dispuesto frente a la cintura del elfo, se ondulaba con cada embestida.

*Plaf, plaf, plaf.*

La condesa, por lo menos, disfrutaba. Para Sylvan era una tarea mecánica, tan poco excitante como recoger manzanas o partir nueces. También era una tarea que requería la misma concentración. Si su pareja sexual hubiera sido otro elfo, Sylvan no dudaba de que lo habría echado a patadas en menos de un minuto.

*Plaf, plaf.*

No dejaba de pensar en que todo era un error. Haber decidido ir a Lindeburgo con un mes de antelación para experimentar la vida de los mortales. Haberse dejado ayudar por aquella banda de ladrones. Haberse ido de la lengua con el hermano Elio. Haberse creído la historia del mensajero.

Haber confiado, en general.

En los elfos se podía confiar. En los mortales, no. Esa era una lección que chocaba contra un muro invisible cada vez que intentaba acceder a la cabeza de Sylvan. Una y otra vez confiaba. Y una y otra vez se equivocaba.

*Plaf.*

Y no solo había arrastrado a Eilyn a ello. No solo había hecho que les robaran todo su equipaje. También había perdido su anillo. Su posesión más especial. Una joya irrecuperable.

*Plaf… plaf…*

Sylvan se quedó quieto, mirando un punto vacío entre él y las nalgas de la condesa. Las manos le caían flácidas a los lados.

—Querido, ¿por qué paras? —La mujer frotó el culo contra la cadera del elfo—. ¿Se me ha acabado ya el tiempo? Solo dímelo y te

cubro de oro.

Al ver que el elfo no contestaba, la condesa se giró. Sus pechos oscilaron como péndulos mientras se colocaba frente a Sylvan, de rodillas sobre el colchón. La sonrisa traviesa de su rostro fue diluyéndose hasta quedar en nada.

—Oh, mi dulce hoguera inmortal, ¿qué es lo que te aflige?

Sylvan apenas oía las palabras de la mujer. Sintió entonces un contacto, suave pero firme, levantando su cabeza. Su mirada se encontró con la de la duquesa, preocupada y brillante a la luz del fuego. Ignorante, inocente. Y rompió a llorar.

Sylvan se abrazó a la condesa como un náufrago a una tabla a la deriva. La mujer, cohibida, acarició su espalda con indecisión.

—No debería haber venido —balbuceó el elfo—. No debería haber venido a Lindeburgo, y mucho menos arrastrar a Eilyn conmigo. No sé nada sobre la Iglesia Élfica. Solo quería ver el mundo mortal. Solo soy un elfo estúpido al que no deberían haber dejado salir de Ilendalië.

La condesa dejó pasar una serie de sollozos antes de hablar.

—¿Por qué dices eso, querido?

Sylvan le contó todo: desde el asalto a su llegada hasta la pérdida del anillo. Pasando por el hecho no menos preocupante de ser un inútil redomado con un cuerpo bonito.

—¿Y ese anillo —preguntó la condesa— te ha costado mucho hacerlo?

Sylvan la miró con incredulidad.

—Pues claro que sí. ¡Es la obra de mi vida!

—De tu vida…

A la mujer se le escapó una sonrisa que no consiguió ocultar a tiempo. Sylvan frunció el ceño.

—No es cosa de risa. La mayor aspiración de un elfo es explotar sus habilidades, exprimirlas al máximo, condensarlas en una creación pura y perfecta.

—Perdona, no era mi intención reírme. Es solo que se me hace extraño.

—Tenemos nuestras leyendas sobre eso —continuó el elfo—. ¿No has oído hablar del Eboi Celeste? ¿De Fëanor y los Silmarils? ¿De la

creación del Antalvalaï?

—Pues… no.

—Es el mayor hito de nuestra existencia. El culmen. Algo irrepetible, perdido para siempre.

Un nuevo ataque de lágrimas asaltó a Sylvan. La condesa le acunó la cabeza.

—Ay, mi fogoso inmortal. ¿Cuántos años tienes?

A Sylvan le pilló desprevenido la pregunta. Era habitual que los mortales se lo preguntaran entre ellos, pero era la primera vez que se lo preguntaban a él.

—No sabría decirte —respondió—. Los humanos dais mucha importancia a eso. Nosotros no.

—¿Aproximadamente? —insistió la mujer—. ¿Cien? ¿Mil? ¿Diez mil?

Sylvan pensó durante unos instantes.

—¿Tú cuántos días tienes?

La condesa puso una mueca.

—Tendría que pedir a mis contables que lo calcularan.

—Yo algo parecido.

La mujer acarició con dulzura la mejilla de Sylvan. Acto seguido, lo tomó de las manos y lo sacó de la cama.

—Ven, vístete. Te llevaré a un sitio que te animará.

* * *

El sol se había escondido lo suficiente para dejar un leve halo añil sobre el horizonte. Los ojos de Sylvan aún podían manejarse entre las sombras, pero la condesa había cogido un farol del burdel para guiarse. Su destino estaba justo al otro lado de la muralla.

Caminaron en silencio. Descendieron las calles adoquinadas de Loma del Príncipe hasta llegar a la ribera. Atravesaron un pequeño pasadizo en la muralla este de la ciudad y llegaron a los campos del exterior. Sylvan preguntó a la condesa por qué habían tomado ese atajo en lugar de salir por el portón. Esta sonrió con el deleite de un niño pequeño pillado en mitad de una travesura.

La mujer caminaba segura, con la confianza de quien ha hecho la misma ruta cientos de veces. Sylvan había escuchado historias de bandidos que engañaban a los incautos, los llevaban a lugares oscuros y apartados y luego los desvalijaban. Y visto todo lo que le había pasado a él, no las veía descabelladas. Se preguntó si la condesa estaría intentando hacer algo así. No parecía de esa gente que robaba. Pero claro, nadie parecía gente que robaba hasta que te robaba.

Pasaron por una extensión de camino flanqueada por árboles. Sus altas y puntiagudas siluetas guiaban hasta un ornamentado arco de piedra. Tras él se distinguían unas pequeñas estructuras marmóreas a medio devorar por las sombras.

Atravesaron el arco y deambularon en aquel laberinto de bloques. Los había cuidados, de un blanco pulcro, tallados con relieves de rostros y plantas. Había otros más abandonados; carcomidos por el tiempo y reverdecidos. También había estructuras altas, como pequeñas casas, y losas de apenas medio metro de altura, clavadas en el suelo de cualquier manera.

Sylvan aún no sabía qué era aquello ni qué hacían allí. Sin embargo, era indudable que aquel sitio era especial. Las historias impregnaban las rocas como si fueran musgo.

La condesa se detuvo frente a un pequeño palacete sostenido por un bosque de columnas. La estatua de un hombre guardaba la entrada. Sylvan la examinó con detenimiento: era un caballero de expresión severa y ropas voluptuosas. La insignia de un águila al vuelo adornaba el pedestal. El escultor había tallado hasta las plumas del ave.

—Es mi marido —explicó la condesa—. Augustus Fretel. Sus restos descansan en este mausoleo. —Hizo el gesto de iluminar el interior. Sin embargo, las sombras tragaron hasta la última brizna de luz—. Al igual que yo y los míos descansaremos aquí algún día.

Sylvan se volvió hacia la mujer.

—¿Tu marido está muerto?

La condesa soltó una risita.

—Como todos los que están aquí, querido. —Movió el farol en un amplio arco—. Esto es un cementerio. ¿Sabes lo que es? —El elfo

negó—. Es donde enterramos los restos de la gente que muere. Levantamos estatuas y traemos ofrendas para recordarlos.

Sylvan echó un vistazo alrededor. Se fijó entonces en las flores secas y en la cera derretida. En los rostros de piedra, que jamás volverían a sonreír. En las placas de las estructuras con los datos de la persona fallecida: nombre, fecha de nacimiento y fecha de muerte. Apenas un parpadeo en la vida de un elfo.

Sintió un vértigo frío y profundo. Una sensación avasalladora que no podía explicar con palabras.

—¿Cómo podéis soportarlo? —preguntó.

La condesa apoyó el farol a los pies de su marido y le dedicó un gesto de cabeza. Un saludo, quizá.

—Recordando que nuestro tiempo es un regalo —respondió—. Da igual qué problema tengas: si te has arruinado, te sientes inútil o has perdido tu querido anillo. Seguimos siendo más afortunados que todos los que yacen aquí.

Sylvan acarició las palabras talladas junto a la insignia del águila. «Augustus Fretel, hombre de virtud».

—La teoría parece fácil —murmuró.

La condesa asintió.

—Y la práctica, difícil. Pero a ti ni siquiera te hace falta. Seguirás estando aquí cuando yo sea polvo. Ni siquiera eso; seguirás estando cuando no quede nadie para recordar tus errores, cuando los marcos que te robaron sean costras de herrumbre y Lindeburgo un páramo de escombros. —La mujer miró al elfo—. Solo quedará tu identidad. Tu integridad. Tu pureza. Y mantener eso es el mayor de los tesoros del mundo. No dejes que te lo quiten por nada.

—¿Mi integridad? Eso es precisamente lo que me mete en problemas.

—¿Y qué más da? —La condesa rio—. Tienes todo el tiempo del mundo para cometer los errores que quieras. ¿Acaso es mejor vivir amargado y vigilante durante una eternidad? No te meterías en tantos problemas, claro, pero perderías lo hermoso de confiar.

—Pero mi anillo…

—Ah, sí. La obra de tu vida. —La condesa hizo un gesto despectivo con la mano—. ¿Acaso eso tiene sentido para alguien que

no puede morir?

—Ya te he dicho que es el culmen de nuestra existencia —respondió Sylvan, serio—. No sabes todo lo que hice para crearlo.

—¿Algo que no puedas volver a repetir?

—Llevé mis habilidades al límite.

—¿Ni aunque pasen varios miles de años?

—No.

—¿Ni aunque pases una eternidad mejorando esas habilidades?

Sylvan meditó unos instantes, sin cambiar la expresión.

—No… No lo sé.

La condesa acarició con ternura el rostro del elfo.

—Tienes suficientes vidas como para llenar todas estas tumbas, querido. Y quien tiene el infinito por delante está condenado a la repetición. Estoy segura de que harás cosas maravillosas con tu tiempo.

Sylvan sonrió. No sintió que el peso que le había atenazado durante los últimos dos días desapareciera, pero sí que se aligeraba un poco. Al final, visitar aquel extraño lugar sí que lo había terminado animando. ¿Por qué no acudía más gente al cementerio?

La condesa lanzó un suspiro de satisfacción. Dirigió entonces la mirada hacia el rostro pétreo de su marido.

—Augustus siempre fue un bobo. Ahora parece tan elegante, tan señorial… Si se viera aquí, seguro que no se reconocería.

Sylvan estudió de nuevo la estatua.

—¿No debería parecerse?

La condesa soltó una suave risa.

—No, querido. Quizá debería ser así, pero la gente tiende a adornar la memoria de los que ya se han ido. Le pedí al escultor que mejorara a mi Augustus en todo lo posible.

Sylvan señaló el palacete.

—¿Y eso? —preguntó—. ¿Se necesita algo tan grande para guardar sus restos?

La condesa volvió a reír, esta vez más abiertamente.

—El mausoleo solo es una demostración. Un reclamo para captar nuevos maridos. Un mensaje que dice «Romannessa Fretel es tan rica y considerada que le da lo mejor a su esposo incluso en la

muerte. ¿Qué no haría por un hombre que le hiciera disfrutar de los placeres de la vida?».

La mujer le lanzó una mirada que Sylvan no supo cómo interpretar. Parecía de lascivia. Pero siendo como eran los mortales, no le encajaba que el sexo en un lugar de memoria a los muertos estuviera bien visto.

La condesa empezó a desabrocharle la camisa. Sí, casi seguro que era de lascivia.

—Mantén tu integridad, querido. Confía, pero no seas indulgente. Si ves que alguien intenta aprovecharse de ti, cuélgalo de los huevos.

Sylvan miró alrededor mientras se dejaba hacer. Se preguntó de cuánto podría ser la multa si lo pillaban allí.

La condesa empezó a besarlo con una pasión torpe y desenfrenada, quizá no del todo cuerda. La ropa de Sylvan terminó cayendo al suelo y la mujer se lanzó sobre su cuerpo. El elfo se encogió de hombros y entró al juego. Al fin y al cabo, no es sexo en público si todo tu público está muerto, ¿no?

Agarró a la condesa por las nalgas y la levantó mientras esta reía. La sentó en la base de la escultura e hizo lo propio con su blusa: la desgarró, liberando sus pechos al fresco de la noche.

La mujer rio más fuerte y se arrojó al cuello del elfo. Mordió con saña. Sylvan sintió la presión de sus dientes amenazando con quebrar su piel. El intenso contacto le endureció el cuerpo.

Se perdieron el uno en el otro, besándose y mordiéndose, hasta que Sylvan probó en sus labios el sabor de la sangre mortal. La mujer rio más alto, ajena al dolor. Sylvan solía contenerse con el frágil cuerpo de los mortales. Con la condesa, al parecer, no tenía que inhibirse tanto. Eso lo excitó aún más.

La mujer bajó de un salto del pedestal, se dio la vuelta e inclinó el cuerpo hacia delante. Entonces se levantó la falda.

—Termina lo que has empezado.

Sylvan obedeció. Sin aparatosas enaguas que lo ralentizaran, el elfo se lanzó rápido al húmedo interior de la mujer. Un gutural gemido escapó de su garganta a la primera embestida.

—El dedo también —murmuró la condesa, jadeando—. Como a mí me gusta.

De nuevo, Sylvan cumplió la orden. La espalda de la mujer se arqueo de placer al entrar en ella por otro camino. La condesa gimió y Sylvan se permitió abandonarse al éxtasis.

*Plaf, plaf, plaf.*

Rieron, gritaron y mordieron, llenando de vida aquel lugar muerto.

# Capítulo 20

*¿Entonces te gustó o no te gustó?*, preguntó el Olmo. *No me ha quedado claro.*

Eilyn tampoco lo tenía claro. Había sentido tantas cosas en tan poco tiempo que le costaba distinguir dónde terminaba una y empezaba otra.

—Fue como hacerlo con una roca cayendo en plena avalancha —explicó—. Como un tronco atrapado en una corriente de agua. A nuestros cuerpos les costaba encajarse. Se nota que no es una elfa.

Aparte, era la primera vez que tenía sexo con una humana: una especie cuyo contacto había evitado a toda costa. Ese choque había desencadenado tantas cosas dentro de su cuerpo que a veces le daba la sensación de estallar de la presión. ¿Cómo se había dejado llevar tanto? Y luego estaba aquello que empezaba a sentir en la boca del estómago. Algo que, sin tener sustancia, le hacía sentirse más ligera y calentita. Mientras no tuviera nombre, no tendría que preocuparse. ¿O sí?

*Me cuesta seguir tus metáforas,* dijo el Olmo.

—Disculpa. Estoy perdiendo la costumbre de hablar con seres vegetales.

*En cualquier caso, ¿repetirías?*

Eilyn permaneció largo rato en silencio, más de lo socialmente aceptado por elfos o mortales. La paciencia de los árboles milenarios invitaba a tomarse esas pequeñas libertades.

—Sí.

Eilyn se sorprendió al escuchar su propia respuesta. Como si aun tras el largo tiempo de reflexión se hubiera precipitado.

*Entonces no ha ido tan mal*, dijo el Olmo. *Esperaré con ansia la segunda parte.*

—No sé si…

*Y la tercera.*

La elfa se movió, tumbada sobre el murete de la fuente. Observó al Olmo torciendo el cuello hacia atrás. El grueso tronco se adivinaba a la luz de la luna. Si los árboles pudieran sonreír, habría jurado que este lo estaba haciendo.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó Eilyn, quizá con más dureza de lo que pretendía.

El Olmo soltó una risa tan suave, profunda y antigua que hizo que Eilyn se sintiera como una niña. Hacía al menos un par de siglos que nadie la hacía sentirse así.

*No. Es que veo el futuro.*

Eilyn le sacó la lengua.

Había pasado un día desde aquel improbable encuentro y, aunque Leoncia apenas había podido pasarse por el apartamento, Eilyn la había tenido muy presente. Especialmente durante sus sesiones de entrenamiento para su espectáculo. Cada vez que pensaba en su cuerpo torpe e imperfecto, en sus movimientos apasionados pero inexpertos, en su mirada de admiración, deseo, juicio y vergüenza… ¡Luz de estrellas! Cuando pensaba en todo eso sentía un calor tan intenso que dudaba de que un árbol pudiera entenderlo, por muy milenario que fuera.

«He tenido sexo con una mortal —pensó, por enésima vez—. Con una MORTAL».

Ni siquiera creía que Sylvan entendiera la dimensión del asunto, pese a que el elfo era capaz de encenderse con cualquier cosa y en cualquier momento. Lo que había vivido con Leoncia había sido tan extraño y tan familiar, tan cautivador y tan prohibido para sus propias convicciones que incluso a ella se le hacía difícil captar toda su complejidad. Probablemente, Sylvan se reiría de la situación. O se encogería de hombros, sin más. Y como Eilyn no deseaba ninguna de las dos reacciones, lo había mantenido en secreto.

Quizá debería haber hecho lo mismo con ese maldito árbol.

—Oye, ni se te ocurra contárselo a nadie.

*Eres la única persona con la que hablo,* dijo el Olmo. *¿A quién se lo iba a contar?*

Eilyn acomodó la cabeza entre los brazos y elevó la mirada al firmamento, ya clareado por la luz del amanecer. Decidió que las

palabras del Olmo eran suficientes para considerar su secreto protegido.

* * *

Llegó el día del espectáculo.

Eilyn estaba nerviosa. Se había despertado nerviosa, había comido nerviosa y había paseado nerviosa por las calles de la ciudad. Se había preparado a conciencia: había practicado e incluso había aprendido a disfrutar en el proceso. Sin embargo, aún se veía inexperta. ¿Desde cuándo los mortales dominaban una técnica sexual que a los elfos ni se les había pasado por la cabeza?

Leoncia había movido hilos y había conseguido atraer a un público casi tan nutrido como el de los buenos tiempos. O, al menos, había arrancado las suficientes promesas para llenar la sala. Enseguida verían si se materializarían.

El sol aún doraba el horizonte cuando Eilyn entró al burdel. Había decidido ir antes para hacer preparaciones. Sylvan se había tomado la noche libre para acompañarla. Solo emocionalmente, esta vez.

—… y cuando nos vayamos, la condesa adquirirá el burdel y hará sus propios espectáculos —explicó Sylvan, mientras bajaban las escaleras del sótano—. Me ha pedido que le ayude con ideas.

Eilyn lo escuchaba a medias, enfrascada como estaba en dejarlo todo en orden. La cama, los asientos, los farolillos… ¿Desde cuándo se había vuelto tan quisquillosa?

—¿Y vas a hacerlo? —preguntó Eilyn.

Sylvan se encogió de hombros.

—Ya le he dicho que sí.

—Yo me pensaría dos veces cualquier cosa que me propusiera esa chalada.

—Si me pensara dos veces todo, no haría la mitad de lo que hago.

Eilyn golpeó un cojín un par de veces para ahuecarlo.

—Pero harías las cosas bien.

—Hum… Eso sí.

Eilyn le sonrió con cariño. Su compañero no era la estrella más brillante de Ilendalië, pero el hecho de que se tomara las cosas con tanta ligereza era algo de admirar. Quizá tuviera que hacer como él.

Sylvan recogió una cuerda del suelo y comenzó a enrollarla.

—Aunque, a estas alturas, ya veo difícil que pueda hacerlas peor —dijo.

Eilyn le tiró el cojín a la cara.

—Eso es porque te falta imaginación.

Sylvan se repuso rápido de la sorpresa. Sonrió. Se preparó para lanzar su contraataque y Eilyn para recibirlo.

El sonido repentino de la campana del burdel los inmovilizó en el sitio. Los elfos se miraron, confusos. Leoncia tenía llave y el público nunca llamaba.

—¿Quién podrá ser? —preguntó Sylvan.

Eilyn se encogió de hombros. Abandonó la cama y se dirigió hacia las escaleras. El elfo la siguió, aún terminando de enrollar la cuerda.

Abrieron la puerta. Un hombre enjuto y calvo los esperaba al otro lado del umbral. Llevaba un uniforme que Eilyn no reconocía.

—Buenas tardes —saludó, dedicando a los elfos una sonrisa picada—. Espero no molestaros con lo inoportuno de la hora, pero cuando he pasado por las mañanas no había nadie. Os sugiero añadir un horario oficial de apertura en el registro.

El hombre atravesó el umbral con total naturalidad. Dejó su morral sobre la barra y se paseó por la estancia con las manos en los bolsillos. Observaba todo con interés.

—No habéis cambiado casi nada —dijo—. Bien, menos líos. Está muy bien como está. ¿Seguís teniendo botellas de ese vino dulce de Urei?

—¿Quién eres tú? —preguntó Eilyn.

—¿No os han informado de que venía? —Los elfos negaron en silencio. El hombre se acercó a ellos, se secó la mano en el pantalón y se la ofreció—. Me llamo Gustaf. Soy recaudador de impuestos, pero no dejéis que eso me etiquete. Me gustan los pájaros y las ruinas antiguas. Y el vino, claro.

Eilyn y Sylvan se miraron. Cada uno encontrando confusión en el rostro del otro.

—Sí, quizá deberíamos sentarnos y entrar en faena. —El hombre sacó un libro de su morral y fue a una mesa. Pasó algunas páginas hasta detenerse en una de ellas—. Las cuentas son un poco confusas, pero seguro que pronto lo aclararemos todo. ¿Qué tal una copita de ese Urei…?

—¿Y qué has venido a hacer aquí?

El hombre levantó la mirada del libro y observó a la elfa.

—Cobraros, naturalmente. Aunque si no habéis preparado la caja, no os preocupéis. Podéis llevar el dinero a la oficina del contribuyente en un plazo de cinco días. —Levantó un dedo—. Con recargo, eso sí. Y teniendo en cuenta que debéis unos cuantos miles, os sale mejor pagar en el acto.

Eilyn vio cómo el rostro de Sylvan empezaba a ensombrecerse.

—Quieres que te paguemos —murmuró—. Varios miles de marcos.

El hombre volvió al libro.

—Cinco mil trescientos dos, sí. Vaya actividad rentable la vuestra, ¿eh? Quizá debería cambiar de trabajo. —Rio con su propio chiste—. Podéis aplicar una reducción por negocio de reciente creación. ¿Nos sentamos y lo vemos? ¿Ha pasado desapercibida mi sugerencia de descorchar…?

—Cinco… Mil… Trescientos… Dos. —Sylvan pronunció cada cifra como si fuera una sentencia. Empezó a avanzar hacia el hombre, lento e imponente como una nube de tormenta—. Cinco mil trescientos dos marcos. Quieres que te paguemos.

El hombre perdió todo atisbo de simpatía al mirar a Sylvan. Quizá incluso perdiera algo de color.

—Los impuestos…

Sylvan lo agarró por el cuello y lo levantó de la silla. El hombre empezó a patalear.

—No me gusta que me tomen por tonto —dijo el elfo—. No me gusta que intenten aprovecharse de mí. Y no me gustan esos impuestos tuyos.

El hombre clavó sus ojos desorbitados en Sylvan. Boqueó como un pez.

—A nadie… le gusta… pagar impuestos.

—Sylvan —dijo Eilyn—. Será mejor que esperemos a Leoncia.

El elfo miró hacia atrás.

—No, Eilyn. Seguro que lo ha enviado Narcise. O Archimel. —Volvió la mirada hacia el hombre—. ¿Quién te…?

Una nube de polvo amarillo estalló entre ellos. Se oyó un golpe. Toses. Maldiciones élficas. Pasos apresurados sobre la madera, internándose en el burdel.

Eilyn se lanzó hacia su compañero, sintiendo un inmenso picor en los ojos al atravesar los restos de la nube. Trató de ignorarlo mientras despejaba el polvo con las manos. Sylvan seguía en el mismo sitio, tosiendo.

—¿Estás bien?

El elfo asintió como pudo. Se frotó el rostro con la manga y miró alrededor. Tenía los ojos lacrimosos y enrojecidos.

—¿Ha salido?

—Ha ido dentro.

Tosió una última vez.

—Vamos.

Sylvan echó a correr y Eilyn lo siguió. Los pasos del hombre resonaban como los de una gran rata buscando una vía de escape. Choques contra las paredes, objetos cayendo al suelo. Los elfos siguieron el rastro del caos hasta el segundo piso.

Sylvan alcanzó al hombre en las escaleras del tercer piso. Se lanzó hacia él, pero solo pudo agarrarlo de un pie.

—¿Quién te envía? —preguntó Sylvan.

—¡Hacienda! —gritó el hombre, al tiempo que se convertía en un torbellino de puños y patadas.

—¡Mentiroso!

—Tengo que cobraros los impuestos sobre vuestras ganancias. ¡Todo el mundo los paga!

Continuó el forcejeo.

—Ese dinero lo hemos ganado nosotros. No te debemos nada.

—Otra vez lo mismo…

—Eres un ladrón. Un aprovechado. Todos sois…

Una patada en el rostro hizo callar al elfo. Sylvan cayó hacia atrás y el hombre huyó escaleras arriba.

—¡Ah!

La cuerda que Sylvan llevaba encima cayó hecha una maraña, enredándole pies y manos. El tiempo que tardó el elfo en liberarse y recogerla fue suficiente para que el recaudador recuperara la ventaja.

Sylvan subió a zancadas, saltando los escalones de cuatro en cuatro, hecho un vendaval de furia. Eilyn corría tras él, oliendo el desastre.

—¡Sylvan! —gritó—. No hagas ninguna estupidez.

Pero el elfo no la escuchaba. El hombre se encerró en el altillo y Sylvan forcejeó con la puerta. Acabó abriéndola de una patada, provocando un espantoso crujido en la madera.

Pasos, golpes, gritos. Cuando Eilyn entró en la estancia encontró al hombre inmovilizado.

—¡Os aviso que atacar a un recaudador es delito! —gritó el hombre, retorciéndose bajo la rodilla del elfo.

—Sylvan, suéltalo —sugirió Eilyn—. Tal vez esté diciendo la verdad.

—Nos ha atacado. No trae buenas intenciones.

—¡Ha sido para defenderme! —se excusó el recaudador.

Se escucharon voces. Los murmullos de los primeros clientes entraban en el altillo a través de la ventana. Al parecer, ya habían empezado a reunirse frente a la puerta.

Sylvan miró en esa dirección. La silueta de una viga con un gancho de izado se recortaba contra el cielo crepuscular. Justo encima de la gente. El elfo sonrió con malicia.

—La condesa Fretel me aconsejó confiar, ¿sabes? —empezó a decir, Eilyn no supo si para ella o para el hombre. Sylvan se levantó, cogió al hombre por el pie y empezó a arrastrarlo hacia la ventana—. Pero también me dijo otra cosa.

Eilyn avanzó hacia él. En cuanto el elfo empezó a desenrollar la cuerda, la elfa vio claras sus intenciones.

—Sylvan. Ni se te ocurra.

El elfo bajó los pantalones del hombre hasta las rodillas.

—Dijo que si alguien intentaba aprovecharse de mí, que le colgara de los huevos.

—¡¿Qué?!

Sylvan empezó a trabajar con la cuerda. Sus manos se movían rápidas y confiadas, como anguilas en el agua. Anudaba y empalmaba con la facilidad de quien quita pétalos a una margarita.

—Tranquilo, te haré un arnés para repartir el peso —explicó—. Solo sentirás un incómodo tironcillo.

El hombre gritó en cuanto el nudo se estrechó alrededor de su escroto. Se retorció y pataleó, pero el arnés constreñía sus movimientos.

Eilyn sujetó a su compañero por el hombro.

—Recuerda lo que hemos hablado de pensar dos veces las cosas, Sylvan. —Lo miró fijamente a los ojos—. Cálmate.

El elfo le devolvió la mirada. Había tal enajenación en ella que Eilyn comprendió que no había nada que hacer.

—Así aprenderán, él y todos los demás, que no se juega con nosotros.

Levantó al hombre como si fuera un saco de patatas, lo colocó en el gancho y maniobró para bajarlo poco a poco.

Eilyn se asomó a la calle. Una veintena de rostros miraban hacia arriba, sorprendidos. Uno solo hacia abajo. El recaudador se retorcía como un pez recién pescado mientras descendía. Su escroto, anudado y enrojecido, coronaba sus posaderas como la guinda de una tarta.

Una sonrisa de maníaco cruzaba la cara de Sylvan. El elfo siguió bajando la cuerda hasta que lo consideró suficiente. Entonces aseguró el extremo a una argolla en la pared y se asomó a la ventana.

—¡Pueblo de Lindeburgo! —exclamó. Su voz atrajo más gente; caminantes curiosos que aparecían por los extremos de la calle—. Este hombre quiere una parte del dinero que hemos ganado honradamente. Entra en nuestro negocio como si fuera su casa, nos pide vino y luego exige que le paguemos. —Se subió al alféizar,

exaltado—. Pero a nosotros no nos engaña: solo es un miserable ladrón. ¡Y esto es lo que los elfos hacemos con los ladrones!

El elfo agarró la cuerda y se deslizó por ella. Saltó antes de chocar contra el cuerpo del hombre y cayó con gracia sobre los adoquines, provocando que la carga se balanceara como el rabo cortado de una lagartija. Para consternación de Eilyn, los transeúntes lo vitorearon.

La elfa puso los ojos en blanco y se apartó de la ventana justo cuando Sylvan empezaba la segunda parte de su discursito. Bajó con la parsimoniosa e inevitable convicción de que estaban a punto de meterse en un lío. Otro más. No hacía ni media hora le había dicho a Sylvan que le faltaba imaginación para visualizar cómo podían empeorar las cosas. No se esperaba que ella tuviera el mismo problema.

Al salir encontró un panorama diferente al que había observado desde las alturas. La calle estaba silenciosa y la muchedumbre había desaparecido; de hecho pilló a un par de rezagados doblando la esquina a la carrera. El recaudador seguía colgado bocabajo, su escroto tan estirado que parecía estar a punto de echar a volar.

Sylvan hablaba con tres hombres. Eilyn se acercó suspirando. Ya había tenido suficientes encontronazos con ellos como para reconocer sus uniformes hasta en la oscuridad.

—¿… esto en las manos? —preguntó Sylvan.

—Solo es protocolo —respondió el que parecía el jefe del grupo. Eilyn lo reconoció: era el barbudo de espalda taurina que los había sacado de la fuente la segunda vez—. Sigue contándome lo del ladrón.

Sylvan extendió las manos y el hombre le colocó unos brazaletes metálicos, que ajustó hasta juntarle las muñecas.

—Nos pidió cinco mil trescientos dos marcos.

—Vaya, eso es mucho. —El barbudo sacó otro par de brazaletes y se agachó—. Junta las piernas por favor.

El elfo obedeció mientras seguía contando la historia. El guardia, asintiendo cuando tocaba, terminó de ajustar el artefacto con un *click*.

—Ahora bajaremos al recaudador y aclararemos todo esto en la comisaría, ¿de acuerdo?

—Ya era hora —gimió el hombre.

Uno de los guardias entró al burdel, subió al altillo e hizo descender la cuerda. Su compañero manejó el cuerpo del recaudador hasta que su cabeza se posó en el suelo con un suave *clock.*

—Ay.

Sylvan siguió discutiendo mientras los guardias forcejeaban con el arnés. Frustrados, acabaron cortando las cuerdas con un cuchillo.

Eilyn decidió que era un buen momento para intervenir.

—Imagino que tendré que acompañaros.

Los tres guardias la miraron. El barbudo sacó otra pareja de brazaletes metálicos.

—Y si lo haces sin armar escándalo, mejor.

# Capítulo 21

—Serán cinco mil trescientos dos —dijo la recaudadora. A Leoncia le pareció que tenía la voz más suave e infantil que había escuchado jamás en un adulto—. Más el dos por ciento de recargo por pagar en oficina, quedaría en cinco mil cuatrocientos ocho, por favor.

Leoncia ya se había anticipado. Había colocado ya tres montoncitos de monedas sobre el escritorio y ahora iba por el cuarto. Lanzó un largo suspiro. Una vez más, veía cómo la bolsa de ahorros se vaciaba.

La recaudadora esperó cortésmente hasta que terminó de colocar las monedas.

—Aquí está todo.

—Perfecto. —La chica sonrió—. Muchas gracias.

—Supongo que nos llegará pronto una citación para… Bueno, ir al juicio por…

—¿Atacar a Gustaf? No te preocupes por eso, puedes abonar la multa directamente.

—¿Aquí?

La chica se inclinó y sacó algo del cajón inferior de su escritorio.

—Rellena este documento con los datos de tu amigo. Son mil marcos. Si esperas la citación, la multa vendrá con recargo.

—Ah. —La monja cogió el papel—. Qué eficiente.

—Estamos acostumbrados. Gustaf las ha visto peores.

—¿Peores que ser colgado por el escroto?

La chica asintió con rotundidad.

—Peores.

Leoncia leyó el documento ante la distrayente mirada de la recaudadora. Tenía los ojos negros, escondidos bajo un denso bosque de pestañas. Su piel morena, sus rizos azabache y sus labios carnosos contribuían a dificultar la lectura. Leoncia se preguntó cómo sería su cuerpo sin…

Negó para sí misma. «No, para. Concéntrate».

—¿Todo bien? —preguntó la chica.

—Todo bien.

Desde que había pasado lo de Eilyn, Leoncia se sentía desatada. Como si se hubiera quebrado una presa en su interior y ahora sus deseos corrieran salvajes y desenfrenados. Su mente la llevó a visualizar a la elfa. Desnuda. En la cama.

«Ya basta».

Se obligó a pensar en cosas tristes, como que volvía a estar arruinada y que Sylvan estaba en el calabozo. Añadió a la lista que había perdido su última oportunidad para cumplir con el pago de la deuda y que el Alto Cónclave se celebraría dentro de dos días, nada menos. ¿Después de eso, qué iba a ser de su futuro?

Paró justo antes de ponerse a llorar. Quizá se había pasado.

—Lo veo todo correcto —dijo, tras terminar de leer el documento—. ¿Tienes una pluma?

La chica le proporcionó una. Leoncia escribió sus datos y los del elfo, firmó y añadió otros mil marcos a la mesa. De haber corrido viento, se habría podido llevar la bolsa.

—Listo. —La recaudadora sonrió—. Que tengas un buen día.

Leoncia salió a la calle sin más miramientos. Esa última sonrisa había sido un golpe fatal para su ya dispersa mente. Caminó hacia la comisaría a paso rápido. Pensó que lo mejor para centrarse era zambullirse en los quehaceres del día. Que, por fortuna para ella, solía tenerlos a toneladas.

La dejaron pasar sin pedirle credenciales ni preguntarle a dónde iba. A esas alturas, la comisaría era como su segunda casa. O tercera, si contaba con el burdel.

«Luz de estrellas. ¿En qué me he convertido…?»

Pasó a la zona de los calabozos. Sylvan dibujaba en su celda habitual, sentado en el catre. Eilyn estaba fuera, hablando con el alguacil.

—… haber puesto vigilancia en el burdel —terminó de decir este—. Sabía que volveríais a hacer de las vuestras. Mis presentimientos se han cumplido.

Los tres giraron las cabezas al sentir la presencia de Leoncia.

—¿Todo arreglado con los impuestos? —preguntó el hombre. Leoncia asintió—. Bien, te dejo con ellos entonces. No causéis más problemas en mi ausencia.

El alguacil se encaminó hacia la salida y cerró de un portazo.

—Gilipollas —murmuró la elfa.

Leoncia cogió un taburete, lo arrastró hasta colocarlo frente a la celda de Sylvan y se sentó. El ambiente había cambiado radicalmente con la salida del alguacil; se había vuelto casi relajante. El elfo era el único huésped de los calabozos en ese momento, así que tenían intimidad.

—¿Entonces era de verdad? —preguntó Sylvan. Dejó el cuaderno en el suelo y miró a Leoncia a través de los barrotes—. ¿No era ningún ladrón?

—Sí, era de verdad —respondió la monja—. Has llevado demasiado lejos lo de desconfiar de la gente.

—Vaya.

Sylvan se dejó caer en el catre como un peso muerto.

—Entiéndelo, Leoncia —dijo Eilyn—. Que se presente un desconocido en tu negocio para pedirte dinero resulta sospechoso.

—Aún no puedo creerme que tengáis que entregar porque sí una parte de lo que habéis ganado trabajando —murmuró Sylvan, con el rostro oculto bajo el brazo.

—Pues así funciona —respondió la monja—. Ese dinero paga el pavimento de las calles, la construcción de las murallas, el funcionamiento del cuerpo de guardia…

—Espera, ¿estás diciendo que pagamos con nuestro dinero al imbécil ese? —preguntó Eilyn.

—Y a todos sus compañeros y la estancia de Sylvan en estas maravillosas instalaciones, sí.

La elfa se cruzó de brazos.

—Curioso…

—E irónico —añadió el elfo.

—El caso es que os lo tendría que haber contado antes —dijo Leoncia—. La culpa ha sido mía.

—No te culpes —dijo Eilyn—. El protagonista de este desastre vuelve a ser Sylvan. Mi estilo es más la mutilación anal.

Leoncia no pudo evitar sonreír. Aun viviendo aquella derrota, sabiendo que no había posibilidad de remontada, se sintió afortunada de tener a esos dos. Después del Alto Cónclave ya se preocuparía por las represalias del obispo. Por el momento, se permitió fingir que jamás llegarían.

—Así que… por los testículos —dijo Leoncia—. Me gustaría haberlo visto.

Eilyn rio.

— Jamás pensé que podían estirarse tanto.

—Cuando el tipo bajó parecía que llevaba un reloj de péndulo entre las piernas —aportó Sylvan—. Podría anudárselos, de hecho. Como disculpa. Así no se le caerían tanto.

—Mejor déjalos como están —dijo Leoncia—. Seguramente acabarán volviendo a su sitio.

Pasó un agradable momento de silencio. El primero de calma que había tenido en todo el día.

—Bueno —intervino Sylvan—, supongo que volvemos a ser pobres, ¿no?

—Como ratas —respondió la monja—. Y diría que es difícil que cambie la situación.

—A mejor —añadió Eilyn. Sylvan y Leoncia la miraron—. Que cambie *a mejor*. Hemos demostrado que a peor siempre puede ir.

Leoncia asintió.

—Gracias por el…

La puerta de la estancia de los calabozos se abrió con un quejido metálico. Todas las miradas volaron hacia allá.

—¡Mensaje para vosotros! —gritó una voz masculina desde el exterior.

Una muchacha enjuta y tímida pasó y avanzó hacia ellos. A Leoncia le recordó a un roedor asustadizo. Llevaba el uniforme de los carteros.

—¿Eres Leoncia? —preguntó—. ¿Del convento de la Ribera?

—Hum… Sí, soy yo.

La chica rebuscó en su morral y sacó una carta.

—Para ti.

La mensajera entregó el sobre y corrió hacia la salida como si el edificio estuviera en llamas. La monja miró atrás, por si se había perdido algo. La distrajo el roce del cabello de Eilyn en su cuello. Su olor a frutas silvestres, el calor de su cuerpo… Por un momento, se le olvidó dónde estaba.

—Parece importante —dijo la elfa.

Leoncia tardó otro instante más en volver a la carta. Observó el sello. Eilyn tenía razón: era importante.

—Es el sello personal de Archimel —murmuró, sintiendo cómo su estómago se convertía en fría piedra.

Abrió el sobre al tiempo que Sylvan se levantaba del camastro y se acercaba a los barrotes. Leyó rápido y en silencio, moviendo los labios sin producir sonido. Pensó que cuanto antes acabara, antes pasaría el mal trago.

Dejó caer la mano. Estaba equivocada: dolió igual.

—¿Qué dice? —preguntó Sylvan.

Silencio. Leoncia sintió la mano de la elfa en su hombro. No se sintió mejor, pero sí más sólida. Al menos, lo suficiente para encontrar la voz.

—Archimel os perdona la deuda a cambio de que abandonéis la ciudad antes del Alto Conclave. También pide que jamás regreséis a las Tierras Mortales.

—Vaya, qué considerado —dijo Eilyn.

—¿Entonces esto no tiene nada que ver con lo del recaudador? —preguntó Sylvan.

Leoncia leyó en alto, esforzándose por controlar el vértigo.

—«… teniendo en cuenta el desastre acontecido con el recaudador en vuestro infame burdel, lo mejor será despedir a los inmortales del Bosque para que no provoquen ningún conflicto más en nuestras tierras».

—Sí, tiene bastante que ver con lo del recaudador —aclaró Eilyn.

Sylvan asintió con gravedad. Paseó por la celda y volvió a acercarse a los barrotes.

—Bueno, ya me da igual perderme el Alto Cónclave —dijo—. De hecho, ya me da igual todo. Tranquila, Leoncia, no es tan grave.

—Y más si nos perdonan la deuda —añadió Eilyn—. Archimel ha renunciado a sus ambiciones. Esa es una buena noticia.

—Quizá no sea grave para vosotros —murmuró la monja. Sintió cómo las piernas le temblaban, cómo la garganta se le cerraba. Tomó asiento en el taburete. Las miradas de los elfos cayeron sobre ella, preocupadas. Supo que si no hablaba entonces, ya no tendría oportunidad de hacerlo—. A mí me han excomulgado.

Se echó a llorar.

# Capítulo 22

Había muchas cosas sobre las Tierras Mortales que aún confundían a Sylvan. No tenía claro cuándo era legítimo que una persona se aprovechara de él y cuándo no; ambos contextos eran demasiado parecidos para diferenciarlos. No tenía claro el sentido de encerrarlo temporalmente en una celda; que él supiera, ninguna de sus visitas le había aportado nada. Y tampoco tenía claro qué significaba lo que había dicho Leoncia. Lo único que tenía claro en ese momento, tanto que brillaba con una claridad cegadora en su mente, era que podría arrancarle la cabeza a Archimel y comérsela cruda sin pensar en las consecuencias.

*Nadie* debía hacer llorar a Leoncia.

—Me han echado de la Iglesia Élfica —aclaró la monja, cuando pudo recuperar la voz. Sylvan agradeció la explicación—. Me expulsan del convento y me prohíben participar en las ceremonias.

El elfo intercambió una mirada con Eilyn a través de los barrotes. Al parecer, la elfa también estaba pensando en la cabeza del obispo.

—Oh… —murmuró Sylvan.

—Pero aún tienes el apartamento —dijo Eilyn—. Y seguro que aún queda algo de dinero para que puedas empezar una nueva vida. Recuerda que ya no tenemos que pagar la deuda.

Leoncia negó al tiempo que se sorbía la nariz.

—No lo entendéis. Soy débil y patosa. Y estúpida también. Mi familia me metió al convento porque no valía para nada más.

—No creo que seas nada de eso —dijo Eilyn.

—¡Pues sí! Soy todo eso. —Leoncia se secó las lágrimas. No sirvió de mucho, ya que sus ojos enseguida volvieron a anegarse—. Y ahora, además, demasiado vieja como para meterme de aprendiz en cualquier profesión. ¡Luz de estrellas! Y encima me conoce todo el mundo. Nadie querrá dar trabajo a la monja del burdel.

Leoncia soltó un largo sollozo. Eilyn la acunó torpemente entre sus brazos, como si no supiera si hacía lo correcto. Sylvan agarró los barrotes, frustrado. Era sorprendente cómo una persona tan capaz podía contarse a sí misma tales mentiras. Y aun así, el elfo entendía perfectamente esos sentimientos. Su amplia experiencia como inútil y estúpido lo facilitaba.

—Eilyn y yo lo solucionaremos —propuso—. Se supone que nos adoran, ¿no? Algo podremos hacer para que vuelvan a admitirte.

Leoncia volvió a negar. La cabeza enterrada en el pecho de la elfa.

—No, ya lo dijo Archimel el día que os conocisteis. No formáis parte de la Iglesia Élfica. Solo un sacerdote o alguien con rango superior podría volver a bautizarme, pero nadie va a querer enfrentarse a Archimel.

—¿No podemos interceder de ninguna manera? —preguntó Eilyn.

Sylvan agitó los barrotes, presa de una impotencia cada vez mayor. El quejido metálico que reverberó por toda la estancia.

—Sacadme de aquí. Si el obispo no quiere colaborar por las buenas, lo obligaremos por las malas.

—No tenemos la llave, Sylvan —dijo Eilyn—. Y no creo que sea buena idea.

—Pues traedme una cuerda. —El elfo señaló el hábito de la recién excomulgada monja. La soga que le ajustaba la prenda a la cintura—. Con eso me valdrá. Conozco un nudo que…

—Déjalo, Sylvan —ordenó Leoncia. El abatimiento de su voz era tal que el elfo sintió un peso real en él—. Eso solo empeoraría las cosas. Además, debéis iros. Os han echado de la ciudad.

—No nos iremos hasta recuperar lo que es tuyo —dijo Eilyn.

—Lo arreglaremos —intervino Sylvan—. Sabemos lo que es estropearlo todo, Leoncia. Lo hacemos una y otra vez. No nos asusta…

—No hay nada que arreglar, Sylvan —interrumpió Leoncia. Yo…

La puerta de acceso a los calabozos volvió a abrirse.

—¡Mensaje para vosotros! —se escuchó de nuevo.

—¡Ay, por favor! —murmuró Leoncia—. ¿Esto no va a acabar nunca?

Esperaron a que entrara el mensajero. Sylvan caminó por la estancia solo para recordarse que podía, aunque fuera en un espacio minúsculo. Quería disfrutar al menos de esa pequeña libertad.

No solo estaba atrapado en sentido literal; también se sentía atrapado en una corriente, en un remolino que amenazaba con tragarlo y hundirlo. Si aceptaba lo que le decían, era un crédulo y un tonto. Si no lo aceptaba, incumplía alguna ley que le hacía acabar empobrecido y encerrado. Tenía la sensación de estar jugando a un juego cuyas reglas no conocía, que se alteraban y amoldaban a los caprichos de todo el mundo menos a los suyos.

Había intentado jugar según esas reglas y había fracasado. Pero ahora había cruzado una línea. Ahora…

—… echáis una firma por aquí —dijo una voz conocida—. Traigo mercancía valiosa, necesito un acuse de recibo.

Sylvan alzó la mirada y encontró un rostro familiar tras los barrotes. Un rostro aniñado, surcado de marcas de acné.

—¡Tú! —dijo el elfo.

El grito captó la atención de Eilyn, Leoncia y el recién llegado, que dejaron enseguida lo que estaban haciendo.

—Yo —respondió el chico—. ¿Sabes lo que me ha costado encon…? ¡Eh!

Sylvan se lanzó hacia los barrotes. Alargó la mano, pero esta solo capturó aire. El chico chocó contra la pared al retroceder.

—¡Ladrón! —gritó el elfo—. A ti sí que te voy a colgar, sí… Voy a estirar tus huevos hasta que quepan por una cerradura.

Agitó el brazo, intentando ganar algunos centímetros. Eilyn reaccionó y se lo bajó de un golpe.

—¿Pero se puede saber qué te pasa?

El elfo mantuvo la mirada en el recién llegado. Respiraba con agitación, como un perro rabioso. Eilyn siguió la mirada de su compañero.

—¿Quién es este? —preguntó.

Sylvan sonrió. La sonrisa se convirtió en risa. La risa, en carcajada de maníaco. Quizá era eso: ni juegos ni reglas. Sencillamente, había perdido la cabeza.

—El que se llevó mi anillo.

Un pesado silencio cayó sobre la estancia.

—¿Este? —preguntó Leoncia.

—Eh, que conste que me lo dio él para agilizar la recepción del mensaje —dijo el chico.

Se hurgó entonces en los bolsillos y sacó la joya. Ahí estaba: brillante, impecablemente trenzada, un faro de perfección en aquel mar de caos. Se la dio a Eilyn.

—Cógela tú. A mí me va a arrancar el brazo.

Eilyn recogió el anillo y se lo pasó a Sylvan a través de los barrotes. El elfo lo agarró con ansia y lo inspeccionó con suma atención. Sí, definitivamente era el suyo. Al ponérselo en el dedo sintió que volvía a respirar.

—Y esto también. —El chico dio una carta a Eilyn, que a su vez pasó a Sylvan—. ¿Ahora me podéis decir qué pasa?

—Creo que ha habido un malentendido —comenzó a explicar Leoncia, cohibida—. Le dijimos a Sylvan que quizá no fueras un mensajero real, que te habías aprovechado de él para quedarte con el anillo.

—Solo que sin el «quizá» —matizó Eilyn.

—No sabías lo que era una trenza de Lerian —dijo Sylvan, señalando el broche del chico—, a pesar de asegurar que te la había entregado mi pueblo.

—Pues claro que sé lo que es —se defendió este—. Aquí las llamamos «florecillas». Siempre ponéis nombres raros a las cosas.

—¿Y la hierbaluna? —preguntó Leoncia.

—La compré en el Bosque. Como dije, soy mensajero y…

—¿Y el uniforme? —preguntó Eilyn—. La mensajera anterior llevaba uno puesto.

—¡Porque no estaba de servicio! —explicó el chico, empezando a exasperarse—. Mirad, yo estaba tan tranquilo cuando llegó vuestro amigo y me pidió llevar un mensaje al Bosque a toda prisa. Ni siquiera tuve tiempo para despedirme de mi madre. La he tenido preocupada todos estos días, ¿sabéis? —Señaló el anillo de Sylvan—. Y porque me han pagado bien al enseñar eso, que si no, os estaría exigiendo una buena compensación.

—Vaya, gracias —murmuró Leoncia.

—Todo un detalle —aportó Eilyn.

—Entonces… ¿no eres un ladrón? —preguntó Sylvan.

Le costaba creer que los dramas que había sufrido durante los últimos días habían tenido origen en un simple malentendido. Era casi más fácil seguir pensando que le habían estafado que corregir toda aquella historia.

—Tenías razón, Sylvan —murmuró Eilyn, casi tan sorprendida como él—. Aún queda gente en la que se puede confiar.

El mensajero los miró a todos, puso los ojos en blanco y recogió su morral del suelo.

—En fin, que tengáis suerte con lo que sea que estéis tramando. Yo me largo de aquí.

Caminó hacia la salida y desapareció como un espejismo. Sylvan se quedó un rato mirando la puerta, aún con una parte de su cabeza preguntándose si aquello había sido real. Tuvo que palpar su anillo para asegurarse de que seguía ahí.

—Bueno, ¿vas a leer eso? —preguntó Eilyn.

El elfo miró el sobre, todavía entre sus manos. Claro, el mensaje; por eso se había metido en ese lío. Las primeras noticias de Ilendalië desde que Eilyn y él llegaran a las Tierras Mortales.

Abrió la carta y se sumergió en aquel apacible mar de caligrafía élfica.

—Apreciado Sylvan —leyó en alto—, lamentamos escuchar las noticias que nos traes. Es una verdadera lástima que la Iglesia Élfica de los mortales se haya desviado tanto de los preceptos que una vez les dimos. Lo que una vez fue un faro de iluminación para ellos, ahora… Bla, bla, bla… Cosas tristes y largas.

Leoncia, mientras tanto, recogió una caja del suelo. Se la debía haber dejado el mensajero.

—Hace ya tiempo detectamos esa tendencia y decidimos hacernos a un lado —prosiguió Sylvan—. En su momento acordamos no intervenir, puesto que los asuntos de los humanos solo les incumben a ellos. Sin embargo, la gravedad de tus exposiciones nos ha hecho replantearnos esa postura. Hemos llegado a la conclusión de que la reputación de nuestro pueblo no debe mancillarse con las acciones envilecidas que los mortales llevan a cabo en nuestro

nombre… Bla, bla, bla. —Sylvan empezó a leer por la otra cara. Mientras tanto, Leoncia luchaba por abrir la caja—. Por ello, os enviamos algo que quizá ayude a mejorar las cosas. Confiamos en vuestro criterio para entregarlo al mortal que creáis oportuno. Alguien que pueda restaurar y defender la sabiduría y las libertades que en su día regalamos al pueblo humano.

Leoncia consiguió abrir la caja. Maravillada, sacó una trenza de Lerian.

—¿Y esto?

El elfo continuó.

—También entregamos a Leoncia el reconocimiento de amiga de los elfos. Los favores que os ha hecho a nivel personal han trascendido hasta la totalidad del pueblo élfico. Esperamos que lo lleve con orgullo. —Sylvan levantó la mirada de la carta—. Es tuyo, Leoncia.

—¡¿Para mí?!

Eilyn cogió la joya y la prendió en el hábito de Leoncia. Los ojos de la monja volvieron a humedecerse. Esta vez, sin embargo, con un evidente matiz de regocijo.

Sylvan leyó el último párrafo.

—Damos el visto bueno a vuestro juicio y, por tanto, a vuestra amiga Leoncia…

—Hay algo más en la caja —murmuró Eilyn.

—… que será una digna candidata para recibir y hacer uso de la reliquia…

—¿Reliquia? —preguntó la monja.

—… que os enviamos junto con nuestros mejores deseos.

Eilyn sacó una corona cristalina que refulgía con destellos irisados. Delicados filamentos, exquisitas tallas milimétricas. Luz pura condensada en la palma de la mano.

—Así pues, os hacemos entrega del Antalvalaï —continuó Sylvan—. Usadlo con sabiduría. Que la luz de las estrellas os guíe… Bla, bla, bla. El pueblo élfico.

El silencio cayó como una losa.

—Perdón —murmuró Leoncia. Empezó entonces a dar vueltas por el pasillo, agitando las manos—. Perdón, perdón, perdón.

—Señaló la corona—. ¿Me estáis diciendo que esa cosa es el Antalvalaï? ¿El mismo Antalvalaï que llevó Liverna la Luminosa?

—No hay otro Antalvalaï —dijo Eilyn—. Que yo sepa.

—Ay. Ay, bendita luz de las puras miradas de los inmortales olvidados. ¿Y quieren que la lleve yo?

Sylvan estudió la joya con ojo crítico. Había cristal fino del Seh, fundido y trenzado de tal manera que la forma pareciera agua en movimiento. Tres gemas de dolorita del lejano norte adornaban la base, brillantes y pequeñas como estrellas. Y aquella luz onírica que eclipsaba cualquier otra.

El Antalvalaï ya era una leyenda cuando Sylvan aún gateaba. Sin embargo, más allá de la historia de su manufactura, Sylvan no sabía mucho más de él.

—¿Qué se me está escapando? —preguntó—. ¿Qué pasa si te lo pones?

—Creo que tienen que hacerle caso, o algo así —explicó Eilyn—. Se convierte en el nuevo obispo Archimel.

La elfa hizo el amago de colocarle la corona en la cabeza. Sin embargo, Leoncia retrocedió.

—Llevar el Antalvalaï no serviría de nada. Antes tendrían que volver a bautizarme, aceptarme de nuevo en el seno de la Iglesia Élfica. Y vosotros no…

—Sí, sí —dijo Sylvan—. No formamos parte. Entendido.

La monja continuó hablando. Su mirada no se apartaba de la joya.

—El portador del Antalvalaï tiene el poder de hacer y deshacer a su gusto las doctrinas más sagradas de la Iglesia Élfica, como hizo Liverna la Luminosa. Puede hacer maravillas y atrocidades. Su palabra se convierte en norma.

—¿Entonces tendrías un rango mayor que Archimel? —preguntó Sylvan.

La monja asintió.

—¿Te convertirías en papisa? —preguntó Eilyn, riendo de incredulidad—. ¿Así, de golpe?

—No, papisa no —corrigió Leoncia. Acercó los dedos a la corona y la acarició con timidez, como si temiera despertarla—. Me

convertiría en la cabeza absoluta de la Iglesia Élfica. Me convertiría en santa.

# Capítulo 23

El torbellino de emociones continuó durante las horas siguientes. Primero vino la euforia de tener una solución al alcance de la mano. Luego, las dudas sobre la dignidad de portar la reliquia. Después, la discusión acerca de si Leoncia era la persona adecuada. Finalmente, Eilyn, Sylvan y la antigua monja se sumieron en la elaboración de un plan para celebrar la coronación.

La estrategia incluía a Julius, un soborno y una ceremonia exprés. El monje era el único clérigo de confianza que poseía el rango suficiente para celebrar un bautizo. Leoncia aseguró que Julius participaría en el plan: al fin y al cabo, había demostrado numerosas veces estar de su lado. Además, ganarse el favor de la nueva santa de la Iglesia Élfica era algo demasiado suculento como para desaprovecharlo.

Así, con todo decidido, se pusieron a trabajar.

Eilyn acompañó a Leoncia al convento para que esta recogiera sus cosas y las llevara al apartamento. Habrían contratado los servicios de un porteador, pero el contenido de la bolsa no daba para ello. Puestas a elegir, Eilyn y Leoncia prefirieron dedicarlo a algo más provechoso como asegurarse tres comidas al día.

Después volvieron a pasarse por la comisaría. Leoncia debía firmar documentos relacionados con la liberación de Sylvan, que tendría efecto al día siguiente. Al elfo no pareció importarle. A Eilyn, aún menos.

Oscureció poco después de terminar con todo. Para entonces, la elfa solo podía pensar en que aquella noche tendría nueva compañera de cama.

—Intenta relajarte —susurró.

Sus manos se movían como hiedras en crecimiento. Acariciando los muslos abiertos de Leoncia, pasando por debajo y ascendiendo por la parte exterior. Su lengua saboreaba la piel expuesta, como si

fuera el ansiado néctar y Eilyn un colibrí hambriento. Al frente, la joya del jardín refulgía de color y humedad. Una rosa abierta que no por ser mortal era menos bella.

Eilyn lamió de abajo a arriba con lentitud deliberada. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Leoncia. Se detuvo en el clítoris, provocando que el escalofrío se transformara en una serie de pequeños espasmos. Leoncia arqueó la espalda y eso obligó a Eilyn a recolocarse. Observó el sexo de la mortal, abierto frente a ella. Tan similar y a la vez tan diferente de todos los que había lamido antes. Incluso tenía un sabor exótico. ¿Sería cosa de mortales o…?

—No puedo —dijo Leoncia, apartándose de Eilyn.

Se quitó el Antalvalaï de la cabeza. Eilyn se lo había puesto a modo de juego; una fantasía que había evolucionado en un masaje relajante y finalmente en… Bueno, en lo que se transforman los masajes cuando dos personas están desnudas.

—No tienes que sentirte culpable —murmuró Eilyn. Empezó a escalar sus muslos a base de besos—. Ahora no formas parte de la Iglesia Élfica. Ya no soy tu diosa, o lo que se supone que…

Leoncia detuvo el avance de la elfa plantandole un pie en la cara. Eilyn decidió pasar por alto aquella afrenta en nombre de su propia excitación.

—No es por eso. —Leoncia agitó el Antalvalaï—. Es por esto. ¿Y si sale mal?

Eilyn lanzó un largo suspiro y se incorporó. Tenía siglos de experiencia en reconocer cuándo un juego sexual estaba condenado al fracaso.

—Has dicho que la conversación con Julius ha ido bien, ¿verdad? —Leoncia asintió—. Te bautizará, lo atestiguamos, lo registrará en los anales y te coronaremos con el Antalvalaï. Y para cuando Archimel se entere, podrás darle una patada en el culo con todas las de la ley. —La antigua monja sonrió. Eilyn le acarició la mejilla—. Ya lo hemos hablado. Has sacado adelante cosas mucho más complicadas.

—Ya, pero… ¿Y si no soy una buena santa?

—¿Peor que Liverna la Luminosa? Según lo que contáis sobre ella, no dejó muy alto el listón.

—¿Y si no quiero tanto poder?

—Eso es una pregunta que debes responderte tú. ¿Qué es lo que quieres exactamente?

—Quiero mejorar las cosas. Quiero acabar con este juego de influencias. Quiero dar su merecido a Archimel, a Narcise y al resto de cardenales corruptos. —Leoncia abrazó la almohada—. Pero también quiero recuperar mi vida. Tal y como era antes.

—Sabes que conseguir todo a la vez es imposible, ¿verdad?

—Lo sé. Eso es lo que me asusta.

Eilyn besó a Leoncia con la suavidad del primer copo de nieve. Al apartarse, la mortal sonreía con los ojos cerrados. Cuando las palabras dejaban de funcionar, había otros métodos para calmar miedos.

—Hagas lo que hagas, estará bien. Y hagas lo que hagas, lo harás bien. —Eilyn se situó detrás de Leoncia y colocó las manos sobre sus hombros—. Ahora relájate.

—¿Es una orden de mi diosa?

—Exactamente.

La elfa comenzó a masajear, consiguiendo que la sonrisa de Leoncia se ensanchara.

—Sabes que ya no tengo que seguir tus designios.

—Pues no veo que te apartes.

Eilyn probó el sabor del cuello de Leoncia, recibiendo un gemido en respuesta. La mano de la mortal respondió acomodándose entre las piernas de la elfa. Eilyn sonrió.

Quizá aún podían seguir jugando.

# Capítulo 24

Cuando Leoncia se despertó, sintió que no había dormido en toda la noche. Tanto para bien como para mal.

Aparte de los besos de Eilyn, de los que no tenía queja alguna, la habían acompañado las preocupaciones, las dudas y los miedos. Y salvo los besos de Eilyn, que ya empezaba a echar de menos, todo lo demás seguía con ella. Ni siquiera la imagen de la elfa durmiendo desnuda fue suficiente para distraerla. Bueno, quizá un poco.

Preparó un desayuno frugal, más por inercia que por hambre. Sentía el estómago tan cerrado que no le cabía ni un alfiler. Aun así, se forzó a comer. Necesitaría toda la energía disponible para acometer el día.

—¿Lista?

Eilyn se había levantado y había ido directamente a mimar las plantas. Leoncia había descubierto que la elfa dedicaba, por lo menos, una hora al día a hablar con ellas. En su opinión, se pasaba de absorbente; Eilyn la había regañado en más de una ocasión por cambiarlas de sitio o regarlas sin su permiso. Aun así, el resultado merecía la pena. La casa estaba tan florida que parecía un jardín.

—No —respondió Leoncia.

—Bien. Nuestros sabios dirían que la humildad es un requisito indispensable para portar el Antalvalaï.

—Te puedo decir dónde me meto las opiniones de tus sabios.

Eilyn levantó la mirada de la zala.

—Me pregunto dónde ha quedado tu timidez.

—Creo que tú debes saber algo.

Eilyn sonrió. Para Leoncia fue como recuperar, por lo menos, un par de horas de sueño.

—¿Cuándo has quedado con Julius?

—A las doce. —Leoncia se llevó las manos a la cabeza—. ¡Ay! No queda nada.

—¿Nada? Sylvan podría agredir a tres personas, quemar Lindeburgo y sacar diez kilómetros de ventaja a las autoridades antes de las doce.

—Menos mal que sigue encerrado, entonces.

—Diría que me preocupa cómo ha dormido —dijo Eilyn—. Pero no me importaría que pasara otra noche en prisión.

Leoncia sonrió ante la mueca taimada de la elfa.

—Eres mala.

Terminaron el desayuno, se prepararon y salieron a la calle. Hicieron el camino a comisaría por la ruta habitual, bajo el calor habitual, recibiendo las habituales miradas huidizas de la gente. Leoncia se sentía terriblemente expuesta, como un ladrón en pleno golpe. Como si cada una de las personas con las que se cruzara pudiera colarse en su cabeza y saber lo que estaba a punto de hacer.

Supuso que el hecho de no llevar el hábito en público, por primera vez en varios años, contribuía a minar su confianza.

«Una santa —pensó—. ¡Luz de estrellas! Voy a convertirme en *santa*».

Eilyn le ordenó tres veces que se relajara antes de llegar a la comisaría.

Sylvan salió por la puerta exhibiendo la sonrisa más luminosa que Leoncia le había visto en días. Si había pasado una mala noche durmiendo en el calabozo, no lo parecía.

—He pensado que me merezco una disculpa —dijo, jugueteando con su anillo—. No confiasteis en mí cuando os conté lo del mensajero. Y ahora quién ha arreglado todo, ¿eh?

—Ya te hemos dicho que lo sentimos —dijo Leoncia.

—No, no lo habéis dicho.

—Lo haremos en cuanto se arregle todo de verdad —dijo Eilyn—. Aún te lo tienes que ganar.

Se dirigieron hacia el convento, Leoncia sintiendo el corazón desbocado y más calor que cuando llevaba el hábito. Se detuvo un par de veces para serenarse. No podía permitirse caer fulminada antes de encontrarse con Julius.

—Habláis vosotros —ordenó Leoncia, jugueteando ansiosamente con la trenza de Lerian. Había decidido llevarla con la esperanza de que le diera entereza. Por el momento, no estaba funcionando—. No sé si me va a salir la voz.

—¿Para qué vas a tener que hablar? —preguntó Sylvan.

—No lo sé, para lo que sea.

—Julius te bautiza, lo registra y nosotros te coronamos —recordó Eilyn—. Listo. Tú solo tienes que quedarte ahí de pie, sin hacer nada.

—De pie —repitió Leoncia—. Me pides demasiado.

Entraron en el convento y avanzaron por las zonas menos concurridas. Aun así, atraían miradas como un farol atraía mosquitos. Por suerte, nadie se les acercó.

Llegaron al sitio convenido: una capilla alejada, semiderruida y reclamada por la vegetación. Leoncia solo había entrado allí el día de su ordenación, cuando le mostraron las instalaciones. No se le había ocurrido un sitio más íntimo.

Encontraron a Julius en el altar, moviéndose de un lado a otro. La repentina penumbra ocultaba su expresión. Aun así, Leoncia intuyó que estaba casi tan nervioso como ella.

—Ah, ya estáis aquí —dijo el monje—. ¿Traéis el Antalvalaï?

La elfa lo sacó de su morral y lo mostró en alto. La joya concentraba la poca luz del lugar y la reflejaba en destellos irisados. La mirada de Julius se tiñó de admiración.

—Nunca me lo había imaginado así —murmuró—. Pero claro… No podía ser de otra manera.

Leoncia avanzó hasta el altar. Un pequeño estanque bautismal se abría en el suelo, saturado de verde por años de negligencia en su mantenimiento. La antigua monja puso una mueca de asco al visualizar su cabello chorreando aquellas aguas. Con todas las fuentes que había por Lindeburgo, precisamente había tenido que elegir esa.

En el altar esperaba un libro abierto y una pluma. Pronto el nombre de Leoncia estaría entre esas páginas. Volvería al seno de la Iglesia Élfica, de donde nunca debería haber salido. Y un instante después, lo catapultarían a la cumbre.

El vuelco que sintió en el estómago no tuvo nada que ver con el verdor del agua.

Julius se colocó a su lado.

—¿Quieres arrodillarte o…?

—¿Arrodillarme?

—Ay chica, por darle un poco más de formalidad. No todos los días se pasa a la historia.

Leoncia miró a los elfos, que respondieron con un encogimiento de hombros. Pensó que quizá sí era buena idea arrodillarse, y ya de paso echar la cabeza hacia delante todo lo posible. Cuanto menos la tocara aquella agua, mejor.

Se agachó, controlando como pudo el temblor de las piernas. Julius tomó un cuenco y se aproximó a la fuente, arrodillándose a su vez. Ella cerró los ojos. Sintió la frescura del suelo, el olor a musgo y abandono. Un pájaro trinaba una y otra vez en algún lugar del techo. A Leoncia le dieron ganas de decirle que se callara.

Su mente corría desbocada, al igual que su corazón. Su respiración tampoco se quedaba corta. ¿Así era cómo se había sentido Liverna la Luminosa justo antes de volverse santa? ¿Se habría sentido así después, cada día de su vida? ¿Por eso había enloquecido? Leoncia supuso que no; que eso era lo típico a lo que una se acababa acostumbrando. Levantarse, desayunar, hacer cosas de santa. Lo de siempre.

Pero no; ella no era una santa, no había nacido para cambiar el mundo. Eso le quedaba demasiado grande. Ella solo era Leoncia, la monja. Iba al mercado, tejía verdeseda, barría el claustro… Algo de su talla. Era una espectadora, una secundaria. Ella veía las historias pasar a otros. Colaboraba, como mucho. Definitivamente, no estaba hecha para recibir una corona.

Empezó a levantarse.

—Esperad. No puedo…

—¡Quieto todo el mundo!

Leoncia no pudo decir más. Un peso cayó sobre ella, obligándola a arrodillarse de nuevo. Alguien le inmovilizó los brazos y la hizo levantarse. Había caos, movimiento, pisadas entre el pavimento y los hierbajos. Y voces de conocidos y desconocidos.

—Aún no aprendéis, ¿verdad?

La persona que mantenía inmovilizada a Leoncia la hizo girarse hacia la entrada. Allí pudo ver por lo menos a diez hombres encima de Sylvan y Eilyn. Y más allá, recortada sobre la cegadora luz del exterior, una silueta familiar. El obispo Archimel avanzaba con la dignidad parsimoniosa de quien lo tiene todo controlado.

—Me sorprende que creáis que no os tengo echado el ojo en todo momento —dijo al llegar junto a la antigua monja—. Sois un desastre natural contenido. Y me refiero a los tres.

A Leoncia se le había ido la voz. Esa era una de las situaciones que, si bien no se había imaginado, podían encajar con su preocupación por la pérdida del habla.

El obispo hizo un gesto hacia el monje.

—Gracias, Julius. Puedes retirarte.

El monje le dedicó una reverencia y salió lo más rápido que pudo sin correr. Leoncia lo observó sin poder cerrar la boca.

—¿Nos ha vendido él? —preguntó Eilyn. La elfa, digna como solo ella podía ser, renegaba de forcejear para liberarse. Sylvan, por el contrario, hacía algún intento que otro.

—Ha cumplido con su deber para con la Iglesia Élfica —respondió Archimel—. Aunque os habríamos pillado igual, no la toméis con él. —Se retorció las manos—. Así pues… ¿el Antalvalaï?

Uno de los hombres que sujetaba a Eilyn separó una mano de su cuerpo y entregó la reliquia al obispo. Fue entonces cuando Leoncia se fijó en los incursores. Sus cascos, sus vestimentas y sus blasones indicaban que no eran simples guardias, sino soldados papales. Guerreros entrenados que sabían lo que hacían. La cosa era mucho más seria de lo que parecía.

—Preciosa. —El obispo sonreía mientras observaba la corona—. Una pieza exquisita. Hacía un par de siglos que no se veía por nuestras tierras. ¿Quién iba a decir que ibais a saldar vuestra deuda de una manera tan elegante? ¡Y a un día del Alto Cónclave, qué precisión!

—¿Qué? —gritó Sylvan—. ¡No!

—Ni siquiera deberías tocar eso, Archimel —dijo Eilyn—. Los elfos decidimos a quién se la damos.

—Los elfos deberíais estar de camino a casa, anhelando pisar vuestros dominios tras un mes tan intenso. A menos que hayan cambiado el significado de la palabra «destierro» y yo no me haya enterado. —Archimel miró hacia la puerta—. ¿La han cambiado, Julius?

El monje, que observaba semioculto en el exterior, dio un respingo.

—No, señor —respondió, y volvió a desaparecer.

—Bien, hagámosle justicia entonces.

Aún sin saber qué estaba pasando, Leoncia se vio empujada hacia la salida. Había estado a punto de ser santa, tan cerca que le parecía increíble que la frontera entre el «ser» y el «haber podido ser» fuera tan infranqueable. Se sentía mareada, ida, en un estado en el que lo era todo y nada a la vez.

La luz del sol la cegó. Sylvan se retorció al salir, pero los hombres lo mantenían bien sujeto. Las miradas comenzaron a arremolinarse en torno a ellos.

Avanzaron a empujones hasta llegar a la entrada del convento, donde había más soldados papales escoltando un carruaje. Leoncia se detuvo en cuanto se fijó en el vehículo: era uno de esos vehículos con barrotes en los que humillaban a los prisioneros en su traslado por la ciudad. Aún se veían restos de verdura podrida en el interior.

—Vaya, ¿no te gusta? —Leoncia sintió que el contacto del soldado que la guiaba desaparecía y las manos de Archimel ocupaban su lugar. Decidió que prefería mil veces lo anterior—. Creo que si os acomodáis, cabréis bien.

—¿Leoncia? —preguntó Sylvan—. ¿Viene con nosotros?

—No ha cometido ningún crimen, Archimel —dijo Eilyn—. Deja que se vaya.

—Oh, puede volver cuando quiera —dijo el obispo—. Siempre que haya acabado el Alto Cónclave, claro. Pero si es tan amiga vuestra, ¿por qué no le hacéis un huequito en el Bosque? —Leoncia sintió un tirón en su broche élfico—. No la echaremos mucho de menos por aquí.

Las náuseas atacaron a Leoncia. No solo había perdido su modo de vida, sino que iba a convertirse en una apestada.

—El acceso de mortales a Ilendalië está muy restringido —dijo Eilyn. Leoncia sintió angustia en su voz. Por alguna razón, eso le hizo sentir algo mejor—. Y hay salteadores en el camino. ¿La haríais volver sola hasta Lindeburgo?

Apestada, desterrada y asaltada. Ese era su destino. Y así iba a dirigirse hacia él: entre barrotes.

—Me es igual. Como si…

—¡No!

Leoncia se deshizo del agarre de Archimel y corrió sin control hacia el interior del convento. Pasó entre los soldados sin que ninguno reaccionara lo suficientemente rápido para detenerla. Tres segundos después, tenía a la mitad del regimiento tras ella.

—¡No me quitaréis mi vida! —gritaba Leoncia—. Pertenezco a este convento, pertenezco a la Iglesia Élfica. Soy monja, soy devota. ¡No me llevéis con ellos!

Corrió por el claustro, cruzándose con los rostros sorprendidos de quienes hasta hacía poco eran sus hermanos y hermanas. Empujó a un par de ellos para apartarlos de su camino. Su antiguo aposento no quedaba demasiado lejos.

Cerró la puerta y la atrancó con la cuña poco antes de que los soldados empezaran a amontonarse en el exterior.

—Este es mi lugar… —gemía, repitiéndolo como un mantra—. Soy monja, soy monja.

Sacó un hábito del armario y se vistió con él.

—Este es mi lugar. No me moverán, no…

Estaba atándose el nudo a la cintura cuando los soldados irrumpieron en el cuarto y se la llevaron en volandas.

Leoncia pataleó hasta llegar al carromato. Ignoró todas las reacciones que provocaba en la gente. La expresión sorprendida de Sylvan, la mueca herida de Eilyn. La sonrisa maliciosa de Archimel.

—¿Ahora te arrepientes de tus actos, Leoncia?

—Este es mi lugar —repitió, empezando a convertir sus palabras en sollozos—. Soy monja. Soy fiel a la Iglesia Élfica.

—Sí, muy bien —murmuró el obispo. Se acercó a uno de los soldados, pero habló en alto para que lo escuchara todo el mundo—.

Está tocada de la cabeza. Andaos con ojo con ella. —Hizo un gesto con las manos—. Venga, para dentro.

—¡No!

Empujaron a Leoncia e hicieron entrar a los elfos a punta de espada. El carromato era más estrecho por dentro de lo que parecía por fuera, quizá por el efecto de los barrotes. También olía peor.

Colocaron una lona encima del vehículo y este arrancó. Leoncia se arrastró hasta una de las esquinas y se ocultó del mundo.

# Capítulo 25

El carromato tardó una exasperante cantidad de tiempo en salir de la ciudad. Leoncia iba hecha un ovillo, Sylvan taciturno, Eilyn mirando el exterior a través de pequeñas grietas en la lona. En cuatro ocasiones impactaron objetos contra ellos, probablemente piezas de fruta. Una de ellas estalló y les dejó un desagradable olor a podrido.

Poco después de salir al exterior, la lona se cayó y nadie se molestó en volver a colocarla. Eso les permitió ver a sus compañeros de viaje.

Aparte del conductor, los acompañaba un contingente de seis soldados papales a caballo. Cada uno levantaba su propia nube de polvo, que entraba a través de los barrotes y se cebaba con los pulmones de los prisioneros. Especialmente con los de Leoncia, que no dejaba de toser.

Eilyn estuvo varias veces tentada de caer en la lástima. Sin embargo, cada vez que estaba a punto de hacerlo, aparecía un amargo sentimiento de traición que se lo impedía. «¡No me llevéis con ellos!», resonaba en su cabeza. La desesperada voz de Leoncia aferrándose a los ideales de una Iglesia que los había perseguido y atacado. Ignorando todo lo que habían pasado juntas. Renegando de *ella*.

Se recriminó haberle regalado su confianza. A una mortal… Criaturas efímeras que se apagaban antes siquiera de darse cuenta de dónde estaban. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que Leoncia iba a cambiar sus preceptos por pasar un par de noches con ella? Que, además, solo había sido eso: un par de noches. Eilyn bufó, y no solo a causa del polvo. Quizá había sido su culpa por llevar mucho más lejos su significado.

—¿Y tú qué miras? —preguntó.

Se quitó de encima la mirada de un soldado rezagado agitando la mano como si espantara a un mosquito. Los escoltas no habían abierto la boca durante todo el trayecto, cosa que Eilyn agradecía, pero observaban y escuchaban desde el exterior como una manada de carroñeros. Si hubiera algo arrojable en aquel maloliente carromato, ya lo habría hecho impactar en alguna de esas cabezas marciales.

El sol fue bajando a medida que avanzaban. Los campos de cultivo, en los que cada vez se veía menos gente trabajando, iban quedando atrás. Cada vez menos mortales a la vista. Eilyn se forzó a pensar en la parte buena: dentro de poco desaparecerían todos de su vida y nunca más tendría que cruzarse con ellos. Estaría mejor si pudiera quitarse aquel sabor amargo que le dejaba la separación. Pero, como había dicho la noche anterior, no se podía tener todo.

El ocaso bañaba el campo de dorado cuando Leoncia salió de su mutismo. Se recogió las faldas del hábito y avanzó a trompicones hacia la esquina opuesta, donde había un mugriento cubo de madera. Los elfos la siguieron con la mirada.

—¿Os importa? —preguntó Leoncia, acomodándose sobre el cubo.

—¿El qué? —preguntó Sylvan.

—Voy a mear. Os agradecería que no mirarais.

Sylvan se encogió de hombros antes de girar la cabeza, como si no entendiera qué tenía que ver una cosa con la otra. Eilyn mantuvo la mirada. Poco había que se mostrara bajo aquellos pliegues de tela. Y aun así, ¿no conocía ya ella acaso hasta el último rincón de su intimidad? ¿No habían compartido mucho más que lo que ofrecía aquel espacio minúsculo?

—Quizá deberíamos pedir viajar en carromatos separados, ¿qué te parece? —dijo Eilyn. Leoncia la miró, seria. Su boca convertida en una línea apretada—. Ya que pedías que no te llevaran con nosotros.

—Eilyn… —avisó el elfo, aún con la cabeza girada.

—Son unas criaturas enfermizas, Sylvan. Archimel, Narcise, la alimaña de Julius, ella… En el momento en el que les das tu confianza, en el que te abres a ellos, no dudan en aprovechar tu vulnerabilidad.

—Lo siento por lo de Julius —murmuró Leoncia—. Me equivoqué al confiar en él…

—Oh, gracias por resaltar lo obvio.

—… pero no sabes de lo que estás hablando.

—¿Que no? —Eilyn gateó hacia ella. Leoncia la observó sin cambiar la expresión—. He estado tan presente en aquella cama como tú. Me he abierto tanto como tú. Creo que sé lo que es sentir que renieguen de ti por una mojigatería que no tiene ni pies ni cabeza.

Sylvan por fin miró, interesado. Leoncia terminó su necesidad, sacudió el culo y se colocó la ropa.

—Pues no, no sabes. A lo mejor se te escapan ciertos matices.

—Ya conozco todos los matices que escondes. No creo que se me escape nada.

—Esperad —interrumpió Sylvan—. ¿Vosotras dos…?

—Cállate —dijeron ambas a la vez.

—¿Alguien está hablando contigo? —preguntó Eilyn.

—Te he dicho que no mires —dijo Leoncia.

El elfo titubeó.

—Pero si ya has…

—¡Callate! —repitieron.

Sylvan giró la cabeza y su mirada volvió a perderse en el paisaje.

—Estás sacando las cosas de contexto —dijo Leoncia.

Sí, quizá Eilyn se lo estaba llevando todo demasiado a lo personal. Pero ella también tenía derecho a estallar, ¿no? Se negaba a ser la única que cargara con el peso de la realidad.

—Tú eres la que no entiende el contexto —respondió la elfa—. ¿De verdad quieres encarcelar tu cuerpo bajo ese horrible hábito? Las cosas…

La voz de uno de los soldados los distrajo.

—¡A cenar!

Eilyn miró al exterior. Encontró el carro detenido y a los hombres levantando sus tiendas para pasar la noche. El campamento ya estaba a medio montar. ¿Cuándo había oscurecido tanto?

Golpes en la madera.

—Eh, ¿queréis cenar o no?

El soldado que hablaba era el mismo al que Eilyn había reprendido poco antes. Ahora les pasaba tres saquitos a través de los barrotes. Su expresión era de aburrimiento.

Sylvan cogió su saco, lo abrió y empezó a devorar su contenido. Por las muecas que iba poniendo, Eilyn comprendió que estaba lejos de ser un manjar.

Cenaron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. La noche era tórrida, sin una sola brisa que se llevara el olor que impregnaba el carro. Aun así, Leoncia se aferraba a su hábito como si la vida le fuera en ello. Las conversaciones de los soldados les llegaban a rachas. Chistes obscenos, historietas, lamentos por no poder disfrutar de las celebraciones del Alto Cónclave en Lindeburgo.

Las horas pasaron y las voces se fueron calmando. El canto de las cigarras ocupó el silencio. Fuertes pero inofensivos ronquidos lo rasguñaban de vez en cuando.

Leoncia entonces se levantó de su esquina y avanzó hacia Sylvan. Al cruzar la mirada con Eilyn, la mortal le hizo el gesto de guardar silencio.

—Ni siquiera Archimel me manda callar —dijo la elfa—. Si quiero discutir, discutiré.

—¡Chsst! No es el momento.

—Me gustabas más cuando nos mostrabas un respeto incómodo y desmesurado, ¿sabes? Y entonces me parecías horrible.

Sylvan levantó la cabeza, atraído por la conversación. Leoncia se agachó junto a él.

—Mira, me alegro de que haya colado el numerito, pero esto ya es pasarse.

—¿Qué numerito? —preguntó Eilyn.

—El de salir corriendo enloquecida hacia mi habitación. —Leoncia miró con gravedad a la elfa—. ¿Pensabas que iba a quebrarme tan fácilmente?

—¿Cómo? —preguntó Sylvan.

—Asumiré que lo he hecho demasiado bien y no tendré en cuenta lo imbécil que estás siendo conmigo.

Leoncia desenrolló la cuerda del hábito y la puso en manos de Sylvan. El elfo la miró sin comprender.

—Dijiste que esto te servía, ¿verdad?

Eilyn, por el contrario, sufrió un devastador ataque de claridad. Se le pasaron por la cabeza las palabras imbécil, necia, estúpida, idiota, tonta, mema, lerda, majadera y boba. Y, aun así, se quedó con una insaciable necesidad de utilizar más para definirse.

—Vaya… —murmuró en cuanto recuperó la voz.

—Sí, vaya —repitió Leoncia.

—Me estoy perdiendo —dijo el elfo, aún sosteniendo la cuerda—. ¿Me podéis explicar qué pasa?

La antigua monja terminó de quitarse el hábito.

—En el calabozo pediste una cuerda para escapar. Conoces un nudo que puede ayudarnos con los barrotes, ¿verdad? —Miró a Sylvan, suplicante—. Dime que no me he equivocado.

Al elfo se le iluminó el rostro.

—Me sé por lo menos cuatro.

Leoncia sonrió.

—Pues venga, a trabajar.

# Capítulo 26

—¿Por qué no nos lo has dicho antes? —exigió saber Eilyn.

La elfa había pasado de ser un pozo rebosante de veneno a ser un profundo pozo de arrepentimiento en apenas un instante. Sylvan, cuerda en mano, trabajaba rápido y fino. Le habría venido bien algo de silencio para concentrarse, pero había aprendido que era mejor mantener la boca cerrada cuando discutían esas dos.

—Hemos tenido a los soldados encima durante toda la tarde —susurró Leoncia—. Y teniendo en cuenta nuestro historial, Archimel podría haber colocado a alguien bajo el carromato para espiarnos.

Sylvan detuvo sus manos.

—¿De verdad?

—Está exagerando —explicó Eilyn.

—No sé… —dijo Leoncia—. No. En realidad podría ser. Bueno, tú date prisa.

La cuerda se retorcía entre los barrotes como una serpiente en la oscuridad. Era demasiado corta para los nudos que Sylvan tenía en mente, así que iba haciendo ajustes sobre la marcha. No quería decirlo en alto para no empeorar las cosas, pero aquello era un reto. No practicaba nudos de escapismo en su día a día.

—¿Y tenías que hacerte la loca? —preguntó Eilyn—. ¿Tenías que salir corriendo renegando de nosotros?

—¿Se te ocurre otra manera de que me dejen marcharme con el hábito puesto?

—No, pero…

—Eilyn —dijo Sylvan, exasperado—. Cállate ya.

Sorprendentemente, la elfa obedeció. Sylvan apretó los dientes, poniendo una mueca para sí mismo; su boca había hablado antes de poder controlarla. Se había salvado, sí, pero había tentado a la suerte.

—Está bien, apartaos —ordenó.

Leoncia y Eilyn retrocedieron hasta la pared opuesta y Sylvan se puso en pie —al menos, todo lo que le permitía la altura del carromato—. Encajó su muslo en un pequeño arnés y tiró hacia atrás, haciendo que se tensara toda la estructura. Después metió el brazo entre la red y agarró los puntos clave. Tomó aliento y se preparó. Entonces tiró con la parsimoniosa fuerza de un glaciar.

El hierro despertó, chirriando mientras dos de los barrotes se combaban hacia dentro. A Sylvan también le habría gustado decirle que se callara, pero el metal no acataba órdenes. Decidió que valía más un chirrido intenso y corto que suave y prolongado.

Hizo un último esfuerzo. Uno, dos y hasta tres barrotes se combaron por cada extremo del nudo. Sylvan acabó sentado en el suelo, agotado pero feliz. Eilyn y Leoncia abandonaron el carromato por los huecos abiertos.

—¿Y ahora qué? —susurró la elfa.

Sylvan salió y se reunió con ellas al borde del camino. No se oía nada, ni siquiera el viento. Los soldados debían seguir dormidos. Y ya que nadie se molestó en hacerlo, el elfo se dijo un par de cosas a sí mismo.

«¡Lo has hecho genial, Sylvan!»

«¡Ha sido increíble, Sylvan!»

—Les robamos los caballos —sugirió Leoncia—. Cabalgamos hacia Lindeburgo y recuperamos el Antalvalaï.

—¿Aún quieres ser santa? —preguntó Eilyn—. Me pareció verte dudar justo antes de…

—No lo sé —cortó Leoncia—. Pero lo que sé es que no voy a permitir que Archimel se quede con la reliquia por mi error. Y no es el momento de hablar de esto, por cierto.

Eilyn hizo un gesto sobre su boca y guardó silencio. Leoncia avanzó hacia el campamento y la elfa la siguió. Sylvan primero miró debajo del carromato. Por si acaso lo de antes no había sido una exageración.

Encontraron los caballos amarrados a un árbol seco. Los animales se movieron al ver a los recién llegados, incómodos, pero

no emitieron ningún sonido. Leoncia se detuvo a un par de metros de ellos.

—Sylvan, tú irás en uno —propuso—. Eilyn y yo en otro. A los demás los desatamos. Con suerte, se escaparán y evitaremos que nos persigan.

—¿Lo diriges tú? —preguntó la elfa.

—¿Yo? ¿Tengo cara de saber dirigir uno de esos?

—Ah, ¿y yo sí?

—Tú eres una inmortal del Bosque —dijo Leoncia—. Hablas con las plantas. ¿No puedes pedirles amablemente que nos lleven hasta Lindeburgo?

Eilyn se cruzó de brazos.

—No sé qué tiene que ver un caballo con un árbol.

—Algo podrás hacer, ¿no? —preguntó Sylvan—. Yo tampoco sé montar.

—¡Son lenguajes diferentes! Ni siquiera os tendría que estar explicando esto. No tiene sentido que...

—Vamos —insistió el elfo—. Leoncia ha hecho su parte y yo la mía. Ahora te toca a ti.

Eilyn miró a ambos y puso los ojos en blanco. Caminó con reticencia hacia el caballo más cercano.

—No asumiré la responsabilidad si sale mal.

Sylvan animó a su compañera levantando un pulgar.

Si había o no avances, era difícil de saber. Eilyn acariciaba el lomo de los animales mientras les susurraba palabras al oído. Estos respondían girando la cabeza, moviendo la cola, acercándole el rostro… Por lo menos, ninguno parecía asustado. Sylvan, que entendía de caballos lo mismo que de pulpos, lo veía como un progreso.

—Creo que este está dispuesto a llevarnos —dijo Eilyn, palmeando a un joven semental parduzco—. Y esta también. —Acarició a una yegua blanca que arrancaba pasto a mordiscos—. Pero solo si le damos una comida decente cuando lleguemos. Creo.

—Bien —celebró Sylvan—. Sabía que podrías.

—Ha sido como hablar por gestos en una habitación a oscuras. —Eilyn desató a las bestias y las llevó al camino—. Menos mal que la

conversación no era demasiado profunda.

Ayudó a montar a Leoncia. La yegua no estaba ensillada, lo que complicó la subida. Al no encontrar asideros, las nerviosas manos de la mortal se agarraron a la crin. Por suerte, al animal no pareció importarle.

Sylvan subió de un salto a su semental. Este lo miró de soslayo, con un ojo oscuro e inteligente.

—Somos un equipo —susurró el elfo—. Tú y yo.

El caballo miró hacia delante y movió la cabeza de tal manera que pareció que asentía. Sylvan se lo tomó como una aceptación.

—Quedaos quietos —dijo Eilyn—. Voy a desatar a los demás y pedirles que se larguen.

Obedecieron, aunque no porque Leoncia tuviera opción: la mortal se había quedado paralizada encima de la yegua. Los ojos desorbitados, fijos en la crin. Parecía creer que si respiraba, el animal la devoraría.

—Tienes que relajarte —dijo Sylvan—. Será mejor para tu espalda.

—Habló el experto —murmuró Leoncia.

—No hace falta ser carpintero para saber que una silla cojea.

Leoncia se atrevió a levantar la vista.

—¿Qué?

—Lo escuché en el mercado. Es una expresión. Significa…

Un relincho rompió el silencio. Sylvan miró en la dirección en la que se había ido Eilyn. La encontró escabulléndose entre las coces y los pisotones de los animales.

Las tiendas se movieron en la oscuridad. Voces humanas empezaron a dar la alarma.

—¡Nos vamos! —gritó Eilyn.

—¿Cómo…?

La pregunta murió en los labios de Leoncia al sentir a la elfa montando tras ella. Eilyn espoleó la yegua, esta se encabritó y salió despedida hacia delante. Leoncia chilló. Si aún quedaba algún soldado durmiendo, seguramente este acababa de despertarse. Sylvan las siguió un instante después.

Las sombras pasaron rápidas. Árboles, muros, edificaciones aisladas. Las estrellas iluminaban lo suficiente para distinguir la tierra del camino. Más allá, todo se hundía en un océano de oscuridad.

Leoncia gritaba a intervalos, coordinándose con el galope de su yegua. Sylvan cabalgaba concentrado. Espoleaba al caballo de vez en cuando, por el hecho de hacer algo. Por suerte, el animal parecía saber qué se esperaba de él. Eso permitía al elfo ir echando miradas hacia atrás.

Un grupo de sombras los perseguía en la distancia. Era difícil saber cuántos soldados venían tras ellos: uno, dos, todos… La polvareda y la oscuridad apenas dejaban distinguir nada. Solo había una cosa clara: la idea de liberar el resto de los caballos no había salido demasiado bien.

—¡Eilyn! —gritó Sylvan. La elfa, abrazada a la cintura de Leoncia, miró en su dirección—. Nos siguen. Hay que hacer algo para despistarlos.

—¡Estoy de acuerdo!

Leoncia asintió sin dejar de mirar al frente. Los ojos desorbitados, la boca congelada en una mueca de terror.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó Sylvan.

—Nada que esté dentro de nuestras capacidades —respondió la elfa.

—Pero tú hablas con…

—¡Calla y concéntrate!

Los caballos mantuvieron bien el ritmo. Quizá Eilyn había elegido por azar a los animales más rápidos, quizá pesaban menos que los soldados o quizá el polvo que dejaban atrás facilitaba su huida. El caso es que, sin saber lo más mínimo sobre montar, aún mantenían una considerable ventaja. Un panorama mucho más alentador que el que se había imaginado Sylvan al escuchar la alarma.

Las formas oscuras pasaban aceleradas. El camino serpenteaba, se ensanchaba y se estrechaba, ascendía y descendía como un reptil titánico cuya actividad solo podía percibirse a esas velocidades. A medida que iban acercándose a Lindeburgo, aparecían más granjas, más letreros, más cruces. Más civilización. Habían pasado por allí

hacía apenas unas horas y, aun así, el paisaje era imposible de reconocer en la oscuridad.

Tras rebasar un último recodo, alcanzaron una amplia llanura con vistas a la ciudad. Las colinas edificadas se levantaban como un oscurecido decorado recortado sobre el firmamento. Estaban cerca, podían conseguirlo.

—¡Aguantad! —animó la elfa— ¡Ya queda poco!

—¡Sí!

Sylvan dio una palmada para celebrarlo. Justo después, sintió un movimiento inesperado. Su caballo se había encabritado y abandonaba el trazo del camino, internándose en el pasto.

—¡Eilyyyyn! —llamó.

Sylvan agarró las crines del caballo en un intento de recuperar el control. Tiró, pero no sirvió de nada. De hecho, eso pareció enfadar aún más al animal. Ahora corría como si lo que tuviera a la espalda fuera una hoguera.

—¡Sylvan!

El elfo alzó la mirada apenas un instante. Eilyn había dirigido a la yegua para acercarse a él, abandonando también el camino. Ahora maniobraba para intentar colocarse en paralelo.

—¡¿Qué le ocurre a este animal?! —preguntó Sylvan.

El suelo era irregular. Los hierbajos daban paso a zonas de tierra agujereadas de madrigueras. El semental tropezó con una de estas y trastabilló. Si recuperó el equilibrio, fue de milagro.

—Creo que se ha asustado —dijo la elfa.

—¡Pues haz algo!

Sylvan no había mirado atrás, pero sentía la presencia de los soldados cada vez más cerca. Esa pequeña palmada les iba a salir demasiado cara.

—Ay… —murmuró Eilyn—. Leoncia, sujétate.

—¡No! ¿Qué vas a…?

La elfa saltó de un caballo a otro. Sylvan la vio como una mancha negra volando hacia él y sintió su aterrizaje como un terremoto. Cerró los ojos con fuerza. En ese momento, el papel de los párpados en la conservación del equilibrio le pareció lo más

relevante del mundo. Cuando los abrió, encontró a Eilyn frente a él, susurrando algo en la oreja del caballo.

El ritmo se suavizó. Seguían al galope, pero los bandazos habían disminuido hasta convertirse en leves tirones. Leoncia cabalgaba a tres o cuatro metros de ellos, la melena al viento, la expresión opuesta a lo que uno asociaría con velocidad y libertad. Por lo menos, ya había dejado de gritar.

Sylvan miró por fin atrás, intentando localizar a los soldados entre el polvo. Habían recortado distancia, pero no tanta como había temido.

Las murallas de la ciudad seguían al frente, negras y estáticas, como si se hubieran alejado lo mismo que ellos habían avanzado. En la oscuridad era difícil situarse.

—¡Oye! —dijo Sylvan.

—¿Qué? —respondió la elfa, sin apartar la mirada del frente. Su cabello agitado al viento hacía cosquillas al elfo en la cara.

—¿Leoncia y tú os habéis acostado?

—¡Por toda la luz de las putas estrellas, Sylvan! ¿Te parece este un buen momento para hablarlo?

—Conociéndote, nunca te va a parecer un buen momento.

—¡Pero este es el *peor* momento imaginable! —El caballo saltó un arroyo, provocando una pequeña pausa en la conversación—. Hay mejores malos momentos para sacar el tema.

—¿Pero os habéis acostado o no?

Eilyn alargó el silencio.

—Sí.

—¡Ja! —Sylvan sonrió—. ¿Y qué tal?

Leoncia gritó. Aunque no parecía el grito habitual que uno soltaría en una huida desenfrenada. A Sylvan le sonó más a grito de estar perdiendo el control.

Eilyn corrigió el rumbo. Se aproximaron a la yegua, que había decidido desviarse unos grados y avanzar hacia una zona de hierba alta. Se colocaron a tres metros, dos, uno… Eilyn asió la mano de Sylvan para conservar el equilibrio y se inclinó hacia la yegua. Murmuró algo en su oído, a lo que el animal respondió con un mordisco al aire. Leoncia lo acompañó con un chillido.

—No funciona —dijo Sylvan.

—¡No me digas!

Eilyn se apoyó en el lomo del caballo y empezó a ponerse en pie.

—¡¿Vas a volver a saltar?! —preguntó Sylvan. Sonó exactamente tan asustado como se sentía.

—Sí. Mantén a este controlado.

—No sé cómo…

Eilyn saltó. Sylvan se agarró a la crin, anticipando algún efecto de la acrobacia en la montura; quizá un bandazo o un cambio de velocidad. Lo que no se esperó fue el tirón en el bolsillo de su pantalón.

Tampoco la sensación de caer, agarrar el aire y rodar por los hierbajos junto con otros dos cuerpos.

# Capítulo 27

Durante unos instantes, Leoncia se olvidó de cómo moverse y cómo respirar. Se sentía una brizna más en aquel mar de hierba, una pieza sin voluntad ni rumbo que hundía la mirada en las profundidades del firmamento. Era un momento bonito. Y lo habría seguido siendo de no haber sido interrumpido por la estampida de cascos y patas que pasó junto a ellos.

Leoncia gritó, Sylvan gritó, Eilyn lanzó una maldición y los tres cuerpos se abrazaron hasta convertirse en uno solo. Se mantuvieron así un tiempo prudente, sin siquiera atreverse a parpadear.

—¿Qué acaba de ocurrir? —preguntó Leoncia.

—Eilyn nos ha tirado al suelo —respondió Sylvan—. Y los soldados han pasado de largo.

—Eilyn ha intentado manejar vuestra incompetencia equina —dijo la elfa—. Pero sin quererlo os ha terminado salvando. Con suerte, esos hombres seguirán persiguiendo a los caballos en la oscuridad un rato más.

Leoncia se levantó gimiendo. No sabía hasta qué punto le dolía el cuerpo por la caída y hasta qué punto por la cabalgada. No pensaba montar nunca más, así que se quedaría con la duda.

—Supongo que te lo tendremos que agradecer.

—Lo haremos en cuanto entremos a la ciudad —dijo Sylvan—. Aún se lo tiene que ganar.

Eilyn le sacó un dedo al elfo. O eso pareció; apenas se podía ver nada en la negrura.

—Bueno, ¿estáis los dos bien? —preguntó.

Leoncia y Sylvan afirmaron sin demasiado entusiasmo.

—Pues vamos.

Avanzaron entre la espesura hacia la oscurecida silueta de la muralla. Caminaban en silencio, evitando hacer crujir la vegetación, pisar charcos o meter el pie en madrigueras. Aunque sería más justo

decir que los elfos lo conseguían y Leoncia lo intentaba. Por suerte, los soldados estaban demasiado lejos como para reparar en los sonidos.

El tiempo perdió su significado en aquel mar de negrura. Leoncia avanzaba, se detenía y se desviaba cuando se lo decían. Sus ojos, centrados en localizar obstáculos en el suelo, se negaban a asumir que habían quedado inservibles. En un momento, le pareció escuchar voces de hombres en las cercanías. Eilyn ordenó que se agacharan y estas pasaron de largo. Cuando llegaron a las inmediaciones de la muralla, el dolor de pies se había sumado a la colección de calvarios corporales de Leoncia.

Alcanzaron la puerta este con las primeras luces del alba. Leoncia recibió el tinte azul del horizonte como un trago de agua en el desierto. Por fin se acabaría aquel horrible viaje en ceguera. Ahora comenzaba un horrible viaje en plenas facultades visuales.

—Las puertas están vigiladas —murmuró Eilyn, agachada entre los matorrales.

Leoncia no se molestó en mirar para creérselo.

—Supongo que no nos dejarán pasar sin más —dijo Sylvan—. Somos bastante reconocibles.

—Y quizá los soldados les hayan avisado de que estamos cerca —añadió Leoncia—. Sé que me vuelve a tocar hacer algo, pero no se me ocurre nada.

—A mí sí —dijo el elfo—. Vamos.

Se levantó y empezó a correr a hurtadillas hacia la muralla. Eilyn murmuró algo y lo siguió. Leoncia fue con ellos solo porque quedarse atrás le pareció peor idea.

Siguió las siluetas de los elfos, que aparecían y desaparecían entre la flora. A lo lejos, una hilera de cipreses arañaba un horizonte dorado.

—Por aquí —susurró Sylvan.

El elfo corrió los últimos metros hasta la muralla, se acercó a una sección cubierta por una enredadera y desapareció entre las hojas. Leoncia apretó el paso. Eilyn la esperaba junto a la planta.

—¿Qué es este sitio? —preguntó.

La elfa se encogió de hombros.

—Un pasadizo —respondió Sylvan desde la distancia—. Lleva directamente al interior.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí? —preguntó Eilyn.

La voz del elfo se fue apagando en la lejanía.

—No es un buen momento para hablarlo, ¿no crees Eilyn?

La elfa puso los ojos en blanco. Leoncia y ella entraron tras comprender que Sylvan no iba a esperarlas.

Avanzaron siguiendo el tacto de la piedra. La apertura era lo suficientemente ancha para permitir el paso, pero no dejaba espacio para hacer movimientos innecesarios. Leoncia se agarró a la ropa de Eilyn y se dejó guiar. Ahora que había empezado a ver la luz, sumergirse en la oscuridad le apetecía tanto como volver a subirse a un caballo. Por suerte, no duró demasiado.

Emergieron por un callejón entre dos casas a medio derruir. Como había prometido Sylvan, habían accedido a Lindeburgo. Leoncia no se lo terminaba de creer del todo.

El elfo las esperaba en la boca del callejón.

—Bien, ¿ahora qué? —preguntó—. ¿Nos colamos en casa de Archimel mientras este duerme?

—Dudo que Archimel siga durmiendo —respondió Leoncia—. El Alto Cónclave se celebra a las diez. Tal vez incluso ya esté de camino a la Plaza de la Ascensión.

—¿La Plaza de la Ascensión? ¿En la que Eilyn y yo…?

—La misma —cortó la mortal—. No pudisteis elegir un lugar más sagrado para mancillar.

—Vaya… —murmuró Eilyn.

—Y seguramente estará ya hasta arriba de gente. Toda la ciudad, de hecho. Si no nos damos prisa, tal vez ni podamos acceder.

—¿Llevará Archimel el Antalvalaï encima? —preguntó la elfa.

Leoncia asintió.

—Lo presentará como ofrenda de vuestro pueblo para la Iglesia Élfica. Seguramente le procure un buen porcentaje de los votos para conseguir el papado. —La mortal se frotó la cara, molesta por el brillo del sol naciente. El cansancio de toda una noche de emociones empezaba a pasarle factura—. Después se lo llevarán a la Ciudad

Papal con el resto de las reliquias. Y creedme: no es fácil asaltar una delegación papal.

Eilyn bufó.

—Es decir, no nos queda otra que quitárselo delante de decenas de clérigos, fieles y soldados.

Leoncia volvió a asentir.

—Si tenéis alguna sugerencia o un nuevo talento oculto, es el momento de compartirlo.

Acordaron poner distancia con la muralla mientras terminaban de urdir el plan. Si los soldados daban con el pasadizo, mejor que les pillara lejos.

Encontraron la ciudad más en vela que nunca. Las tabernas seguían abiertas desde la noche anterior y los borrachos se juntaban en su camino a casa con los desfiles y los fieles madrugadores. Los juerguistas más comprometidos se pasaban del primer al último grupo como si llevaran haciéndolo toda la vida. Leoncia había escuchado historias sobre la celebración del último Alto Cónclave, pero lo que vio por las calles terminó sorprendiéndola. Aquel día Lindeburgo acogía su evento más importante en décadas. Y se notaba.

Por practicidad, Sylvan, Eilyn y Leoncia pronto descartaron la estrategia de evitar aglomeraciones. Las calles de Lindeburgo se habían convertido en ríos de cabezas cuya corriente no terminaba de decidirse por un destino. La gente llevaba coronas de flores y ropas de verdeseda. Algunos, incluso, habían decidido adornarse las orejas con joyas picudas. Eilyn y Sylvan avanzaban con calma, gozando del anonimato del tumulto. Leoncia, por el contrario, tenía que prestar especial atención para no perderlos entre todos los falsos elfos.

A tres calles de la Plaza de la Ascensión, el tapón de gente era tal que apenas podían seguir avanzando.

—Hay que buscar otra manera —dijo Leoncia, haciéndose oír entre el griterío. Se abanicaba con la mano, a falta de algo mejor. El sol había despuntado con intensidad y la muchedumbre no ayudaba con la temperatura.

—Deberíamos exigir que nos dejen pasar —dijo Sylvan—. Se supone que tenemos que estar presentes en el Alto Cónclave. Quizá

no sepan que nos han desterrado.

—Y nos atraparían en cuanto pisáramos la plaza —contestó Eilyn. Un borracho se le acercó demasiado y la elfa lo apartó de un codazo—. Sería anunciar a gritos que vamos a por Archimel.

—¿No conocerás otro pasadizo por casualidad? —preguntó Leoncia.

Sylvan negó. La exmonja alzó la cabeza en busca de inspiración y, ya de paso, de aire fresco. Una lluvia racheada de confeti y pétalos le dificultó el objetivo. En las alturas, la gente saludaba desde sus balcones engalanados como si fueran los protagonistas de aquel jolgorio. Los pájaros, posados en los tejados, vigilaban ajenos a todas las miradas. Leoncia sintió envidia de ellos. Si ella también pudiera huir de aquella gente… Si pudiera ir con ellos a…

«¡Los tejados!», pensó.

—¡Hay que ir al burdel! —propuso Leoncia, en un arrebato de claridad.

—¿Para qué? —preguntó Sylvan.

—Para subir a los tejados. El burdel está cerca de la Plaza de la Ascensión. Debería ser una ruta viable.

Sylvan y Eilyn se miraron un instante y expresaron su conformidad con un asentimiento. Abandonaron entonces la corriente principal de gente y avanzaron siguiendo callejones secundarios. Antes de acometer los últimos pasos, la elfa pidió un alto.

—Recordad que Archimel mencionó que siempre nos tenía el ojo echado —dijo—. Quizá haya alguien vigilando el burdel.

—Se supone que nos ha echado de Lindeburgo —replicó Sylvan—. Y no creo que a los soldados les haya dado tiempo de informar que hemos vuelto. No han podido enviar a alguien tan rápido.

—Llevamos como una hora en la ciudad. —Eilyn tiró del extremo puntiagudo de la oreja de su compañero—. Y un ojo observador se dará cuenta de que esto es de verdad.

—¿Qué propones, entonces?

—No lo sé.

Vigilaron la puerta del burdel desde la esquina. La calle estaba más tranquila que la avenida que habían dejado atrás, pero la concurrencia de gente era mucho mayor a la habitual. Había devotos, borrachos, carrozas… No encontraron a ningún agente de la ley ni a nadie que les pareciera sospechoso. Por supuesto, Leoncia sabía que eso no significaba nada.

Decidieron entrar, ya que en la calle seguían estando expuestos. Caminaron con parsimonia los últimos metros, refrenando sus ansias de echar a correr.

Al cerrar la puerta tras ellos, Leoncia sintió un alivio tan intenso que la obligó a sentarse en el suelo. Sus extremidades cayeron flácidas, como las de una muñeca de trapo. La huida a caballo y la noche en vela reclamaban su deuda sin posibilidad de aplazamiento. Y la idea de derrumbarse en la sedosa cama del sótano era tan atrayente…

—Leoncia, vamos —Sylvan acompañó las palabras con un gesto de la mano.

La exmonja sintió una nueva oleada de cansancio. No por lo que ya había hecho, sino por lo que le quedaba por hacer. Correr por los tejados, irrumpir en el Alto Cónclave, recuperar una reliquia sagrada… ¿En qué momento le había parecido una buena idea?

—Quizá deberíais hacer solos esta parte —sugirió—. No sabría trepar por los tejados. Y no me quiero imaginar bajar. Solo seré un estorbo.

—Pero para coronarte…

—No podéis, sigo excomulgada. El plan consistía en que recuperarais la reliquia, nada más. —Leoncia apoyó la nuca en la pared. Los párpados empezaron a pesarle—. Llevadla a casa. O coronad a alguien más digno que yo. La plaza estará llena de eclesiásticos ansiosos de ascender.

—Eclesiásticos que podrían bautizarte para que podamos coronarte —dijo Eilyn—. Seguro que alguien habrá que…

La voz de un desconocido los sorprendió.

—Vaya, estáis aquí.

Sylvan, Eilyn y Leoncia dirigieron las miradas hacia la fuente del sonido. Cuatro hombres acababan de aparecer por el pasillo que

conducía a las habitaciones del burdel. No vestían el uniforme de los soldados papales ni de los guardias de la ciudad. Aun así, las dagas que llevaban colgadas al cinturón indicaban que tenían experiencia en el negocio de la violencia.

Leoncia se sintió palidecer. Al parecer, su descanso estaba condenado.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, con voz pastosa. Un esfuerzo estúpido cuando ya intuía la respuesta.

—Hemos venido a…

Antes de terminar la frase, Eilyn se lanzó hacia los hombres como una gata enfurecida.

# Capítulo 28

Eilyn sentía la energía corriendo desbocada por su cuerpo. La pelea con Leoncia, el robo de los caballos, la persecución, el avance entre la muchedumbre… Demasiados estímulos. Ahora, presa de la inercia de un peñón rodando montaña abajo, sencillamente no podía parar.

Golpeó rostros, empujó cuerpos, puso zancadillas. Eilyn nunca había sido demasiado diestra en la lucha; de hecho, siempre la había evitado. Sin embargo, descubrió que apalear a cuatro mortales con los humos subidos era tan excitante y satisfactorio como saltar por una catarata.

Y también fácil. Quizá demasiado fácil.

Los hombres se cubrían y retrocedían, pero no parecían esforzarse en atacar a Eilyn. Ni siquiera hacían amago de usar las armas. Si no fuera imposible, Eilyn habría jurado que no querían tocarla.

—¡Eilyn, para!

La voz de Sylvan fue lo que necesitaba para detenerse. Aunque, ahora que lo pensaba, quizá lo había ignorado una o dos veces.

Mantuvo una postura defensiva; que se detuviera no quería decir que bajara la guardia. Los hombres, a su alrededor, se levantaban torpemente del suelo y se alejaban de ella todo lo que les permitía el espacio. Uno de ellos lo hizo arrastrándose.

Eilyn miró al elfo.

—¿Quién es esta gente? —preguntó.

—Venimos de parte de Romannessa —dijo uno de los hombres. Se había escondido detrás de la barra—. El elfo no se presentó a la cita de ayer con ella. Nos ha enviado a investigar si os había pasado algo.

Eilyn se giró hacia Sylvan.

—¿Quién?

—¡La condesa Fretel! —respondió este.

Se acercó a la zona del desastre y ayudó a los hombres a levantarse. Eilyn pensó que iba siendo buen momento para adoptar una pose normal.

—¿Tú lo sabías? —preguntó—. ¿Por eso te has quedado parado?

—No, pero recuerdo cierta conversación sobre pensar las cosas dos veces.

—Ya… —Eilyn dedicó una reverencia de disculpa a cada uno de los hombres. Últimamente estaba pillando cierta tendencia a hacer el estúpido. Si era así como se sentía Sylvan todo el rato, menudo suplicio—. Lo siento.

Tres de los hombres levantaron una mano en gesto de aceptación. El que se había alejado arrastrándose prefirió usarla para levantarse.

—¿Hay alguna manera de confirmar que decís la verdad? —preguntó Leoncia desde el otro extremo de la estancia. Al parecer, la acción la había espabilado.

Dos de los hombres se señalaron el hombro. O, más bien, una insignia cosida al ropaje. Un águila al vuelo.

—Es la insignia de Fretel —confirmó Sylvan. Terminó de acercarse a ellos—. Son de fiar.

Eilyn decidió hacerse a un lado y dejar a su compañero el peso de la interacción. Visto lo visto, quizá era mejor sentarse junto a Leoncia y tomarse un pequeño descanso.

El elfo resumió todo lo que había ocurrido durante los últimos días. El encarcelamiento, el robo del Antalvalaï, el destierro y el regreso a Lindeburgo. A juzgar por la sorpresa de los hombres, ninguno se había esperado dar con una historia tan retorcida. De hecho, el que había acabado en el suelo tenía la expresión de alguien a quien le habían arruinado un día que prometía ser tranquilo. A Eilyn le dio un poco de lástima. Entendía tan bien esa sensación…

—Necesitaremos que escoltéis a Leoncia hasta la Plaza de la Ascensión —ordenó Sylvan—. Una vez dentro, exigiremos que la bauticen y la coronaremos ante la vista de todos. —El elfo señaló a la exmonja—. Entrarás cómodamente a reclamar tu destino, sin acrobacias. Así que se acabaron las excusas.

Leoncia se movió, incómoda.

—Ay….

Eilyn le apretó el hombro. Dudaba que aquel gesto de ánimo pudiera hacer mucho en ese contexto, pero decidió intentarlo de todos modos.

—¿Y vosotros? —preguntó otro de los hombres.

—Iremos por los tejados. Si queréis localizarnos, mirad hacia arriba. ¿Entendido?

Tres de los hombres asintieron al instante. El que se había arrastrado lanzó un suspiro melancólico.

—La verdad, no veníamos esperando complicaciones —dijo el que se había escondido tras la barra—. Pero Romannessa nos ha dicho que ayudemos en todo lo que podamos, así que…

Sylvan sonrió.

—Pues andando.

Los hombres rodearon a Leoncia como hormigas a una gota de mermelada y salieron por la puerta. Sylvan y Eilyn se pusieron en marcha, pero decidieron ir antes al sótano para aprovisionarse de cuerdas. Leoncia tenía razón con lo de que la bajada podía complicarse.

Corrieron hacia el altillo, haciendo retumbar los tablones de las escaleras. Sylvan, mientras tanto, trabajaba a destajo confeccionando un par de arneses. Antes de llegar al primer piso, ya había terminado uno.

—La verdad, estoy impresionada —dijo Eilyn—. Pensaba que tu don de gentes era lo que nos había metido en este lío. Y resulta que al final tal vez sea lo que nos saque de él.

Sylvan negó.

—Si algo he aprendido de los mortales, es que pueden hacer que todo cambie de un momento a otro. No cantemos victoria.

No, Eilyn estaba lejos de cantar victoria: solo había entonado la primera nota de una melodía parecida, como mucho. La había insinuado. Dudaba que la situación les permitiera llegar mucho más lejos.

Decidió expresar sus preocupaciones en voz alta.

—Aunque recuperemos el Antalvalaï, no sé yo si conseguiremos escapar con él. Será lo más difícil de todo.

—No tendremos que escapar si conseguimos coronar a Leoncia.

Sylvan abrió la puerta del altillo y se dirigió hacia la ventana.

—Necesitaremos a alguien que la bautice, no lo olvides —replicó Eilyn—. Y, aun así, no veo a Leoncia muy convencida de convertirse en santa.

El elfo quitó importancia al comentario con un gesto de la mano.

—Si los cardenales son la mitad de corruptos y ambiciosos de lo que nos han hecho pensar, alguno la bautizará a cambio de uno o dos favores.

—Tal vez…

Eilyn seguía viendo lagunas al plan. De hecho, cuanto más se acercaban al final, más terreno pantanoso veía. Sin embargo, el tiempo se acababa. Y más valía un plan mediocre para una oportunidad presente que un plan perfecto para una oportunidad pasada.

Treparon por la ventana, primero Sylvan y luego ella. Subieron al alfeizar, de ahí al pescante —del que noches atrás había colgado cierto recaudador— y después saltaron al tejado. Las tejas de pizarra, secas al calor del verano, permitían un buen agarre. Aun así, la inclinación aconsejaba cuidar el equilibrio.

Avanzaron lentos pero constantes. La separación entre las casas consistía en pequeños desniveles que tenían que salvar. Por suerte, nada que requiriera un esfuerzo exigente.

La elfa iba lanzando miradas hacia abajo para orientarse. Los ríos de gente confluían en torno a la plaza y formaban grandes bloqueos. Los gritos y exigencias por abrir paso llegaban claros hasta allá arriba. Paseantes, carrozas, aristócratas en sus palanquines… Un cojo cargando un burro a hombros habría tenido más suerte avanzando por los tejados que por el pavimento.

Eilyn se preguntó si a Leoncia le estaría yendo bien.

Pronto cambiaron el método de orientación a uno más cómodo. Frente a ellos, a medio centenar de metros, la copa del gran Olmo se adivinaba por encima de los edificios. El follaje, como

indicándoles el camino a seguir, se movía con un viento que Eilyn no llegaba a notar.

Saltaron un callejón y treparon un par de paredes más para alcanzar a los edificios colindantes con la plaza. Allí se acuclillaron sobre un saliente plano y miraron hacia abajo. De no saber de antemano que estaban en la Plaza de la Ascensión, no la habrían reconocido.

Las cabezas llenaban hasta el último metro del lugar que Eilyn, hasta entonces, había considerado el más tranquilo de la ciudad. En el rincón opuesto de la plaza, alzados en una tarima, los cardenales candidatos plantaban sus importantes culos en sus sillas señoriales. Había por lo menos una veintena. Una muralla de soldados papales hacía de contención para el público. Formaban también un pasillo que los conectaba directamente a los eclesiásticos con la fuente. Sylvan y Eilyn observaron cómo los cardenales se acercaban por turnos, se subían al murete y daban sus discursos de por qué debían ser elegidos como papas. Un ritual de lo más tedioso.

—No comprendo cómo un evento tan aburrido puede atraer a tanta gente —murmuró Sylvan.

Eilyn asintió sin apartar la mirada de los cardenales. En uno de los extremos, vestido con una indumentaria diferente a la de los demás, el obispo Archimel observaba la ceremonia con aire de suficiencia. ¿Habría alguna manera de romper la barrera de los soldados para llegar hasta él?

—Eilyn, mira.

Sylvan señalaba una de las confluencias de la plaza. Por ella había aparecido Leoncia, aún protegida por los cuatro hombres de la condesa Fretel. Las personas de alrededor protestaron por el avance, pero los escoltas los hicieron callar rápido. Parecían eficaces.

Eilyn volvió a lamentar haberlos golpeado.

—Bueno, ya estamos en posición —murmuró Sylvan. El elfo volvió a dirigir la mirada hacia los cardenales—. Ya solo quedaría… Oh, se levanta.

Eilyn miró en la misma dirección que su compañero. Archimel se había incorporado y caminaba hacia la fuente. Sonreía, como si fuera

una persona diferente al cabrón que les había desterrado. Al subirse al murete, quedó cubierto bajo la sombra del árbol.

Eilyn tuvo una idea. Tras pensarla una segunda vez, seguía siendo buena. Entonces no lo dudó.

—Sylvan, sígueme.

La elfa se levantó y corrió por el tejado, tratando de acercarse al punto más próximo a la copa del gran árbol. Solo tendrían que saltar, descender por el enramado y caer sobre Archimel antes de que terminara su discurso. Para alivio de Eilyn, Sylvan comprendió su intención sin necesidad de agobiarla a preguntas.

—¡Pueblo de Lindeburgo! —exclamó el obispo. El clamor del público enmascaró el ruido que los elfos hicieron al saltar al follaje. Ni una sola mirada se elevó entre la multitud—. Los cardenales han hablado y es hora de elegir a los miembros de la nueva Trinidad Papal.

Eilyn y Sylvan aprovecharon la segunda oleada de vítores para descender por las ramas. Los gestos del obispo para calmar a la multitud surtían un efecto lento. Cuando volvió el silencio, los elfos casi se habían colocado sobre él.

—En esta ocasión, sin embargo, el procedimiento será diferente a las veces anteriores. Los inmortales del Bosque no han podido bendecirnos con su presencia. —Sobvrevino un largo murmullo de decepción. Eilyn y Sylvan lo aprovecharon para afianzar sus posiciones sobre una gruesa rama—. Lo sé, su ausencia no podría compensarse de ningún modo. Sin embargo, persiguiendo tal compensación, el pueblo de los inmortales del Bosque nos proporciona en esta ocasión un obsequio especial. Una reliquia que lleva siglos sin verse en el mundo de los mortales.

—Será cabronazo… —murmuró Sylvan—. ¿Nadie va a salir a decir que nos la ha robado?

Eilyn consideró innecesario responder a una pregunta tan estúpida.

—¿Saltamos de él en cuanto lo muestre? —preguntó en su lugar.

—Se me ocurre algo mejor.

Sylvan unió los arneses a un segmento largo de cuerda. Señaló la rama inmediatamente superior.

—Tú te subes ahí y yo me descuelgo hasta él. En cuanto recupere el Antalvalaï, tú saltas aquí. El contrapeso me hará ascender de nuevo.

—¿No será mejor que tú hagas mi parte? —preguntó la elfa—. Pesas más.

—No hay que confundir cantidad con calidad. Tú tienes más talento en pesar y yo en descolgarme. —Sylvan terminó de ajustar la cuerda. Enredó una sección en la rama, dio dos tirones y asintió para sí mismo—. Quizá consigamos escapar y todo.

Eilyn chasqueó la lengua, reticente.

—Como quieras.

—… demuestra que los rumores que quizá hayáis escuchado son falsos e infundados. La prueba es la entrega de tal preciado tesoro, que deleitará nuestros ojos mortales durante los siglos venideros…

El discurso del obispo continuó dando rodeos, utilizando palabras grandilocuentes y echándose flores. A Eilyn le pareció que aquel hombre sí que confundía la cantidad con la calidad de las palabras. Aunque, a decir verdad, había pasado algo parecido con el resto de los candidatos.

Los elfos esperaban agazapados, como gatos al acecho. El momento se acercaba.

—Así pues, para vuestro regocijo…

El obispo rebuscó en su sotana.

—Lo va a sacar —susurró Sylvan.

—… y para el de vuestros descendientes, que durante generaciones recordarán este momento…

Una luz conocida brilló en las manos del obispo. El reflejo del sol sobre el agua en movimiento.

—¡Os presento el Ant…!

Una serie de gritos llegó desde el extremo de la plaza. Ruido de discusión, increpaciones y pelea; el suficiente para interrumpir al obispo en el momento más importante de su carrera eclesiástica. Eilyn distinguió los gritos de Leoncia mezclados en el jaleo. Sintió un peso plomizo instalándose en su estómago. Habían pillado a su compañera.

El obispo miraba en la dirección del ruido, la reliquia a medio sacar. Desde arriba era difícil asegurarlo, pero a Eilyn le pareció distinguir una expresión de sorpresa en el rostro del hombre. Había visto a Leoncia. La había reconocido.

Miró entonces hacia arriba, presa de un repentino pánico.

—¡Sylvan, salta! —ordenó Eilyn.

El elfo obedeció. Saltó de la rama y descendió hacia el obispo como un halcón en plena caza. Lo agarró por la espalda mientras este intentaba escapar.

—¡Vosotros! —gritó.

—¡Devuelve lo que has robado! —pidió Sylvan.

El obispo sostenía el Antalvalaï en alto, alejando la mano del elfo. Forcejearon. Archimel intentando escapar, Sylvan intentando recuperar la reliquia. Rápido como una pelea de alimañas. Demasiado lento para lo que habían planeado.

El primero de los soldados chocó contra Sylvan como una ola sobre un acantilado. Eilyn sintió el tirón en su arnés, que bloqueó agarrándose al árbol. Después vino otro. El tercer soldado debió cortar la cuerda, porque lo siguiente que sintió Eilyn fue rebotar contra una rama, atravesar una nube de hojas y besar el suelo de la plaza.

Boqueó como un pez atrapado en tierra, tratando de hacer funcionar de nuevo sus pulmones. Aquella era su segunda caída del día y aún no eran ni las diez de la mañana. Casi echó de menos la mullida alfombra de hierbajos del descampado.

Se levantó, más por la urgencia de la situación que por consentimiento de su cuerpo. La rodilla le palpitaba y la vista le bailaba, pero la mantuvo hasta que esta se volvió firme.

Encontró a Sylvan arrodillado junto a la fuente y una muralla de soldados unos pasos más allá. Tras ellos, sobre la tarima de los cardenales, Archimel los observaba con severidad.

Aún sostenía el Antalvalaï.

# Capítulo 29

La plaza se había convertido en un caos. «Caos»… Leoncia siempre había tenido una connotación negativa de la palabra. Cuerpos lanzados en un movimiento errático, empujones y gritos estridentes; algo del todo indeseable a menos que fuera precisamente lo que te salvara. Leoncia tomó nota de reconciliarse más adelante con el concepto.

Todo había ido bien al principio. Los hombres de Fretel la habían escoltado hasta la plaza e incluso habían avanzado lo suficiente como para tener una vista clara de la tribuna. Sin embargo, uno de los soldados papales la había reconocido y había echado todo a perder.

Después, Sylvan había caído del cielo.

Los soldados habían dejado de molestarla y habían corrido a proteger a los cardenales. Los asistentes, sin comprender lo que pasaba, habían decidido dispersarse. Sin embargo, al no poder hacerlo, corrían y empujaban. Era como si alguien hubiera soltado un zorro en un gallinero.

Los hombres de Fretel se habían quedado con ella. Bloqueaban cuerpos, empujaban de vuelta e incluso golpeaban. Leoncia era la roca inmóvil en mitad de la marea, aunque por dentro estaba lejos de sentirse así.

Después, Eilyn también cayó. La gente se había apartado lo suficiente para que Leoncia presenciara el golpe contra el suelo. Gritó su nombre, sin poder oír su propia voz. Trató de caminar hacia ella. Los hombres de Fretel leyeron bien su intención y protegieron su avance.

Cuando alcanzó el centro de la plaza, Eilyn ya se había levantado y los soldados habían formado una muralla protectora frente a los cardenales. Leoncia la tomó de la mano y retrocedió con ella, la elfa cojeando en sus brazos. Los asistentes por fin habían despejado

toda aquella zona, aunque los más curiosos empezaban a apelotonarse detrás. Parecía que el interés del público iba imponiéndose al miedo.

Entonces Sylvan se subió al murete de la fuente, como habían hecho los oradores antes que él.

—¡Eso no es tuyo, Archimel! —gritó, señalando al obispo. Su voz aplastó el barullo hasta convertirlo en un murmullo contenido—. Nos lo has robado. ¡Devuélvenoslo!

—Es la compensación de los inmortales del Bosque por vuestra metedura de pata perdiendo los obsequios. —El obispo rebuscó en su túnica y sacó un papel—. ¡Me han escrito directamente y así me lo han hecho saber!

—Será cabronazo… —murmuró Eilyn.

—Es un farol —dijo Leoncia, a su lado—. Oye, ¿estás bien?

La elfa asintió sin demasiado convencimiento, aún encorvada.

—¡Eso es mentira! —acusó Sylvan. Sacó otra carta de sus propias ropas—. Nos han escrito a nosotros. Nos han entregado el Antalvalaï para que coronemos una nueva santa.

Leoncia agradeció que Sylvan no hubiera mencionado su nombre. Aun sin hacerlo, ya sentía toda la sangre en la cara.

Archimel contraatacó. Su voz, grave y melodiosa, caía con más aplomo que la de Sylvan. Parecía cargar con el peso de la evidencia.

—También avisan que no nos fiemos de estos dos inmortales. ¿Qué trato si no deberían tener con aquellos que perdieron un cargamento de sus tesoros nada más poner un pie en el mundo mortal?

Leoncia se fijó en los cardenales. Los hombres observaban la batalla verbal desde sus asientos, en silencio. El grupo mostraba una amalgama de emociones que orbitaba en torno a la sorpresa.

Sylvan también parecía sorprendido. Abrumado, quizá, por las palabras del obispo. El elfo poseía algunos talentos indiscutibles, pero la elocuencia no era uno de ellos. Ni siquiera teniendo la verdad de su lado.

—¡Otra mentira! —replicó Sylvan. La impotencia empezaba a saturar su voz.

—¡Y aunque no fuera cierto! —La voz del obispo restalló—. Nos habéis demostrado en más de una ocasión lo irresponsables, irreflexivos y destructivos que sois. Tenéis como testigo a toda Lindeburgo. ¿Cómo vamos a confiar en vuestro criterio para elegir a una nueva santa?

—Con Liverna la Demente no nos fue demasiado bien —dijo uno de los cardenales—. No deberíamos cometer el mismo error.

Algunos eclesiásticos asintieron. El obispo alzó la mandíbula, retador.

—No aceptamos vuestras exigencias. Y por muy elfos que seáis, no representáis a vuestro pueblo. —A un gesto suyo, los soldados papales desenfundaron sus espadas. A Leoncia se le encogió el corazón. Ni con cincuenta metros de cuerda sería capaz Sylvan de librarse de esa—. Así, con esto dicho, voy a pediros que os vayáis. Os daré la dignidad de hacerlo por vuestro propio pie. Os pediría que no complicarais más las cosas, pero estoy seguro de que no sabéis cómo se hace eso.

El elfo retrocedió un paso, aún en pie sobre el murete de la fuente. Eilyn se encogió como un gato herido.

Leoncia entonces se abrió paso entre los hombres de Fretel y avanzó. Cuando quiso darse cuenta de lo que estaba haciendo, ya había empezado a hablar.

—¡Soldados papales! Si los elfos han encomendado a Eilynwen y Sylvanor coronar una santa, es porque han visto la corrupción en el mismo corazón de nuestra Iglesia. ¿Y a quiénes nos debemos sino al pueblo que nos guio en los tiempos más oscuros? Deteneos y volved vuestras armas, pues el origen de tal corrupción está sentada en esas sillas de…

—¡Precioso, Leoncia! —interrumpió Archimel. Las paredes de piedra devolvieron el eco de sus aplausos—. De verdad, lamento cortar un discurso tan emotivo y con tanto potencial. Seguro que se nos habrían saltado las lágrimas. Pero aparte de que no se te permite hablar en este concilio, te recuerdo que los soldados papales solo obedecen órdenes de la cabeza de la Iglesia Élfica. Que, mira qué cosas, ahora mismo soy yo.

Leoncia bajó la mirada, tanto por costumbre como por el peso de las palabras. Por supuesto, no tenía sentido razonar con el brazo ejecutor de la Iglesia. En ausencia de los papas, solo seguían órdenes de Archimel. Órdenes que ni siquiera se cuestionaban.

«Órdenes. De los papas».

Una idea atravesó su mente.

Leoncia alzó la cabeza. Esta vez, sin embargo, su mirada recayó en los cardenales.

—Entonces, acogiéndose al derecho que les da el edicto de empoderamiento élfico, lord Sylvanor y la dama Eilynwen nombrarán papa a quien les entregue la reliquia robada. Los inmortales del Bosque no coronarán a ninguna santa; solo recogerán lo que es suyo y se marcharán a casa. ¿Algún voluntario para ser la nueva cabeza de la Iglesia?

—¡¿Qué?!

Leoncia no tenía claro si había hablado Archimel, Sylvan o los cardenales. Quizá fue una combinación de todos juntos. La exmonja había lanzado su órdago sin saber bien qué esperar de él. ¿La ambición de los cardenales sería suficiente para que desafiaran a Archimel? ¿Atacarían los soldados papales a los clérigos si estos se lanzaban sobre el obispo? ¿Cuándo empezaba a afectar a la cabeza la falta de sueño?

El caso es que funcionó: la semilla de la duda había enraizado en la tribuna. Los cardenales se miraban los unos a los otros, inquietos y desconfiados. Archimel los observaba a su vez, manteniéndolos en sus sillas bajo el peso de su mirada. Un peso al que algunos empezaban a resistirse.

—Lo siento, Archi —murmuró uno de ellos, al tiempo que se levantaba—. Si es suyo, habría que devolvérselo.

—Y tampoco es una mala oferta —dijo otro.

Archimel retrocedió dos pasos. Su expresión confiada de repente se había venido abajo.

—Unas serpientes; eso es lo que sois. ¿No veis que si coronan a una santa el papado no servirá de nada? —La mayoría de los cardenales dudó. Archimel siguió hablando—. ¿Queréis desatar el

caos de Liverna? Leyes absurdas que aún nos persiguen, árboles bautizados, expropiaciones injustificadas…

Los dos que habían hablado empezaron a avanzar. Los soldados, férreos en sus posiciones, alternaban su mirada entre Sylvan y los cardenales.

—Bueno —dijo uno de ellos—. Si ocurre, estoy seguro de que la santa sabrá recompensar a sus siervos.

El obispo no esperó más. Lanzó su silla hacia los dos cardenales y aprovechó la confusión para colocar el Antalvalaï en el suelo. Levantó después la pierna bien en alto, evidente a la vista.

—¡Un movimiento más y lo hago pedazos! —gritó.

Una losa de silencio sepultó la plaza. Todos los cuerpos se quedaron quietos, congelados. Solo el agua de la fuente, ajena a la amenaza del obispo, continuaba fluyendo. Si no hubiera sido por eso, Leoncia habría jurado que el tiempo se había detenido.

Sylvan saltó del murete de la fuente al pedestal del caño y ahí se irguió en toda su estatura. Parecía una estatua viva; la gloriosa talla de un general de antaño conduciendo a sus guerreros hacia la victoria. Lamentablemente, la victoria parecía estar en dirección contraria.

—Atrévete, Archimel —retó. Todas las miradas apuntaron al elfo—. Y te juro que no habrá ejército capaz de defenderte de mi ira.

El obispo miró hacia los lados, sonriendo con sorna. Entonces dejó escapar una grave risotada. Leoncia observaba con la boca abierta. Quizá estar protegido por una hilera de soldados te hacía ver las cosas de un modo diferente, pero ella no se habría atrevido a reírse de alguien que había dejado estéril a un recaudador con una cuerda.

—¿Tú? ¿Y tu «ira»? ¡Por favor! No sabrías ni encontrarte la polla para mear. —Ahora sí, la boca de Leoncia se abrió en su máxima longitud—. Soldados, podéis echarlos cuando queráis. —La expresión de Archimel perdió toda su jocosidad—. Ya me he hartado de este espectáculo.

Los soldados miraron al frente, desenfundaron armas y avanzaron a una. Sylvan se mantuvo en el pedestal, erguido, aunque su pose ya no inspiraba victoria ni nada. Se quitó el arnés sin apartar

la vista del regimiento y recogió la cuerda. La agitó, desafiante. Los soldados vacilaron, pero no detuvieron el paso.

Leoncia observaba la escena a través de los huecos de sus propios dedos.

—¡¿Queréis venir a por mí?! —gritó el elfo—. Pues ahora vais a ver…

Lo interrumpió un crujido grave y pesado. Un trueno, quizá, si el cielo no hubiera estado completamente despejado. Sylvan dejó la frase a medias y miró hacia arriba.

Un instante después, una maraña vegetal lo hundió en la fuente.

# Capítulo 30

Sylvan se vio arrastrado a un mundo de agua, hojas y chiribitas en la negrura. Braceó y pataleó, protegiéndose de aquel enemigo invisible que lo había pillado con la guardia baja. Cuando salió a la superficie, boqueó y siguió pataleando. Tardó algo más de lo esperado en comprender que estaba luchando contra una rama.

Decidió dejar la pelea en tablas. Se arrastró entonces hasta el murete de la fuente y se tumbó cuan largo era. Estaba empapado y, ahora que había alcanzado tierra firme, agotado. La cabeza le dolía como si tuviera un agujero que la atravesara de parte a parte. Al palpársela, le sorprendió que siguiera entera.

—¿Qué ha pasado?

Miró alrededor. Los soldados papales se habían detenido a unos pasos de él y le lanzaban miradas confusas, como si estuvieran decidiendo si la paliza espontánea que había recibido el elfo era suficiente para dar su tarea por terminada. Leoncia y Eilyn lo observaban desde la primera línea del público. Su expresión de confusión era bastante parecida a la de los soldados.

—Te ha caído una rama del árbol —dijo la exmonja.

—Bien gorda —añadió Eilyn—. Justo en la cabeza.

El público asintió, confirmando la historia. Alguien rio.

—El árbol lo ha bautizado.

El comentario arrancó unas risas desganadas que murieron enseguida. Del rostro de Leoncia brotó de repente una expresión de sorpresa, pero Sylvan no le dedicó más que una breve mirada. Intentó sentarse. Al ver que se le complicaba, decidió quedarse tumbado un rato más.

—Ha sido… raro.

Los soldados asintieron.

—Un poco —respondió uno de ellos.

Archimel bufó desde la tarima.

—Bueno, ¿a qué esperáis? Id a cogerlo.

Un par de soldados se miraron y avanzaron hasta la fuente. Sylvan no puso resistencia cuando empezaron a levantarlo. Lo sentaron en la piedra y uno de los hombres movió la mano frente a su rostro. Sylvan sospechó que su aspecto debía estar más o menos acorde a cómo se sentía por dentro.

—Vamos a llevarte fuera de la plaza, ¿vale? —le dijo uno de ellos. Vocalizó cada palabra de manera lenta y clara—. Te sujetaremos cada uno por un lado.

Sylvan asintió. Pensó en pedirles que lo llevaran hasta la cama del burdel, pero la cabeza no le dio para formar una frase tan larga.

—No os lo vais a llevar a ninguna parte. —Leoncia había avanzado hasta la plaza, seguida de Eilyn. Los soldados la miraron con una curiosidad desenfadada, como gatos que hubieran encontrado un ratón con faldita—. A menos que queráis insultar al nuevo papa.

—¿Nuevo papa? —preguntó el otro soldado.

Sylvan supuso que el golpe había sido más duro de lo que había estimado. Estaba escuchando cosas raras.

—Según el edicto de empoderamiento élfico registrado en los Testimonios del Alba del Libro de las Constelaciones, los inmortales del Bosque tienen derecho a elegir como papa a cualquier persona acogida en el seno de la Iglesia Élfica. Incluidos, claro está, ellos mismos.

Uno de los cardenales se levantó de su silla.

—Pero los inmortales del Bosque no forman parte de…

—Y según el precepto de bautismo —continuó Leoncia—, cualquiera con un rango igual o superior a sacerdote puede aplicar el sacramento. Y gracias a las acciones de Liverna la Luminosa, esto incluye a los…

—… árboles sobre los que orinó —completó el cardenal, abrumado por la sorpresa.

Leoncia asintió.

—Sylvan, repite conmigo: por el poder que me da el edicto de empoderamiento élfico, me elijo a mí mismo como miembro de la Trinidad Papal.

—¡No! —gritó Archimel desde la tribuna.

—Vamos, repítelo —insistió Leoncia.

—Por el poder que me da el edicto de empoderamiento élfico… —Sylvan tuvo que hacer una pausa para descontorsionarse la lengua—. …me elijo a mí mismo como miembro de la Trinidad Papal.

—Y por el poder que me da el edicto de empoderamiento élfico —dijo Eilyn—, elijo a Sylvanor de Ilendalië como miembro de la Trinidad Papal.

Los soldados soltaron a Sylvan como si su cuerpo de repente quemara. El elfo consiguió mantener la espalda erguida, aunque tuvo que apoyar las manos en la piedra para conseguirlo. El mundo le daba vueltas. Y sospechaba que no solo debido al golpe.

—¿Entonces soy papa? —preguntó.

La pregunta flotó inadvertida sobre el mutismo de la plaza. Archimel observaba al elfo, lívido, al igual que el resto de los cardenales. Sylvan sentía el vértigo que daba asomarse a la respuesta. ¿Lo sentirían también los demás?

—Dile a esos que hagan algo —dijo Eilyn—. Se supone que solo obedecen a los papas, ¿no?

Sylvan la miró.

—¿A quiénes?

—A los soldados. ¿A quiénes va a ser?

El elfo se encogió de hombros. Clavó entonces la mirada en el grupo que se le había acercado. Por probar no perdía nada, ¿no?

—Humm… Saltad.

Los soldados se miraron entre sí durante un momento que a Sylvan le pareció eterno. De repente, el sonido del impacto de unas botas sobre el empedrado llegó hasta la fuente; solitario y amortiguado, pero llegó. Enseguida vino otro y otro. Y otro más.

Un instante después, el chaparrón de botas arreció.

—Podías haber elegido algo más digno —dijo Leoncia—. Pero está bien.

Sylvan sonrió. O, más bien, el papa Sylvanor de Ilendalië. Sonaba imponente. Sonaba pesado y frío, como la carga que traía consigo el nombramiento. Pero, por encima de todo, sonaba *bien*. Tanto que el elfo se animó a volver a alzarse sobre el murete.

¿Leoncia quería algo más digno? El papa Sylvanor le daría algo más digno.

—Apresad al obispo Archimel. —Señaló hacia él—. Y vigilad que no toque el Antalvalaï. Si lo hace, podéis… humm… clavarle una de esas espadas en un ojo.

Los soldados se voltearon en perfecta sincronía y avanzaron hacia la tarima. Los cardenales se levantaron de sus asientos, nerviosos. Archimel se ocultó detrás de la silla volcada.

—¡Insensatos! ¿Vais a obedecer a un idiota al que le ha caído una rama en la cabeza?

Un grupo de cinco soldados subió a la tarima. Uno recogió la reliquia mientras que los otros cuatro rodearon a Archimel, que acometió un patético intento de huida. Lo atraparon con la desgana con la que se atrapa a un bebé gateante.

—¡Esto es un sinsentido! —gritó el obispo, las manos a la espalda—. Un árbol no tiene alma y mucho menos inteligencia. Solo ha sido un accidente, pura casualidad. ¡El sacramento del bautismo requiere algo más que eso!

Algunos de los espectadores asintieron. Un pequeño grupo de soldados miraron hacia la fuente, incómodos. Sylvan los controlaba, de eso no cabía duda. Sin embargo, tenía la sensación de que ese control pendía de un hilo.

—Te equivocas —dijo Eilyn. Todas las miradas de la plaza recayeron sobre ella. Su rostro estaba contraído en una mueca de enfado—. Aún quedan árboles inteligentes en vuestro mundo. Olmo es uno de ellos. Si Sylvan ha acabado bajo el agua, ha sido por su decisión.

El obispo soltó una carcajada.

—¿Y crees que nos vamos a tragar esa estupidez? ¿Acaso puedes demostrar lo que dices?

Sylvan dudaba. El público dudaba. Los soldados también, y eso era lo más peligroso. Pero Eilyn se mantuvo firme; una roca en la tempestad. Sylvan habría dado lo que fuera por tener la mitad de su entereza.

—Ahora mismo —respondió la elfa.

Caminó hacia el árbol y se detuvo a un metro del tronco. Comenzó entonces una conversación en susurros, tan sutiles que ni siquiera Sylvan podía oírlos. El público murmuraba, embelesado por el espectáculo. La interacción finalizó con un asentimiento.

—Lo siento, Sylvan. —Eilyn volcó de repente su atención en él.

—¿Lo sientes por qué?

Un nuevo crujido restalló en lo alto. Las cabezas se alzaron. Sylvan miró también, presa de una amarga sospecha.

Un nuevo golpe lo mandó de vuelta a las profundidades.

# Capítulo 31

Los últimos rayos de la tarde entraban por la ventana cuando Sylvan abrió los ojos. Por fin. Eilyn lo había velado todo el día junto a la cama del apartamento de Leoncia. Estaba harta y agotada, deseosa de hacerse un hueco en el colchón y dormir. Sospechaba que Sylvan había utilizado la excusa de la convalecencia del golpe para recuperar algunas horas de sueño. Si era así, ya se lo haría pagar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el elfo. La voz le sonaba pastosa.

—Te ha golpeado una rama en la cabeza. Otra vez.

—He soñado que me hacían papa.

—Qué casualidad, también ha pasado de verdad.

Sylvan se incorporó. Al hacerlo cerró los ojos con fuerza y se frotó la frente. Apenas le quedaba una pequeña marca del golpe. Seguro que no estaba tan mal.

—¿Soy papa, entonces?

—Tú y los cardenales de Monteclaro y Tonada. Te perdiste las votaciones, la burocracia y el arresto de Archimel. Leoncia se ha quedado haciendo todo el papeleo en tu lugar. Todo el mundo asume que es tu representante.

Sylvan se dejó caer sobre el colchón.

—Me habría gustado ver el arresto de Archimel.

—Te habrías tenido que tragar lo demás, no habría valido la pena.

El elfo guardó silencio. Eilyn aprovechó para hacerse un hueco en la cama. Se tumbó boca arriba y se colocó el antebrazo sobre los ojos.

—Eilyn —susurró Sylvan.

—¿Qué?

—Soy papa.

La elfa suspiró antes de responder.

—Enhorabuena.

Pasó otro momento de silencio. Casi lo suficientemente largo para que Eilyn se durmiera.

—¿Qué tengo que hacer ahora?

—Cambiar las cosas. Corrupción, mojigatería, cabronazos en altos puestos. Hay faena por delante.

—¿Hasta cuándo?

—Es un cargo vitalicio.

—¿Para toda la vida?

—Eso significa, sí —confirmó Eilyn.

—Vaya…

La elfa se colocó en posición fetal, mirando hacia el exterior de la cama. A ella también le dolía la espalda, la cabeza, la rodilla y el culo. Pero ahora el mundo tenía los ojos puestos en el papa Sylvanor de Ilendalië. Ella había pasado a un segundo plano.

Pensándolo bien, quizá podía disfrutar de esa tranquilidad. Sin espectáculos, sin deudas, sin tramas. Solo dormir como única preocupación.

—¿Y Leoncia? —preguntó Sylvan—. ¿Ya es santa?

Eilyn negó. Habló al suponer que Sylvan no la estaba mirando.

—No va a ser santa. Nunca quiso ser santa, en realidad. Ha preferido dejarte a ti el trabajo de dirigir la Iglesia Élfica.

—Qué amable.

«Y lista», pensó Eilyn. Había sido astuto pedirle a Sylvan que se propusiera como papa. Más aún teniendo en cuenta la responsabilidad de la que se estaba librando.

—Me acompañará a Ilendalië a devolver el Antalvalaï —dijo la elfa—. Ella es la que nos ha hecho recuperarlo, así que es justo que sea quien lo entregue. Quizá pueda convencer a los nuestros para que la dejen quedarse un tiempo.

—Un merecido reconocimiento —dijo Sylvan.

—Exacto.

—Que nada tiene que ver con tus intereses personales, ¿verdad?

Eilyn intuyó la sonrisa de su compañero en el sonido de sus palabras. La elfa sonrió a su vez.

—Puede que estén casualmente alineados.

Eilyn oyó al elfo moverse a sus espaldas. Sintió sus manos enredándose en su pelo. Y, justo a continuación, pequeños y rítmicos tirones en el cuero cabelludo. Si se descuidaba, pronto tendría la cabeza llena de trenzas.

Pero era demasiado relajante para protestar.

—Supongo que aquí acaba nuestra aventura —dijo Sylvan.

—Menos mal.

—Pero ha sido divertido.

—Un poco, quizá.

—¿Valió la pena convencerte para salir de Ilendalië?

Eilyn, adormecida, apenas oyó al elfo.

—¿Hmm…?

—Creo que lo suyo es decir gracias.

—Jamás —susurró, dejando pasar el aire a través de su sonrisa.

* * *

La muchedumbre reunida a las afueras de la muralla era casi tan numerosa como la que había colapsado Loma del Príncipe el día anterior. Todo un ejército de lindeburguenses reunidos para despedir a la comitiva papal. Vehículos y cuerpos hasta donde alcanzaba la vista.

Y habían abierto un pasillo para Leoncia, nada menos.

Bueno, para ser justos, lo habían abierto para los tres nuevos papas, los cardenales, los obispos, los escribanos, los criados, los soldados, la inmortal del bosque y los caballos. Pero Leoncia también lo había usado, así que tenía su pequeño porcentaje de propiedad. Teniendo en cuenta que no hacía ni un día esa misma muchedumbre había tratado de echarla a patadas, se podía considerar un gran logro.

La figura de Sylvan destacaba sobre todas las demás. Vestido con la sotana, los medallones y la mitra papal, se alzaba una cabeza por encima de los otros dos papas —los cuales parecían dos malos imitadores a su lado, como niños disfrazados con la ropa de sus padres—. Leoncia sintió una punzada de orgullo por el elfo.

—Está tan raro… —murmuró Eilyn, a su lado.

La elfa estaba como siempre: llevaba su habitual vestido de verdeseda, los pies descalzos, el cabello cobrizo quizá algo más trenzado de lo acostumbrado. El equipaje para el inminente viaje descansaba a sus pies. No había ni pizca de ostentación en ella y, aun así, destacaba. Era un soplo de frescura entre la aplastante pomposidad. Las miradas se desviaban para admirarla, para adorarla en secreto. Eilyn tenía ese poder, aun sin saberlo.

Y Leoncia no terminaba de creerse que no solo la había visto desnuda, sino que…

«Ya basta —se recriminó—. Concéntrate. Es una ceremonia seria».

—Estará fuera mucho tiempo —dijo Leoncia. Un cambio de tema le ayudaría a apagar los calores inferiores—. ¿No lo echarás de menos?

Eilyn no cambió la expresión.

—Tu «mucho tiempo» no tiene nada que ver con mi «mucho tiempo». Y digamos que tengo ganas de volver a la tranquilidad. Sylvan tiene la mala costumbre de ahuyentarla.

Leoncia asintió con gravedad. El elfo le había ofrecido formar parte de sus consejeros, lo que implicaba establecerse en la Ciudad Papal y codearse con la cúspide de la Iglesia Élfica. También implicaba despedirse de esa tranquilidad que ansiaba.

Por otro lado, Sylvan también se había ofrecido a bautizarla. Así podría retomar su antigua vida: sus quehaceres, sus talleres, sus compras en el mercado… Una vida que quizá ya se le había quedado corta.

Y aún había una tercera cosa: la condesa Fretel le había enviado una nota por mensajero en la que le ofrecía trabajo en la logística del burdel. Eso sí que no se lo había esperado.

Tener un abanico tan particular de opciones la abrumaba. Por suerte, Ilendalië parecía un sitio la mar de agradable para replantearse el futuro.

«Y elija lo que elija, seguro que es mejor que convertirme en santa», pensó.

Leoncia observó la ceremonia sin estar del todo mentalmente presente. Debía haber sido el obispo de Lindeburgo quien la hubiera

oficiado, pero dado que Archimel viajaría como prisionero para ser juzgado en la Ciudad Papal, hubo numerosas improvisaciones. Sylvan las aguantó con una expresión cada vez más aburrida. Leoncia sospechó que, de haber durado un poco más, el elfo habría acabado dando la orden de partir.

Por fin, la ceremonia terminó.

—Espero verte pronto —le dijo Sylvan, en el momento en el que se acercó a despedirse de ella—. Intentaré manejarme sin ti, pero sabes que no se me da muy bien.

—Si encontramos la Ciudad Papal en llamas, ya sabremos quién ha sido —dijo Eilyn.

El elfo le dio un golpe cariñoso en el hombro. Los eclesiásticos cubrieron a Sylvan con miradas recriminatorias, aparentemente juzgando su comportamiento poco adecuado para un papa.

—Lo harás bien —dijo Leoncia—. Y si no, tendrás sotanas y cuerdas a patadas para colgar a quien se te antoje.

Sylvan sonrió. Leoncia le devolvió la sonrisa. Entonces el elfo la abrazó con tanta fuerza que la levantó del suelo. Esta vez, los cardenales apartaron directamente la mirada para evitar ser testigos de un espectáculo tan atrevido. Leoncia pensó que se iban a hartar.

La despedida no duró mucho más. Sylvan dedicó un saludo general y después se metió en un enorme y ostentoso carruaje. Las bestias empujaron, los vehículos arrancaron y los caminantes marcharon. Algunos de los espectadores esperaron mientras veían alejarse a la comitiva. Eilyn y Leoncia no formaron parte de ese grupo.

Tomaron la dirección opuesta, bordeando la muralla de la ciudad rumbo este. Caminaron con el sol ya lo suficientemente alto como para no molestar a la vista. Eilyn cargaba con el equipaje de las dos, como si nada. Su expresión era de tranquilidad, quizá de alivio.

Leoncia tuvo que reconocer que el viaje la ponía nerviosa. Nunca había abandonado las inmediaciones de Lindeburgo, y jamás se había alejado más de un día de sus murallas. Quizá estrenarse abandonando los dominios mortales era demasiado. ¿Cómo sería Ilendalië? ¿Se parecerían las ciudades élficas a las humanas?

Un pensamiento inquietante la hizo detenerse. ¿Y si ella era tan extravagante entre los elfos como Sylvan lo había sido entre los mortales? ¿Haría el ridículo a cada paso?

Eilyn se detuvo junto a ella.

—¿En qué piensas?

Leoncia se lo dijo. La elfa sonrió.

—Nuestra gente no es tan intransigente como la vuestra. Te permitirán cualquier singularidad. Incluso tu inexperiencia sexual.

Leoncia no tropezó porque no estaba caminando. Por suerte, el temblor de piernas quedó en nada.

—¿Y por qué iban a enterarse de mi inexperiencia sexual?

La elfa le lanzó una mirada cargada de intención.

—Creo que sabes por qué.

En cuanto Leoncia comprobó que las piernas le seguían funcionando, retomó la marcha.

—No sé de qué me hablas.

—De cuerpos élficos. Curvilíneos y contorneados. De piel suave como la tiza y olores afrutados.

—¿Desnudos? —preguntó Leoncia, sin saber muy bien por qué. La voz ahogada en un susurro.

—*Muy* desnudos —confirmó Eilyn—. Como mortal no estás mal. ¿No vas a querer catar a tu público?

Leoncia caminó en silencio, tratando de controlar el rubor que amenazaba con prender su rostro. No lo consiguió.

# Epílogo

A Sylvan se le hacía raro que un trabajo consistiera en pasarse el día sentado. No es que tuviera una gran experiencia en el mundo laboral —al fin y al cabo, ser papa solo era su segundo empleo—, pero siempre había pensado que trabajar en el mundo mortal implicaba un lento e inevitable desgaste del cuerpo. Se agitó en el trono, incómodo. En su caso, quizá lo que se llevaba la peor parte era el culo.

Sylvan se había pasado los tres últimos días recibiendo embajadores en el Palacio Papal. Había descubierto entonces la cantidad de reinos, imperios, repúblicas, principados, protectorados y ciudades libres que dividían el mundo. Por suerte, sus compañeros estaban al tanto de a qué mensajero tocaba recibir y a qué nación representaba. Y, si no, unos discretos asistentes escondidos tras los tronos se lo susurraban al oído.

Las reuniones eran en esencia iguales: el emisario de turno se presentaba, congratulaba a los papas por su nombramiento y manifestaba el deseo de su pueblo de mantener buenas relaciones con la Iglesia Élfica. En algunos casos particulares hablaban del futuro de ciertos tratados o de la naturaleza de nuevas relaciones. Sylvan entonces se abstraía y dejaba hablar a sus dos compañeros. En algún momento tendría que empezar a estudiar Historia y relaciones internacionales de las Tierras Mortales, pero no encontraba el momento de ponerse.

Despidieron al último emisario y Sylvan se recostó en el trono, agotado. Se peinó el bigote con los dedos. Desde que se lo había dejado crecer, había adquirido la manía de toqueteárselo todo el rato. Y, una vez acostumbrado a su nuevo aspecto, no le quedaba tan mal.

—Sylvan, siéntate erguido —le recriminó Antone, a su lado. De los tres papas, el excadenal de Monteclaro era el que más se

preocupaba por las formas. Tenía tal palo clavado en el recto que seguramente no notaría si Eilyn le metiera unas monedas—. Nos queda un recibimiento más.

—Podríamos aplazarlo —sugirió Sylvan, sin cambiar un ápice la postura. Era satisfactorio acicalarse el bigote…—. Somos los jefes, ¿no?

—Y hay ciertas cosas que debemos hacer si queremos seguir siéndolo —dijo Faustin. El excardenal de Tonada no era tan estricto con las normas como Antone, pero las cumplía motivado por un miedo que Sylvan no comprendía. Como si alguien fuera a llamar al alguacil por recostarse en la silla.

—Deberíais relajaros más —dijo el elfo—. Sobre todo en la parte de la castidad. Veréis que la vida es mucho más sencilla si…

—Ya hemos hablado de eso, Sylvan —dijo Antone.

—Y no vamos a cambiar de parecer —añadió Faustin—. Por mucho que insistas.

Sylvan levantó las manos.

—Probadlo al menos una vez. Si no os gusta, por mí podéis seguir con vuestra castidad.

—No puedes seguir siendo casto si lo has hecho una vez —dijo Faustin. De repente, dudó—. ¿O sí?

—No —respondió Antone, categórico.

—¿Ni aunque pasen treinta años sin que vuelvas a hacer nada? —insistió el excardenal de Tonada—. Es solo una duda teórica.

—No.

—Venga ya —dijo Sylvan—. Si no eres casto después de treinta años de abstinencia, no mereces ningún otro adjetivo para definirte.

—Ahí tiene un punto de razón —intervino Faustin.

Antone gruñó.

—Independientemente de eso, tu papado quedaría manchado por…

Un siervo abrió las puertas de la sala. La conversación se detuvo al instante.

—Entra la embajadora de Etlas —anunció.

—¿Etlas? —preguntó Faustin.

El criado asintió, realizó una exagerada reverencia y después se retiró. Los excardenales cruzaron una mirada de sorpresa antes de volver a dirigir sus ojos hacia la entrada. Aquel día habían pasado doce emisarios y ninguno había sido recibido con tanta expectación.

—¿Qué pasa? —preguntó el elfo, casi en un susurro. Decidió que tal vez era un buen momento para erguirse.

—El reino robado de Etlas —explicó Faustin, sin mirarlo—. Muy lejos, hacia el oeste. Su pueblo vive en el exilio. Cortaron relaciones con nosotros hace dos generaciones, cuando la Iglesia Élfica se negó a prestarles ayuda para recuperar sus tierras. Desde entonces no hemos sabido nada de ellos.

Sylvan se inclinó hacia delante, interesado.

—¿Y cómo se roba un reino?

La conversación volvió a cortarse. Esta vez, por unos pasos resueltos sobre el suelo marmóreo.

La embajadora era una mujer alta y de cabello rubio, cortado a la altura de los hombros. Había decidido romper con la convención del resto de emisarios de llevar las vestimentas más pomposas y feas posibles. Solo por eso, a Sylvan ya le cayó bien. En su lugar, vestía ropa de viaje: pantalones, camisa y protecciones de cuero; complementos más adecuados para los caminos que para un palacio. Sus botas devolvían reflejos irisados a la luz del sol poniente. Estaban recubiertas de grandes escamas. Sylvan se preguntó de qué animal serían.

La mujer se detuvo frente a los tres tronos y llevó las manos a la espalda. Hizo una escueta reverencia antes de hablar.

—El pueblo de Etlas manda saludos a la nueva Trinidad Papal. Las noticias han volado hacia el oeste. Confío haber llegado con la misma rapidez.

—Teniendo en cuenta la enorme distancia que separan nuestras naciones —dijo Antone—, sí, es realmente impresionante verte por aquí tan pronto.

La mujer agradeció el cumplido con otra inclinación de cabeza.

—Mi reino desea retomar las relaciones con la Iglesia Élfica lo antes posible. Debido a su singularidad, suponemos que la nueva

cúpula goza de una mentalidad más abierta a nuestros propósitos que las anteriores.

Antone y Faustin volvieron a mirarse, como decidiendo si acababan de recibir un cumplido o un insulto. Sylvan continuó observando a la mujer. Esta alzó la cabeza e intercambió una mirada con el elfo. Debía rondar la edad de Leoncia.

—¿Cuál es tu nombre, emisaria? —preguntó Antone. En opinión de Sylvan, su tono podría haber sido más cálido.

—Inka —respondió esta.

—Dime, Inka. ¿Quién ha prestado ayuda a los Toreon para recuperar el trono?

—Nadie.

—¿Nadie? —repitió Faustin.

—No han recibido ayuda porque no han recuperado nada —aclaró la mujer—. Otra dinastía ocupa la regencia de Etlas.

Ahora sí, Sylvan se unió al revoltijo de expresiones intercambiadas entre sus compañeros. Ese parecía un dato sumamente importante.

—¿Y quién es entonces el rey ahora? —preguntó Antone.

La mujer sonrió por primera vez desde que entrara.

—Alguien más extraño que un elfo con bigote.

# Fin

# Agradecimientos

A Vane, una vez más. Porque tendemos a normalizar el apoyo de quien siempre está ahí, día tras día, regalándonos palabras de ánimo o sencillamente facilitándonos el tiempo para poder escribir. Son gestos pequeños que a menudo pasamos por alto, pero que marcan la diferencia.

A mi padre, que siempre está dispuesto a zambullirse en mis mundos.

A Guille, Edu y Alfonso, lectores beta de categoría *premium*.

A Olatz, por sacar el bisturí y dejar esta historia digna para el público.

Al Akelarre, porque las penas escritoriles se lloran mejor en grupo.

Y a Sensei, por supuesto. Sylvan te debe todo su conocimiento.